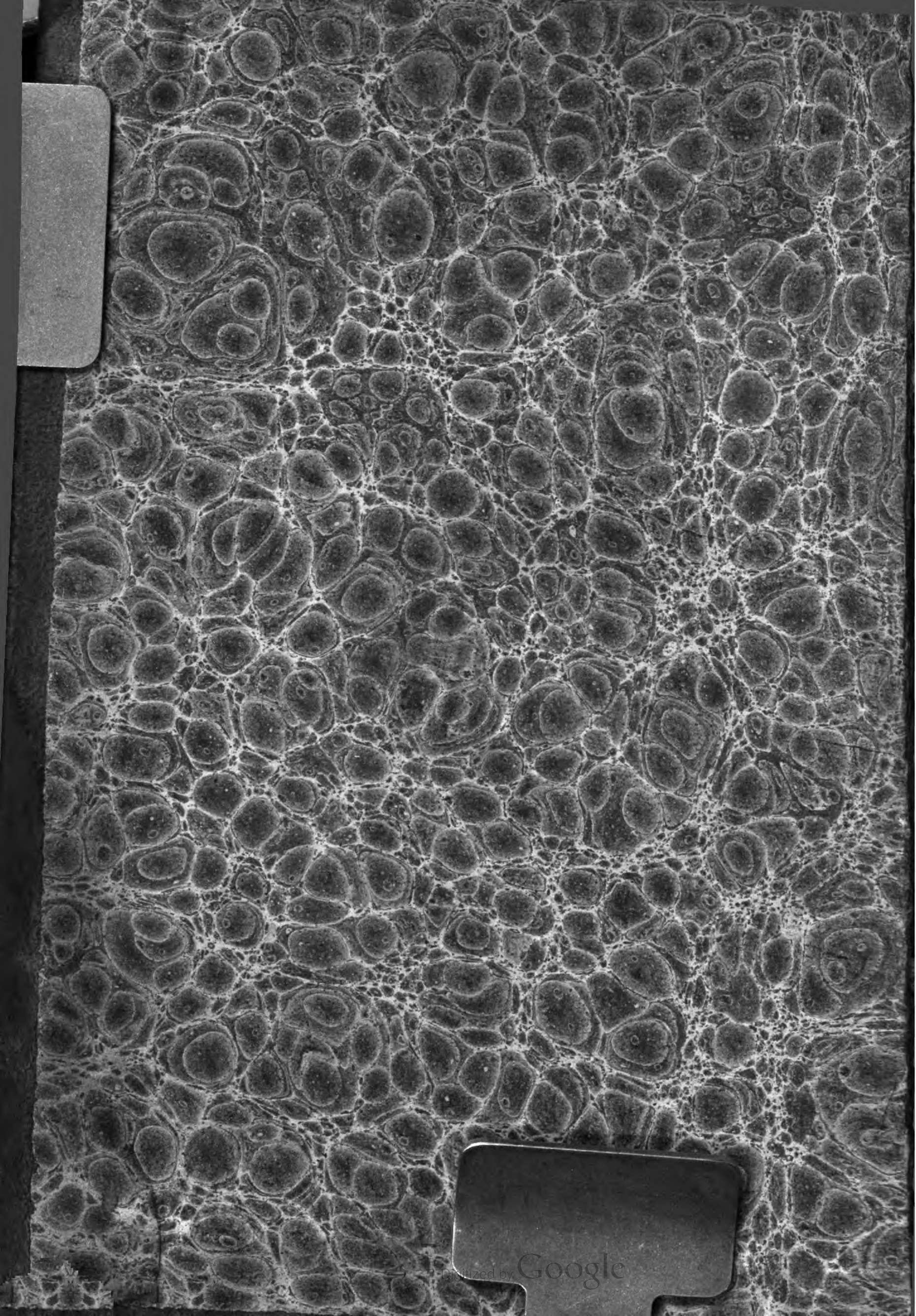
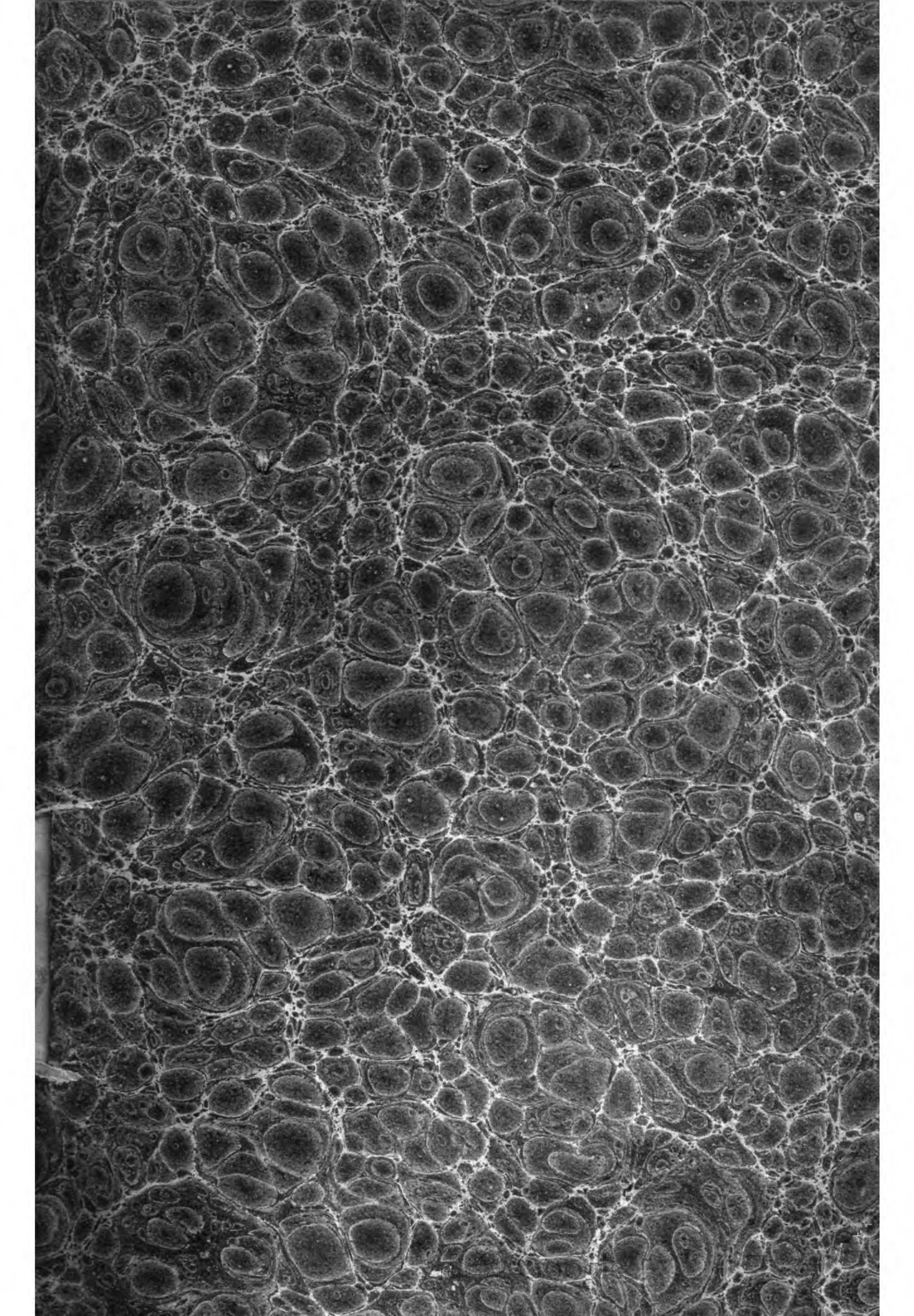






**ENRIQUE FERRI**
*Diputado en el Parlamento Italiano.*

# Socialismo

Y

# Ciencia Positiva

*(Darwin-Spencer-Marx)*

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO.

---

**PRECIO: DOS PESETAS.**

---

MADRID: 1895.
IMP. DEL SUC. DE J. CRUZADO Á CARGO DE FELIPE MARQUÉS.
BLASCO DE GARAY 9.—TELÉFONO 3.145.

# SOCIALISMO

Y

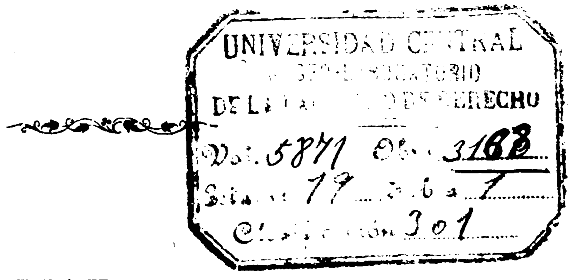
# CIENCIA POSITIVA.

(DARWIN-SPENCER-MARX)

POR

ENRIQUE FERRI,

Diputado en el Parlamento italiano.



MADRID

IMP. DEL SUC. DE J. CRUZADO Á CARGO DE FELIPE MARQUÉS,

*Blasco de Garay 9.—Teléfono 3.145.*

1895.



POR TODAS LAS VÍCTIMAS

Á

# NICOLÁS BARBATO,

QUE DIFUNDIÓ

LA ESTÓICA SERENIDAD DEL MÁRTIR

CON LA FE POSITIVA DEL CIENTÍFICO.

# PREFACIO

Mientras escribo la segunda edición de un estudio mío, ya hoy antiguo, acerca de «El Socialismo y la criminalidad» (Turín 1883), en el cual, siguiendo la progresiva evolución de mi pensamiento científico y político, completaré las ideas *sociológicas* de entonces con las ideas *socialistas* de hoy, publico entretanto éste, que fué en parte la conferencia pronunciada en Milán el 1.º DE MAYO de este año.

Darwiniano y spenceriano convencido, trato de probar cómo el socialismo marxista, el único que tiene método y valor científicamente positivo, y por esto el único que al presente inspira y guía el mundo civilizado, no es sino el complemento práctico y fecundo en la vida social, de aquella moderna revolución científica, que predeterminada en los pasados siglos por la renovación italiana del método experimental en todos los ramos del saber humano, fué en nuestros días resuelta y disciplinada por las obras de Carlos Darwin y Heriberto Spencer.

Cierto es que Darwin, y sobre todo Spencer, se han quedado á mitad de camino en las últimas conclusiones de orden religioso-social-político que derivan de sus indestructibles premisas de hecho. Mas este episodio personal mientras no puede detener la marcha fatal de la ciencia renovada y de sus prácticas consecuencias, en formidable acuerdo con las necesidades más dolorosas de la vida contemporánea; de otra parte, no hace sino evidenciar más la justicia histórica, respecto de la obra científica y política de Carlos Marx, que viene así á completar la gran triada renovadora del pensamiento científico moderno.

Sentimiento é idea son las dos inseparables fuerzas propulsoras de la vida individual y colectiva.

El socialismo, que ha permanecido hasta hace pocos años dominado por las fluctuaciones vivaces, pero indisciplinadas, y por esto inconcluyentes, del sentimiento humanitario, ha encontrado en la obra genial de Marx, y de aquellos que la han desarrollado y completado, su brújula científica y política. Tal es la razón de sus diarias invasoras conquistas en todas las manifestaciones de la vida sentimental é intelectual.

La civilización, mientras representa el complicado desenvolvimiento más fecundo y más bello de las energías humanas, es también un *virus* de terrible poder infeccioso. Al lado de los es-

plendores del trabajo artístico, científico, industrial, acumula los productos gangrenosos del ocio, de la miseria, de la locura, del delito, del suicidio físico y del suicidio moral, que es el servilismo.

El pesimismo, síntoma doloroso de una vida sin ideales, y en su mayor parte, efecto de un agotamiento ó también de una degeneración del sistema nervioso, preconiza el anonadamiento final, como cesación del dolor.

En cambio, nosotros tenemos fe en la eterna «virtud, medicatriz de la naturaleza;» y el socialismo, justamente representa este íntimo hálito de vida nueva y mejor, en que la humanidad será libertada, aunque sea con algún proceso febril, de los productos virulentos de la presente fase de civilización, para conservar y renovar en una fase ulterior las energías sanas y fecundas en bien para todos los hombres.

Roma, Junio 1894.

ENRIQUE FERRI.



# PARTE PRIMERA.

# DARVINISMO Y SOCIALISMO.

## I.

### Virchow y Haeckel en el Congreso de Mónaco.

El 18 de Septiembre de 1877 en el congreso de naturalistas de Mónaco, el famoso embriólogo de Jena, Ernesto Haeckel, pronunció un elocuente discurso en defensa y propaganda del darvinismo, que atravesaba entonces la fase más aguda y tempestuosa de polémica y de lucha.

Pocos días después, el gran patólogo Virchow—que si bien ya militaba en el partido parlamentario «progresista,» es bastante misoneista en política como en la ciencia—combatía enérgicamente la teoría darviniana de la evolución orgánica, y contra ella lanzaba con perspicaz previsión, el grito de alarma y el anatema político de que «el darvinismo conduce directamente al socialismo.»

Al punto protestaron los darvinistas alemanes

capitaneados por Oscar Schmidt y por Haeckel; y para no añadir á tantas oposiciones de índole religiosa, filosófica y biológica, levantadas entonces contra el darvinismo esta grave preocupación política, sostuvieron en cambio que la teoría darviniana estaba en abierta y absoluta contradicción con el socialismo.

«Si los socialistas fuesen astutos—escribía el profesor Oscar Schmidt en el *Ausland* de 27 de Noviembre de 1877—harían inauditos esfuerzos para ahogar en el silencio la teoría de la descendencia, porque esta doctrina proclama en alta voz, cuán inaplicables son las ideas socialistas.»

«De hecho—añadía Haeckel (1)—no hay doctrina científica que declare más abiertamente que la teoría darviniana que la igualdad de los individuos á que tiende el socialismo es un imposible, y que esa quimérica igualdad está en contradicción absoluta con la necesaria desigualdad de hecho que en todas partes existe entre los individuos.

»El socialismo pide iguales derechos, iguales deberes, iguales bienes, iguales goces para todos los ciudadanos; la teoría de la descendencia, establece, por el contrario, que la realización de tales deseos es pura y sencillamente imposible; que en la sociedad humana, como en las sociedades animales, ni los derechos, ni los deberes, ni

(1) *Les preuves du transformisme.—Reponse á Virchow.*—París, 1875, trad Soury, pág. 110.



la propiedad, ni los goces de todos los individuos asociados, son ni podrán ser jamás iguales.

»La gran ley de la diferenciación enseña que, tanto en la teoría general de la evolución, cuanto en su parte biológica ó teoría de la descendencia, la variedad de los fenómenos surge de una unidad originaria, la diferencia de las funciones de una primitiva identidad, la complejidad del organismo de una simplicidad primordial. Las condiciones de existencia, desde la entrada en la vida son desiguales para todos los individuos, y añádase á esto las cualidades hereditarias y las disposiciones innatas más ó menos desemejantes. ¿Cómo, pues, nuestro cometido en la vida y sus consecuencias, han de ser jamás iguales para todos?

»Cuanto más desarrollada está la vida social, tanta mayor importancia adquiere el principio de la división del trabajo; tanto más la existencia estable del Estado exige que sus miembros se repartan los tan varios deberes de la vida; y así como el trabajo que han de realizar los individuos y el consumo de fuerza, de ingenio, de medios, etc., que ello exige, difieren en el más alto grado, así es natural que la recompensa de ese trabajo sea también desigual.

»Son tan sencillos y evidentes estos hechos, que todo hombre político, inteligente y culto, paréceme debía preconizar la teoría de la descendencia y la doctrina general de la evolución, como el mejor antídoto para la absurda utopia igualitaria de los socialistas.

»¡Y el darvinismo ó teoría de la selección es la que Virchow ha tenido en cuenta más que el transformismo ó teoría de la descendencia, siempre confundida con aquélla para su denuncia! El darvinismo es todo menos socialista.

»Si se quiere atribuir una tendencia política á esta doctrina inglesa—cosa que es lícita—esa tendencia no podría ser sino aristocrática, nunca democrática y mucho menos socialista.

»La teoría de la selección enseña que en la vida de la humanidad como en la de las plantas y en la de los animales, siempre y en todas partes sólo una pequeña minoría privilegiada llega á vivir y desarrollarse; y que la inmensa mayoría por el contrario, sufre y sucumbe más ó menos prematuramente. Innumerables son los gérmenes de todas las especies animales y vegetales, y los individuos jóvenes que apuntan, mas el número de los afortunados que llegan á desarrollarse hasta su completa madurez y que alcanzan cumplir su fin, es insignificante.

»La cruel y despiadada «lucha por la existencia» que en todas partes pesa sobre la naturaleza animada, y que debe naturalmente, inferir esta eterna é inexorable concurrencia de todo lo que vive, es un hecho innegable. Sólo el pequeño número elegido de los más fuertes ó de los más aptos está en condiciones de sostener victoriosamente tal concurrencia, y la gran mayoría de los desgraciados concurrentes debe perecer.

»Bien está que se deplore esta trágica fatali-

dad; mas ni se puede negar, ni puede evitarse. ¡Todos son llamados; mas pocos los elegidos!

»La selección, la «elección» de estos «elegidos» que sobreviven, va necesariamente unida á la derrota ó á la pérdida de un gran número de seres; y por esto, otro científico inglés ha llamado al principio fundamental del darvinismo «la supervivencia de los más adaptados, la victoria de los mejores.»

»En todo caso, pues, el principio de la selección no es democrático, sino fundamentalmente aristocrático. Por tanto, si el darvinismo llevado á sus últimas consecuencias, tiene, según Virchow, para el hombre político un aspecto sumamente peligroso, es sin duda ninguna que favorece las aspiraciones aristocráticas.»

He trasladado tan extensamente estos razonamientos de Haeckel, porque precisamente son los que en tono diverso y con exprexiones más ó menos elocuentes y precisas que éstas, se repiten por los adversarios del socialismo que quieren tomar una actitud científica, ó se sirven, por comodidad de polémica, de aquellas frases hechas, que aun en la ciencia, tienen mayor curso del que pudiera suponerse.

Fácil es, sin embargo, probar cómo en este debate la idea lanzada por Virchow fué más clara y segura, por cuanto la historia del último veintenio ha venido á darle plenamente la razón.

De hecho ha sucedido, que el darvinismo y el socialismo han progresado unidos con una

fuerza de expansión maravillosa, conquistando el uno—en su doctrina fundamental—la unanimidad actual de los naturalistas, y continuando el otro propagándose—en sus aspiraciones generales como en su disciplina política—por todos los canales de la conciencia social, ya como inundación torrencial de zonas enteras determinada por el aumento diario del malestar material y moral, ya como lenta, capilar, irrevocable infiltración en las inteligencias más despreocupadas ó menos sumisas al personal beneficio de la grey ortodoxa.

Ahora bien; así como las teorías políticas ó científicas son fenómenos naturales como cualesquiera otro y no fantasía caprichosa y efímera del albedrío individual de quien las inicia ó propaga, así es evidente que si ambas corrientes del pensamiento moderno han podido vencer juntamente las primeras y más fuertes resistencias del misoneìsmo científico y político, y unidas aumentar de día en día la falange de sus conscientes partidarios, esto significa por sí solo—casi diré por una ley de *simbiosis* intelectual—que no son inconciliables ni contradictorias entre sí.

Además, los tres principales argumentos á que sustancialmente se reduce el razonamiento antisocialista de Haeckel no resisten ni á la crítica más elemental de las nociones científicas, ni á la observación más superficial de la vida diaria.

1.° El socialismo tiende á una quimérica igualdad de todos y de todo: el darvinismo, por

el contrario, no sólo muestra, sino que explica las razones orgánicas de la natural desigualdad de los hombres en sus aptitudes, y por tanto en sus necesidades.

2.º En la vida de la humanidad, como en la de las plantas y en la de los animales, la inmensa mayoría de los nacidos está destinada á sucumbir, puesto que sólo una pequeña minoría queda vencedora en la «lucha por la existencia». El socialismo en cambio pretende que todos deben vencer en esta lucha y nadie sucumbir.

3.º La lucha por la existencia asegura «la supervivencia de los mejores ó de los más adaptados,» siguiéndose de aquí un proceso aristocrático, de selección individualista, en vez de la *democrática nivelación* colectivista del socialismo.

## II.

## La igualdad entre los hombres.

La primera de las objeciones hechas al socialismo en nombre del darvinismo, carece en absoluto de fundamento. Si fuese cierto que el socialismo aspira á la igualdad de todos los hombres, nada más exacto que su condenación irrevocable

por el darvinismo (1); pero áun cuando todavía hay muchos que de buena fe, como fonógrafos que repiten las frases hechas, ó de mala fe, por habilidad de polémica, sustentan que el socialismo es sinónimo de igualdad y de nivelación; la verdad es, por el contrario, que el socialismo científico, es decir, el que se inspira en la teoría de Marx y el único al presente que merece defenderse ó impugnarse—no niega en modo alguno la desigualdad de los hombres, innata y adquirida, física y moral, como la de todos los seres vivos (2); sería como decir que el socialismo preten-

---

(1) V. J. De Johannis, *Il concetto dell'eguaglianza nel socialismo e nella scienza* en la *Rassegna delle scienze sociali*, Firenze, 15 Marzo 1883, y más recientemente Huxley, *On the natural inequality of men* en la *Nineteenth Century*, Enero, 1890.

(2) No obstante, como hábito mental del precedente socialismo utópico, queda aún entre los más conscientes partidarios del socialismo marxista, algunas afirmaciones de igualdad—por ejemplo, la de los dos sexos—que sin embargo no es ya sostenible en modo alguno.

Bebel. *La donna è il socialismo*, trad. Olivieri, Milano 1893—que es tan culto expositor y continuador de la teoría marxista, como hábil estratégico y elocuente soldado del socialismo democrático, repite todavía la afirmación de que áun en el aspecto fisio-psíquico la mujer es igual al hombre, esforzándose en dar las pruebas científicas.

Mas después de las positivas indagaciones de Lombroso y de Ferrero acerca de la *Donna delinquente, prostituta e normale*, Torino 1893, no es ya posible negar en la mujer comparada con el hombre una inferioridad fisiológica y psíquica, á la que yo he dado (en la *Scuola positiva*, 1893, núm. 7—8) una explicación darviniana, acepta-

de, por ejemplo, que por decreto del rey ó del pueblo se dispusiese: «De ahora en adelante todos los hombres tendrán 1'70 metros de estatura...» No, el socialismo es algo más serio y menos fácil de refutar.

El socialismo dice: *Los hombres son desiguales, pero son hombres*, es decir, que áun cuando

---

da después en un todo por Lombroso (en la 6.ª edición del *Uomo di genio*, 1894), poniendo de relieve, cómo todos los caracteres fisio-psíquicos de la mujer son una resultante de su gran función biológica de la maternidad.

Un ser que procrea á otro—no en el fugaz momento de voluptuoso contacto, sino en el sacrificio orgánico y psíquico de la preñez, del parto, del puerperio, de la lactancia—no puede conservar para sí tanta energía como el hombre, que tiene en la reproducción de la especie una *parte menos importante*.

Y hé aquí porqué, salvo excepciones individuales, la mujer tiene menor sensibilidad física (mal que pese á la general opinión, que confunde la sensibilidad con la irritabilidad), puesto que si así no fuese, según la ley darviniana no podría sobrevivir á los inmensos y repetidos sacrificios de la maternidad, y con ella perecería la especie. Y hé aquí porqué la mujer tiene menor inteligencia, máxime en su poder sintético, precisamente debido á que, si no hay mujeres de genio, crean sin embargo hombres de genio. (Sergi, en los *Atti della Societa romana di Antropologia*, 1894).

Tan cierto es, que la sensibilidad y la inteligencia superiores se encuentran en aquellas mujeres que no tienen ó tienen menos desarrolladas la función y sentido de la maternidad (es de notar que las mujeres de genio tienen una fisonomía varonil) y que muchas de ellas alcanzan el completo desarrollo intelectual precisamente después que han pasado la época crítica, cuando cesa la maternidad.

Mas si es innegable, pues, científicamente que la mujer representa un grado menor de evolución biológica, y que

todo individuo nace y se desarrolla de un modo más ó menos distinto que los demás—pues así como en un bosque no hay dos hojas idénticas, así tampoco hay en todo el mundo dos hombres perfectamente iguales—esto no obstante, todo hombre, por el solo hecho de ser *un hombre*, debe tener asegurada una existencia de hombre y no de ilota ó de bestia de carga.

También sabemos que no todos los hombres pueden realizar el mismo trabajo, ahora que las desigualdades sociales aumentan las naturales, ni lo podrán realizar tampoco en un régimen socialista, cuando la organización social tienda, por el contrario, á atenuar las nativas desigual-

---

por los caracteres fisio-psíquicos está colocada entre el niño y el varón adulto, ¿resulta por esto sean erróneas las conclusiones socialistas respecto á la cuestión de la mujer?

De ningún modo; por el contrario, están perfectamente acordes; y así como por ser la mujer criatura humana y procreadora de hombres, y por ello más digna de amor y de respeto, debe, pues reconocérsele en la sociedad una condición jurídica y moral más elevada que su presente inferioridad—que hace de ella muchas veces bestia de carga ú objeto de lujo—así también en la cuestión económica, el exigir por ahora las leyes especiales para el trabajo de la mujer, no hace más que responder á sus especiales condiciones fisio-psíquicas, que vulneradas al presente por el individualismo económico en el agotamiento de las fábricas y arrozales, serán, en cambio, elevadas por el socialismo á aquella dignidad del trabajo profesional y científico ó higiénicamente muscular, que conviene á la santa maternidad.

V. Kuliscioff, *Il monopolio dell'uomo*. Milán 1892, 2.ª edición; y Mozzoni, *I socialisti e l'emancipacione della donna*. Milán 1891.



dades. Siempre habrá quien por su cerebro ó su musculatura sea más apto para el trabajo científico ó artístico y quien lo sea para el trabajo manual ó de precisión mecánica, ó para el trabajo agrícola, etc.; pero lo que no debe suceder y no sucederá es que haya hombres que no trabajen nada, en tanto que otros trabajan con exceso ó están muy mal recompensados.

Y no es esto sólo, sino que el colmo de la injusticia y del absurdo es, que ahora quien no trabaja obtiene las mayores recompensas, aseguradas por el monopolio individual de la riqueza, acumulable por trasmisión hereditaria; riqueza, que en el menor número de casos se debe á los sacrificios del ahorro y á las inhumanas privaciones del actual poseedor ó de algún antepasado laborioso; pero que las más de las veces es fruto secular de expoliaciones por conquista militar ó por negocios poco escrupulosos ó por favoritismo de soberanos—siempre en todo caso independientemente de cualquier esfuerzo, de cualquier trabajo socialmente útil por parte del heredero, con frecuencia pródigo dilapidador en las variadas formas del ocio más ó menos velado, de una vida tan vacía en el fondo cuan brillante en la apariencia.

Y si no se trata de riqueza heredada se trata de riqueza defraudada. Aparte el mecanismo económico de que hablaré más adelante revelado por Carlos Marx, que áun sin cometer fraude, permite que el capitalista ó propietario pueda normal-

mente acumular una renta ó beneficio sin trabajar, es un hecho que los patrimonios más rápidamente acumulados y engruesados ante nuestros ojos, no son ni pueden ser el fruto de un honrado trabajo. El trabajador verdaderamente honrado, por infatigable y económico que sea, si llega á elevarse del grado de asalariado á jefe de taller ó empresario, puede acumular en una larga vida de privaciones á lo sumo algunos millares de pesetas. En cambio, los que, sin descubrimientos industriales debidos á su genio, reunen en pocos años millones, no pueden ser otra cosa que negociantes poco escrupulosos, fuera de algún caso excepcional de un golpe de honrada fortuna, y estos son los que, como parásitos de la Banca y de las empresas públicas, viven más señorialmente y cubiertos de cintajos caballerescos ó de oficiales honores... en premio de sus buenas obras.

En tanto, los que trabajan, que son la inmensa mayoría, no tienen por recompensa sino una alimentación y una vivienda que apenas bastan para que no mueran de hambre aguda en los arrabales ó en las buhardillas, en las lóbregas callejuelas de las grandes poblaciones, ó en las casuchas del campo, las cuales no servirían para cuadra de los caballos ó para establo de los bueyes; y esto sin contar la agitación desesperada de la forzosa falta de trabajo, que es uno de los tres síntomas más dolorosos, y que va en aumento, de esa igualdad en la miseria que verdaderamente se propaga por todo el mundo económico moderno, en Italia co-

mo en otras partes. Aludo al inmenso ejército de *desocupados* entre los obreros agrícolas ó industriales, de los *spostati* de la pequeña burguesía y de los *expropiados* por los impuestos, deudas ó usura entre los pequeños propietarios.

No es cierto, pues, que el socialismo pida para *todos* los ciudadanos una igualdad material y positiva de trabajo y de goces. La igualdad puede revestir la forma de obligar á todo hombre á trabajar para vivir y asegurar á todo individuo las condiciones de una existencia *humana*, en cambio del trabajo dado á la sociedad.

*La igualdad entre los hombres*, según el socialismo, como dice Malon (1), se debe por tanto entender en un doble sentido relativo: 1.º que todos los hombres, por ser tales, tengan aseguradas las condiciones de una existencia humana; 2.º que todos los hombres sean iguales en el *punto de partida* de la lucha por la vida, de tal modo que cada uno desenvuelva libremente su personalidad en igualdad de condiciones *sociales*, al paso que ahora ocurre que el niño que nace sano y robusto, pero pobre, debe sucumbir en la concurrencia con un niño que nace débil, pero rico (2).

Esta es justamente la radical é inconmensu-

---

(1) MALON: *Le socialisme integral*, 2 vol. París, 1892, resumido en el volumen *Il socialismo;* trad. ital. Milán, 1894.

(2) ZULIANI: *Il privilegio della salute*. Milán, 1893 y pág. 53 de este libro.



rable transformación que el socialismo no sólo exige, sino que indica y prevé, como evolución ya comenzada en la humanidad presente, y necesaria, fatal para la humanidad próxima futura (1). Transformación que consiste toda ella en la conversión de la propiedad privada ó individual de los medios de producción, esto es, de la base física de la vida humana (tierras, minas, edificios, talleres, máquinas, instrumentos de trabajo, medios de transporte), en propiedad colectiva ó social, según los métodos y procedimientos de que me ocuparé más adelante.

Entretanto, queda demostrado que la primera objeción del razonamiento antisocialista no tiene consistencia alguna, sencillamente porque parte de un supuesto que no existe, es decir, supone que el socialismo contemporáneo proclama y quiere una quimérica igualdad física y moral de todos los hombres, que el socialismo científico y positivo no sueña en modo alguno pensar. Antes bien, el socialismo afirma que esta desigualdad entre los hombres, al paso que en una organización social mejor, deberá atenuarse mucho suprimiendo todos los defectos orgánicos y psíquicos que la miseria viene acumulando de generación en generación, no podrá con todo desaparecer jamás por las razones qne el darvinismo precisamente ha descubierto en el misterioso me-

(1) LETOURNEAU. *Pasé, présent et avenir du travail*, en la *Revue mensuelle d'Antropologie*. París 15 de Junio de 1894.



canismo de la vida, en la sucesión sin fin de los individuos y de las especies.

En todo orden social, sea cualquiera el que se imagine, habrá siempre hombres altos y bajos, débiles y fuertes, sanguíneos y nerviosos, más ó menos inteligentes, con preponderancia de los músculos ó del cerebro; y es un bien que así sea, además de que es inevitable. Y es un bien, porque de la variedad y de la desigualdad de aptitudes individuales nace espontáneamente la división del trabajo, que justamente señala el darvinismo como una ley tanto de la fisiología individual como de la economía social.

Todos los hombres deben vivir trabajando, pero cada uno debe realizar aquel trabajo que *mejor responda á sus* aptitudes, para evitar una perjudicial pérdida de fuerzas, y para hacer también que el trabajo no sólo no repugne, sino que se convierta en agradable y necesario, como condición de la salud física y moral.

Y cuando cada hombre da á la sociedad el trabajo que mejor responde á sus aptitudes innatas y adquiridas, es igualmente meritorio, porque igualmente concurre á la solidaridad del trabajo en que se determina precisamente la vida del agregado social, y juntamente con ella la de todo individuo.

El labriego que cava la tierra efectúa un trabajo más modesto en la apariencia, pero no menos necesario, útil y meritorio que el del obrero que construye una locomotora ó el del ingeniero

que la perfecciona, ó el del sabio que lucha contra lo desconocido en su gabinete de estudio ó en el laboratorio.

Lo esencial en la sociedad es que todos trabajen, del mismo modo que en el organismo individual todas las células cumplen sus diversas funciones en apariencia más ó menos modestas, como por ejemplo, la de las células nerviosas, musculares ú óseas; pero trabajos y funciones biológicas igualmente necesarias y útiles para la vida del organismo entero; y del mismo modo que en éste ninguna célula vive sin trabajar sino en tanto toma su alimento del *ricambio* material en cuanto trabaja, así en el organismo social, ningún individuo debe vivir sin trabajar, cualquiera que sea el trabajo que haga.

He aquí, pues, cómo se resuelven muchas de las dificultades artificiosas que los adversarios oponen al socialismo. ¿Quién limpiará las botas en él régimen socialista? pregunta Richter en su libro, tan linfático, que llega á lo grotesco de suponer que en nombre de la igualdad social «el gran canciller» de la sociedad socialista se vea obligado, antes de ocuparse de la cosa pública, á lustrarse el calzado y á cepillarse el vestido. Ciertamente que si los adversarios del socialismo no tuviesen mejores argumentos que oponer, serían inútiles hasta las discusiones (1).

(1) Richter, *Dopo la vittoria del socialismo*, traducción ital. Milano, 1892, pár. 13.



Pero todos querrán dedicarse á los trabajos menos fatigosos y más agradables, se dice con mayor apariencia de seriedad; y bien, volvamos á contestar que tanto valdría invocar que desde ahora un decreto diga: «¡De ahora en adelante todos los hombres nazcan pintores ó cirujanos!»

Mas precisamente son las variedades antropológicas de temperamento y de carácter las que distribuyen sin necesidad de frailunas reglamentaciones (otra objeción infundada contra el socialismo) los diversos trabajos intelectuales y manuales.

Decid á un campesino de constitución media que vaya á estudiar anatomía ó derecho penal; ó viceversa, decid á un individuo que tiene un cerebro más desarrollado que los músculos, que se dedique á labrar la tierra en vez de observar al microscopio, y uno y otro preferirán el trabajo á que mejor se sienta dispuesto.

Ni el desarreglo en las profesiones ú oficios será tan grande como muchos se imaginan cuando la sociedad se ordene según el régimen colectivista. Suprimidas las industrias de puro lujo *personal*, que representa tantas veces un reto indecoroso á la miseria de los más, la suma y la variedad de los trabajos se adaptarán gradualmente, es decir, naturalmente á la fase de civilización socialista, como ahora responde á la fase de civilización burguesa.

Así, en el régimen socialista tendrá cada cual mayor libertad para afirmar y desenvolver las

propias aptitudes, y no ocurrirá como ahora, que por falta de medios pecuniarios, muchos aldeanos y ciudadanos y pequeños burgueses, dotados de talento natural, quedan atrofiados y se ven obligados á hacer de labradores, de obreros ó de empleados en tanto que podrían dar á la sociedad un trabajo diferente y más fecundo, por ser más adecuado á su talento particular.

Lo esencial estriba únicamente en que, tanto el labriego como el profesionista, ó el artesano, tengan en la sociedad, á la cual dan su trabajo, aseguradas los condiciones de una existencia digna de seres humanos. Así no se dará el indigno espectáculo de que, por ejemplo, una bailarina gane en una sola noche haciendo piruetas, más que el sabio ó el que tiene una profesión recibe en todo un año, (si es que á veces no personifican la miseria de levita).

Ciertamente, las bellas artes se practicarán en el régimen socialista, porque el socialismo quiere que la vida sea agradable para todos, y no sólo como ahora ocurre para unos cuantos privilegiados, y por tanto, dará á todas las artes grande, maravilloso impulso, aboliendo el lujo privado; pero favoreciendo el esplendor de los edificios públicos y de los públicos recreos.

Pero serán más respetadas las proporciones de la recompensa asegurada á cada uno según el distinto trabajo prestado; proporción que se obtendrá disminuyendo el tiempo de trabajo en razón de la fatiga ó peligro del mismo, puesto

que si un labrador puede trabajar al aire libre siete ú ocho horas al día, un minero tendrá que trabajar sólo tres ó cuatro. De hecho, cuando todos trabajen y desaparezcan muchos trabajos improductivos, la suma total de trabajo cotidiano repartida entre los hombres, será mucho menos pesada y mejor soportada (por la mejora de la alimentación y habitación, y por el reposo asegurado) de lo que hoy es, para aquellos que trabajan y están tan mal recompensados, y también porque los progresos de la ciencia aplicados á la industria irán haciendo cada vez menos penoso el trabajo humano.

Así, de este modo, el trabajo será espontáneamente pedido por todo hombre, á pesar de la *falta de salario ó estipendio* que acumular como riqueza privada; precisamente porque todo individuo sano, normal y bien alimentado como rehuye un trabajo excesivo ó mal pagado, rehuye igualmente el ocio y siente una verdadera y propia necesidad fisiológica y psíquica de una ocupación diaria que responda á sus particulares aptitudes.

De hecho lo vemos todos los días en la clase ociosa que busca en las variadas formas más ó menos fatigosas del *sport* una sustitución del trabajo productivo como una necesidad fisiológica para evitar los males del ocio absoluto y del aburrimiento.

El problema grave, estriba pues, en *proporcionar* la recompensa del trabajo realizado por

cada uno, y es de notar que el colectivismo adopta la fórmula «á cada uno en razón del trabajo», en tanto que el comunismo dice: «á cada uno según sus necesidades.»

Nadie puede decir *à priori* cómo se resolverá *en sus detalles prácticos* este problema; mas esta imposibilidad de profetizar en sus detalles el porvenir, se opone erróneamente al socialismo para tacharle de utopismo impracticable. Nadie habría podido profetizar el desenvolvimiento sucesivo de ninguna civilización en sus albores, como diré luego al hablar de las formas de renovación social.

Lo que, en cambio, puede decirse con plena seguridad por las inducciones más firmes de la sociología y de la psicología es, que es innegable, como reconoce el mismo Carlos Marx, que la segunda fórmula, la cual para algunos es lo que distingue el anarquismo (teórico ó platónico) del socialismo, representa ciertamente un ideal ulterior y más complicado. Pero es también innegable que de todos modos la fórmula del colectivismo representa una fase de evolución social y de disciplina individual, que necesariamente deberá preceder á la del comunismo (1).

No se necesita creer que con el socialismo la

(1) Notaba ingeniosamente ZERBOGLIO, en un artículo sobre la *Vita moderna*, que el individualismo, obrando sin la fuerza de la sanción externa por el sólo impulso interno del bien—ideal lejano de Herbert Spencer—no podría realizarse sino después de una fase de colectivismo, en que los instintos y las actividades individuales puedan

humanidad haya alcanzado por completo todo ideal posible y nada más quede después por desear ó conquistar. Si pretendiésemos nosotros agotar todo ideal humano, condenaríamos entonces á las generaciones futuras al ocio y á la vagancia. El individuo y la sociedad que no tienen ya un ideal por qué luchar, están muertos ó moribundos. La fórmula del comunismo podrá, pues, ser un ideal ulterior que conquistar, después que el colectivismo haya logrado su completa efectividad con aquellos procedimientos históricos de que me ocuparé más adelante.

Mas, por ahora, volviendo á Darwin, queda pues eliminada la pretendida contradicción entre el socialismo y el darvinismo, á propósito de la igualdad entre todos los hombres, que el socialismo no piensa en modo alguno afirmar, y sí por el contrario, darvinísticamente, orientar hacia una vida mejor para los individuos y para la sociedad.

Así, pues, con esto mismo queda también contestada la tan repetida objeción de que el socialismo quiere ahogar ó suprimir la personalidad humana bajo la uniforme plancha de plomo de la colectividad, reduciendo los individuos á las funciones monásticas de un sinnúmero de abejas humanas en la colmena social.

---

disciplinarse en la solidaridad social, apartándose del individualismo, fundamentalmente anárquico del mundo presente, en que cada cual cuando tiene la habilidad de *burlar el código penal*, hace lo que quiere sin miramiento alguno de sus semejantes.



Precisamente ocurre lo contrario. Es evidente, de hecho, que ahora en el actual régimen burgués, en que á todo hombre, salvo las raras excepciones de las individualidades más salientes, se le considera por lo que *tiene* y no por lo que *es*, es cuando ha lugar la atrofia y pérdida de tantas personalidades, que con más ventaja para sí propias y para todos podrían resultar.

Quien nace pobre, evidentemente sin culpa suya, puede ser un genio artístico ó científico, mas si no tiene un patrimonio propio que le dé medios de vencer en las primeras batallas por la vida ó de completar su cultura, ó si el pastor *Giotto* no tiene la fortuna de encontrar al adinerado *Cimabue* se ve obligado á apagar su genio y ser número anónimo del gran reclusorio del salariado, y la sociedad misma pierde tesoros de fuerza intelectual.

Por el contrario quien nace rico, evidentemente sin mérito personal por ello, puede ser, en cambio, un microcéfalo ó un necio cualquiera, pero está seguro de que representará su papel en el teatro social, y para él todos los espíritus serviles serán pródigos en elogios y caricias, y sólo porque *tiene* dinero creerá que es distinto de lo que *es*.

En cambio con la propiedad colectiva, es decir, en el régimen socialista, teniendo todo individuo aseguradas las condiciones propias de su existencia, el trabajo diario no servirá más que para poner de relieve las especiales aptitudes más

ó menos geniales de cada hombre, y los años mejores y más fecundos de la vida no se consumirán como ahora en la conquista desesperada, convulsiva y envilecedora del pan cotidiano.

En el socialismo cada uno tendrá, con la seguridad de una vida humana, la verdadera libertad de desenvolver y manifestar la propia personalidad física y moral, cual se tiene al nacer en la infinita variedad y desigualdad antropológica, que, digámoslo una vez más, el socialismo no niega, sino que desea encauzar mejor al libre y fecundo desarrollo de la vida humana.

## III

## Los vencidos en la lucha por la vida.

La segunda contradicción que se supone entre el darvinismo y el socialismo es, que mientras por el darvinismo se demuestra cómo la inmensa mayoría de los nacidos, lo mismo entre las plantas, los animales y los hombres, está destinado á sucumbir, porque sólo una pequeña minoría queda vencedora en la «lucha por la existencia», el socialismo pretende, en cambio que todos deben librar esta lucha y ninguno debe quedar derrotado.

Muchas respuestas hay que dar.

La primera es, que en el mismo campo biológico de la «lucha por la existencia» la desproporción entre los individuos que nacen y los que sobreviven, va progresivamente atenuándose á medida que se pasa de los vegetales á los animales, y de éstos al hombre. Y así esta ley de proporción decreciente entre los «llamados» y los «elegidos» vale también para las diversas especies de un mismo reino natural.

Y en efecto, en el mismo reino vegetal, todo individuo da cada año un número desmesurado de semillas, y de éstas sólo una parte infinitesimal sobrevive; en el reino animal disminuye el número de los nacidos de cada individuo y aumenta el número de los que sobreviven, y en el género humano el número de seres que cada individuo puede engendrar es muy pequeño, y de los que nacen sobreviven la mayor parte.

Y no es esto solo, sino que en el reino vegetal, como en el animal y humano, las especies inferiores y más sencillas, las razas y clases menos elevadas son las que tienen en sus individuos una mayor abundancia reproductiva y en sus generaciones una frecuencia más rápida á causa de la menor longevidad de los individuos. Un helecho produce millones de esporos y vive poco tiempo, en tanto que una palmera da pocas decenas de semillas cada año, y tiene una vida secular; un pez produce muchos millares de huevos, en tanto que el elefante ó el chimpancé tienen pocos des-

cendientes y viven muchos años; y entre los hombres, las razas salvajes son más prolíficas y tienen menos longevidad, mientras que las civilizadas tienen escasa natalidad y longevidad mayor.

De modo que, sin salir del campo exclusivamente biológico, es evidente que la proporción de los vencedores en la «lucha por la existencia» aumenta sensiblemente cada vez más con relación al total de nacidos, á medida que se pasa de los vegetales á los animales y de los animales al hombre, y á medida también que de las especies ó variedades inferiores pasamos á las razas ó variedades superiores.

La misma férrea ley de la «lucha por la existencia» va, pues, restringiendo progresivamente tanto la hecatombe de los vencidos, cuanto se elevan, complicándose y perfeccionándose las formas de la vida.

Sería por tanto un error oponer sin más al socialismo la ley darviniana de la selección natural tal como se da en las formas primitivas de la vida, sin tener en cuenta su continua atenuación, pasando de los vegetales á los animales, de éstos al hombre, y ya de dentro de la humanidad de las razas primitivas á las más adelantadas, cuanto más, que representando el socialismo una fase de ulterior progreso en la vida humana, mucho menos puede oponérsele una interpretación tan burda é inexacta de la ley darviniana.

Ciertamente que de la ley darviniana, ó aún

mejor, de esta interpretación «brutal», se ha abusado por los adversarios del socialismo para tratar de dar una justificación á la moderna concurrencia individualista, que con demasiada frecuencia se reduce á una disimulada forma de antropofagía, que hace propia del estado social presente la condición del *homo homini lupus* que Hobbes coloca en cambio en el supuesto estado *natural* del hombre, antes del contrato de convivencia social. Pero el abuso de un principio científico no es prueba de su falsedad, sino que antes sirve de estímulo para aquilatar mejor su índole y términos, y para obtener una más exacta y completa aplicación práctica, como precisamente estoy haciendo al demostrar la perfecta armonía entre el socialismo y el davrinismo.

He aquí por qué en la primera edición de mi libro *Socialismo y criminalidad* (páginas 179 y siguientes), he sostenido que la lucha por la existencia es ley inmanente de la humanidad, como de todos los seres vivos, pero que cambia y se atenúa continuamente en sus formas.

Tal es aún mi pensamiento, contra el de algunos socialistas que creyeron mejor refutar las objeciones opuestas en nombre del darvinismo, afirmando que en la humanidad la «lucha por la existencia» es una ley que debe perder todo valor y toda aplicación una vez cumplida la transformación deseada por el socialismo (1); es decir,

(1) Labusquière, en la *Rivista internaziole del socia-*

que una ley como esta que domina tiránicamente á todos los seres vivos, desde los microbios hasta los simios antropoides, debería desaparecer y caer inerte á los piés del hombre, como si él no fuese un inseparable anillo de la gran cadena biológica..... En cambio sostuve y sostengo que la lucha por la existencia es ley inseparable de la vida, y por lo tanto de la humanidad; pero que áun siendo ley inmanente y constante se transforma gradualmente en su contenido y se atenúa en sus formas.

En la humanidad primitiva apenas se distin-

---

*lismo,* Milano, 1880, núm. 3.—LANESSAN. *La lutte pour l'existence et l'association pour la lutte.* París, 1881.—LORIA, *Discorso su Carlo Darwin.* Siena, 1882, págs. 17 y siguientes, y *Darwin e l'economía política,* en la *Riv. di filosofía scientifica.* Junio, 1884.—COLAJANNI. *Il socialismo.* Catania, 1884, y otros.

Colajanni reconoce que en lo fundamental de mis ideas soy yo «más socialista que otros á quienes se tiene por tales y por tales se persigue.» Mi libro, en efecto, sobre el *socialismo y la criminalidad,* no hacía más que criticar el *método* revolucionario del socialismo italiano de hace algunos años, que se encontraba todavía en un nebuloso romanticismo. Dicha crítica fué exagerada en su alcance por los conservadores más ó menos progresistas; pero en el fondo mis ideas estaban entonces (1883) sustancialmente en la dirección socialista, según atestiguaré en la segunda edición de *Socialismo e criminalitá,* como reconoce Colajanni.

Mi convicción más completa y profunda, por ser gradual y como rodada, proviene de la exposición popular del socialismo científico que vienen haciendo en la *Critica sociale* TURATI, y en la *Giustizia* PRAMPOLINI, y decisivamente, después del estudio de las obras de Carlos Marx,

gue de la lucha librada entre los demás animales; es la lucha brutal por el alimento cotidiano y por la hembra—ya que hambre y amor son las dos necesidades fundamentales y los dos polos de la vida—y se libra casi únicamente con la fuerza muscular. En una fase ulterior surge también la lucha por la supremacía politica (en el clan, en la tribu, en la aldea, en el Municipio, en el Estado) y se combate cada vez menos con los músculos y cada vez más con el cerebro.

En el período histórico la humanidad grecolatina combate por la igualdad *civil* (abolición de la esclavitud), y vence, mas no reposa, porque

---

que si son en la forma algo áridas y poseídas de soberbio dogmatismo, en su esencia son verdaderamente geniales é irresistibles, porque están en completo acuerdo con toda la direccción del pensamiento científico moderno.

Las obras de LORIA después, preñadas de teorías marxistas, fecundadas con un torrente maravilloso de erudición científica y con una genial profundidad de miras, han completado mi educación científica en el socialismo, después de lo que, he creído deber mío poner de manifiesto mi explícita adhesión política; puesto que también en política tuvieron siempre una dirección ideal, fundamentalmente socialista, y á este propósito recuerdo que apenas fuí elegido diputado en 1886, sostuve polémicas con los republicanos en la *Epoca* de Génova y en *La Liga de la Democracia* de Roma, precisamente porque yo mantenía siempre que la verdadera y esencial cuestión era para mí la *cuestión social*.

Sólo que entonces me encontraba en esa fase *sociológica* del pensamiento, que si bien es el fundamento necesario de educación científica, representa sin embargo una parálisis de desenvolvimiento, cuando no alcanza aún la fase práctica y fecunda del *socialismo*.

la vida es la lucha; combate la sociedad medioeval por la igualdad *religiosa* que alcanza; mas no se para y lucha por la igualdad *política*. ¿Había de cesar y aplacarse ese continuo batallar en el estado presente? No; ahora se lucha por la igualdad *económica*, no en el sentido de igualdad material y absoluta, sino en el más positivo que he explicado anteriormente; y todo hace prever con seguridad matemática, que áun esta lucha será vencida para dar lugar á nuevas conquistas, á ideales nuevos para nuestros sucesores. Y con el sucesivo variar del contenido ó de los ideales de la lucha por la existencia, continúa la progresiva atenuación de las formas de lucha, que de violenta y muscular se convierte cada vez más en pacífica é intelectual, á pesar de los retrocesos atávicos ó de las manifestaciones psico-patológicas de las violencias personales de los individuos contra la sociedad ó de la sociedad contra los individuos.

De este concepto mío—que recientemente ha tenido una brillante demostración en la genial obra de Novicow, que sin embargo olvida por completo, la lucha sexual (1)—volveré á tratar extensamente en el capítulo sobre el *porvenir moral de la humanidad*, en la segunda edición de *Socialismo y criminalidad*.

(1) NOVICOW, *Les luttes entre societés et leurs phases successives*. París, 1893.

Véase á este propósito LERDA, *La lotta per la vita* en el *Pensiero Italiano*. Milano, Febrero-Marzo, 1894.



Por ahora, básteme añadir á la objeción antisocialista, la respuesta de que, no sólo la desproporción entre los nacidos y los supervivientes disminuye cada vez más, sino que la misma «lucha por la existencia» varía en su contenido y se atenúa en sus formas en cada una de las fases sucesivas de la evolución biológica y social.

Así, puede por tanto muy bien afirmarse por el socialismo, que á todos los hombres deben asegurárseles las condiciones de una vida de hombres—en cambio del trabajo prestado á la colectividad—sin contradecir por esto la ley *darviniana* de la supervivencia de los vencedores en la lucha por la existencia; puesto que es preciso interpretar y aplicar exactamente dicha ley darviniana en sus varias manifestaciones, según la vida progresiva de la humanidad, según las épocas primitivas de ésta y conforme al orden inferior de los seres vivos, vegetales y animales.

Y no es esto sólo; sino que el mismo socialismo científicamente comprendido, no excluye ni puede excluir que haya siempre en la humanidad quien sucumba en la lucha por la existencia.

También este argumento se refiere más directamente á las relaciones entre el *socialismo y la criminalidad*, porque precisamente por quien sostiene que la lucha por la existencia es ley caducada al llegar á la humanidad, se afirma como consecuencia, que el *delito* (forma anormal y antisocial de la lucha por la vida, como el *trabajo* es su forma normal y social) deberá desaparecer de

la tierra; y se cree, por tanto, encontrar en este caso una contradicción entre el socialismo y las doctrinas de la antropología criminal acerca del delincuente nato, que son una derivación del darvinismo (1).

Reservándome para otra ocasión el desarrollo más extenso de esta cuestión, resumiré entre tanto mi pensamiento de antropólogo criminalista y de socialista á un tiempo mismo.

Ante todo, la escuela criminal positiva se ocupa de la vida presente, y por tanto es incontestable su mérito por haber aplicado al estudio del fenómeno criminoso el método de la ciencia experimental, é inducido de este estudio el absurdo hipócrita de los sistemas penales modernos, fundados en el concepto del libre albedrío y de la culpa moral, y practicados en los calabozos del sistema celular—que yo llamé y llamo una de las aberraciones del siglo XIX—para sustituirlos por la sencilla separación de los individuos inadaptados á la vida social por condiciones patológicas, congénitas ó adquiridas, transitorias ó permanentes.

(1) Me duele tener que recordar que el mismo Loria, tan perspicaz y profundo, se ha dejado influir en este caso por las primeras apariencias, afirmando esta pretendida contradicción en su libro *Bases economiques de la constitution sociale*, París 1894, á quien ha contestado perfectamente, en nombre de la Escuela criminal positiva Rieniere de Rochi; *Il diritto penale e un'opera reciente de Loria* (en la *Scuola positiva nella giurisprudenza penale* del 15 de Febrero de 1894), y Lombroso, en el *Archivio di psichiatria e scienze penale*, 1894, XIV, cuaderno 6.



Decir, pues, que con el socialismo desaparecerán todas y cada una de las formas del delito, es una afirmación que deriva de una generosa idealidad sentimental, pero que no se funda en la rigurosa observación científica.

La escuela criminal positiva demuestra que el delito es un fenómeno natural y social—como el suicidio y la locura—determinado por la anormal constitución orgánica y psíquica del delincuente, al propio tiempo que por las influencias del ambiente físico y del ambiente social. Factores antropológicos, físicos y sociales concurren siempre indisolublemente para determinar cualquier delito, desde el más leve al más grave, como cualquier otro acto humano; y solamente varía para cada delincuente ó para cada delito la intensidad determinante de cada uno de los órdenes de factores (1).

---

(1) Véase mi *Sociologia criminale*, III edic. Torino, 1892, cap. 1 y 2.

En este sentido, y como confirmación positiva de nuestras inducciones, se ha publicado en estos días un excelente libro de Fornasari di Verce, *Sulla criminalitá e le vicende economiche d'Italia dal 1873 al 1890* (Torino, Biblioteca antrop. jurid. 1894), cuyo prólogo, escrito por César Lombroso, termina con estas palabras:

«No queremos con esto denegar la verdad del movimiento socialista, que está destinado á cambiar la dirección moderna de la Europa, y que pretende *ad majorem gloriam* de sus conclusiones, que *toda* la criminalidad depende de la influencia económica; nosotros acogemos esta doctrina sin querer ni poder seguir sus errores, pues aunque entusiastas de ella, no negaremos jamás ni ocultare-

Por ejemplo: en el asesinato cometido por celos ó por alucinación, el más fuerte impulso corresponde al factor antropológico, sin que por esto pueda excluirse la acción del ambiente físico y del ambiente social. En cambio en los delitos contra la propiedad y áun contra las personas, cometidos á impulsos de una multitud amotinada ó por alcoholismo etc., la intensidad mayor corresponde al ambiente social, sin que por esto pueda negarse la influencia del ambiente físico y del factor antropológico.

El mismo razonamiento para completar el examen de las objeciones antisocialistas hechas en nombre del darvinismo, puede repetirse al tratar de las enfermedades comunes, si bien el delito se encuentra también dentro de la patología humana.

Toda enfermedad, aguda ó crónica, infecciosa ó no, grave ó leve, es la resultante de la constitución antropológica del individuo y de las influencias del ambiente físico y social, sólo que para las diversas enfermedades, varía la intensidad determinante de las condiciones personales ó del ambiente: la tisis ó la cardiopatía, por ejemplo, son enfermedades que dependen en su mayor parte de la constitución orgánica del individuo, aunque concurriendo con ésta la complicidad del ambiente; pero la pelagra ó el cólera ó el ti-

---

**mos la verdad en honor suyo. Dejamos estos inútiles servilismos á los clásicos y á los ortodoxos.»**



fus ó la caquexia palúdica etc., dependen, por el contrario, muy principalmente, de las condiciones sociales y físicas del ambiente. Y he aquí por qué la tisis hace estragos áun entre las personas acomodadas, y por tanto bien alimentadas y que mejor viven, al paso que la pelagra y el cólera reclutan la mayoría de sus víctimas entre los mal alimentados, esto es, entre los pobres.

Ahora bien; es evidente que con el régimen socialista de la propiedad colectiva, aseguradas á cada hombre sus condiciones de existencia de hombre, disminuirán muchísimo y acaso *desaparecerán*—con la ayuda de los continuos descubrimientos científicos y de las progresivas prevenciones higiénicas—las enfermedades ocasionadas principalmente por las condiciones del ambiente, por insuficiente nutrición y poco abrigo contra la intemperie; mas no por esto desaparecerán por ejemplo, las enfermedades por traumatismos, la locura, las pulmonías, etc.

Lo mismo puede decirse del delito: desaparecida la miseria y la inicua disparidad de condiciones económicas, ciertamente por la falta directa del estímulo del hambre aguda ó crónica, como por la indirecta y benéfica influencia física y moral de una mejor alimentación, unido á la ausencia de ocasiones para abusar del poder ó de la riqueza, disminuirán muchísimo y desaparecerán aquellos delitos en su mayor parte ocasionales, que en el ambiente social tienen su mayor fuerza determinante. Mas no por esto desapare-

cerán por ejemplo los atentados al pudor por aberración sexual patológica ó los homicidios por epilepsia ó los hurtos por degeneración psicopatológica, y otros por el estilo.

Del mismo modo, con el socialismo se extenderá y será más intensa la cultura popular, desaparecerá el *analfabetismo*, toda inteligencia tendrá medios de desenvolverse y manifestarse libremente; pero por esto no dejará de haber idiotas é imbéciles por condición patológica hereditaria, si bien áun sobre las degeneraciones congénitas (enfermedades comunes, delincuencia, locura, neurosis), tendrá una benéfica influencia preventiva y mitigadora la mayor perfección del orden económico y social, unido á la guía cada vez más clarividente de la biología experimental, y por lo tanto, la más frecuente abstención personal para la procreación en los casos de enfermedad hereditaria.

Es decir, en conclusión, que áun en el régimen socialista, si bien en proporciones infinitamente menores, habrá siempre seres derrotados en la lucha por la existencia, bajo las formas de débiles, de enfermos, de locos, de neurasténicos, de delincuentes, de suicidas, y por esto, el socialismo no niega la ley darviniana de la lucha por la existencia. Mas con esta inmensa superioridad, que las formas epidémicas ó endémicas de la degeneración humana, física y moral, serán completamente sofocadas por la eliminación de su primordial causa, que es la miseria física y la

miseria moral. De tal modo, que entonces la lucha por la existencia, áun siendo la permanente fuerza propulsora de la vida social, se desenvolverá en formas cada vez menos brutales y más humanas, es decir, intelectuales, y por ideales más elevados, como el perfeccionamiento fisiológico y psíquico, sobre la base fecunda de la seguridad para todo hombre del cotidiano pan del cuerpo y de la mente.

Y á este propósito, después de la «lucha por la vida,» es menester no olvidar otra ley del darvinismo, natural y social, á que mientras han dado grande y exclusiva importancia algunos socialistas, en cambio han dado al erróneo olvido muchos de los individualistas; me refiero á la ley de solidaridad entre los seres vivos ó de la misma especie, como entre los animales que viven en sociedad, por la abundancia del cebo común (herbívoros), ó entre los de especie diversa, que se muestra en el fenómeno que precisamente los naturalistas llaman de *simbiosis*, de armonía en la vida.

Es una exageración afirmar que en la naturaleza y en la sociedad la única ley que impera es la lucha por la vida, como es una exageración decir que esta ley no vale para la humanidad. La verdad positiva es que también en el mundo humano, es ley eterna la lucha por la vida, que se atenúa progresivamente en sus formas y se eleva en sus ideales; pero al par que ella y aún más que ella, se da como determinante progresiva-

mente más eficaz de la evolución social, la ley de la solidaridad ó cooperación entre los seres vivos.

En las mismas sociedades animales, el mutuo auxilio contra las fuerzas naturales adversas ó contra las especies enemigas, tiene manifestaciones constantes cada vez más intensas y que se desarrollan más en la especie humana, empezando por las mismas tribus salvajes, máxime en aquellas que por las condiciones favorables del ambiente, es decir, por la seguridad y abundancia de las subsistencias, dan el tipo industrial y pacífico de la sociedad humana, en contraposición al tipo militar ó guerrero que predomina (precisamente por la inseguridad ó insuficiencia de las subsistencias) en la humanidad primitiva ó en las fases de la civilización inferior ó regresiva; bien que, como Spencer demuestra, tiende siempre á ser sustituída por el tipo industrial (1).

Así que, ateniéndonos sólo al orden humano, mientras en los exordios de la evolución social, predomina la ley de la lucha por la existencia sobre la ley de la solidaridad; en cambio, á medida que la división del trabajo, y por tanto la necesidad entre las partes crece en el organismo social, la lucha por la vida se atenúa y transfor-

(1) Véase en este sentido con muchos datos de hecho, además de las citadas monografías de KROPOTKINE, *Mutual aid among the savages* en la *Ninetennth Century*, 9 de Abril de 1891, y en *Among the barbarians*, ibid. Enero de 1892, dos artículos recientes de *un profesor*, titulados *Lutte ou accord pour la vie*, en la *Revue socialiste* de París. Mayo y Junio 1894.



ma, y la ley de cooperación ó de solidaridad adquiere un imperio progresivamente más intenso y más extenso. Y todo esto, debido siempre á la razón fundamental—indicada por Marx y que constituye su verdadero, su gran descubrimiento científico—de la seguridad ó no en las condiciones de existencia, y la primera de ellas la alimentación.

Ocurre siempre en la vida de uno ó de varios de los individuos ó de las sociedades, que cuando las subsistencias, base física de la existencia, están aseguradas, la ley de la solidaridad *predomina* sobre la de la lucha, y viceversa. En las sociedades salvajes, el infanticidio y el parricidio son acciones, no sólo lícitas, sino obligatorias y santificadas por la religión, si una tribu vive en las islas en que las subsistencias escasean (por ejemplo, en la Polinesia, etc.), y son acciones inmorales y delictuosas en los continentes donde los víveres son más abundantes y seguros (1). Así, en el mundo presente, la falta de seguridad del pan cotidiano para la mayoria de los hombres, recrudece y embrutece las manifestaciones de la lucha por la vida ó de la «libre concurrencia,» como dicen los individualistas.

Apenas se aseguren con la propiedad colectiva á todo hombre las condiciones de su existencia, prevalecerá indudablemente la ley de la solidaridad.

---

(1) Véase acerca de esto, mi libro *Omicidio nell'antropologia criminale.* Torino, 1894, *Introducción.*

Lo que hoy ocurre en pequeño y por excepción, es decir, que cuando en una familia los negocios marchan bien y el pan está seguro, la armonía y la mutua benevolencia son completas, mientras apenas entra la miseria, éntranse también el desacuerdo y la lucha; se verifica igualmente en grande en la sociedad entera, y se verificará como regla constante en una mejor organización futura.

Tal será la conquista del socialismo, y tal es, lo diremos una vez más, la interpretación más completa y fecunda que con el socialismo debe darse de las inexorables leyes naturales descubiertas por el darvinismo.

## IV

## La supervivencia de los más adaptados.

También la tercera y última objeción del razonamiento haeckeliano, si bien es exacta en sus términos técnicamente biológicos y darvinianos, carece de base en las aplicaciones que de ella quieren hacerse en el campo social, contra el socialismo.

Se dice: la lucha por la existencia asegura la supervivencia de los mejores ó de los más adap-

tados, siguiéndose de aquí un proceso aristocrático, de selección individualista, antes que la nivelación democrática colectivista del socialismo.

Comencemos, una vez más, por precisar bien en qué consiste la famosa selección natural, fruto innegable de la lucha por la existencia.

La frase repetida por Haeckel y tantos otros, «supervivencia de los mejores ó de los más adaptados,» debe ser corregida suprimiendo el adjetivo *mejores*, que representa un resto de aquel teleologismo, por el cual se admitía en la naturaleza y en la sociedad una finalidad que *alcanzar*, mediante un continuo mejoramiento.

El darvinismo, por el contrario, y aún más, la teoría de la evolución universal, han excluído toda finalidad del pensamiento científico moderno y de la interpretación de los fenómenos naturales: la evolución comprende también el involución y la disolución. Comparando los dos extremos del camino seguido por la humanidad, es y puede ser que en el resultado final se encuentre realmente un progreso, un perfeccionamiento total, pero de todos modos éste no se realiza en línea recta ascendente, sino, como dice Goethe, siguiendo una espiral, con ritmos parciales de progreso y de regreso, de evolución y de disolución.

Todo ciclo de evolución, lo mismo en la vida individual que en la colectiva, lleva en sí los gérmenes del correspondiente ciclo de disolución; y viceversa, con la putrefacción de las formas ya

ágotadas, prepáranse en èl eterno loboratorio, nuevas evoluciones y nuevas formas de vida.

He aquí por qué en el mundo social humano toda fase de civilización lleva consigo y desarrolla cada vez más los gérmenes de la propia disolución, de la cual surge una nueva fase de civilización—cambiando más ó menos de situación geográfica—en el ritmo eterno de la humanidad viviente. Las antiguas civilizaciones hieráticas del Oriente se disuelven y reaparecen en el mundo greco-romano, al cual sucede la civilización feudal y aristocrática de la Europa central; que disuelta también al igual que las precedentes, por los excesos á que habia llegado, deja su puesto á la civilización burguesa, más diferenciada en el mundo anglo-sajón, y que siente ya los escalofríos de la fiebre de la disolución, en tanto que nace y se desenvuelve la civilización socialista, que se difundirá por una mayor extensión del globo que ninguna de las civilizaciones precedentes (1).

No es exacto, por tanto, que la selección natural determinada por la lucha por la existencia asegura la supervivencia de los *mejores;* lo que realmente asegura es la supervivencia de los más

(1) Uno de los más característicos procesos de disolución social es el del *parasitismo*, acerca del cual debe verse la notable monografía de MASSART y VANDERVELDE, *Parasitisme organique y parasitisme social*, en el *Bullettin scientifique de la France et de la Belgique*, v. XXV, París, 1893.





*adaptados*. Y la diferencia es grandísima así en el darvinismo natural como en el social.

La lucha por la vida determina innegablemente la supervivencia de los más adaptados al ambiente y al momento histórico en que viven.

Ahora bien; en el campo biológico natural el libre juego de las fuerzas y de las condiciones cósmicas determina precisamente una progresiva elevación de las formas vivientes, desde el microbio al hombre. En el género humano, en cambio de aquella evolución que Spencer *llama* super-orgánica, la interferencia de otras *fuerzas* y de otras condiciones determinan á veces una selección retrógrada disolutiva, cual es la supervivencia de los más *adaptados* á un especial ambiente y momento histórico, pero que sufren precisamente las condiciones viciadas, si son tales, de ese mismo ambiente.

Tal es la cuestión de las «selecciones sociales,» que algunos socialistas y no socialistas inexactamente, de primera intención, interpretaron en el sentido de negar toda aplicación de la teoría darviniana á la sociedad humana.

Y es de notar, de hecho, cómo en la humanidad civilizada contemporánea, la selección natural está viciada por el concurso de la selección *militar*, *matrimonial*, y sobre todo *económica* (1).

---

(1) BROCA, *Les selections* (§ 6. *Les selections sociales*) en las *Memoires d'anthropologie*. París, 1877, III, 205.—LAPOUGE, *Les selections sociales* en la *Revue d'Anthropologie*. 1887, pág. 519.—LORIA, *Discorso su Carlo Darwin*.

El celibato temporal impuesto á los soldados, ejerce evidentemente una perjudicial influencia sobre la especie humana, porque deja en su casa á los más débiles para procrear, mientras obliga á los jóvenes más sanos á una transitoria esterilidad, y les expone en las grandes ciudades á los peligros de la sífilis, ciertamente no transitoria.

Así también, el matrimonio, influído como está en la civilización presente por los intereses económicos, por regla general, realiza una selección sexual á la inversa, porque la mujer defectuosa ó degenerada, pero con rica dote, encuentra marido más fácilmente que la robusta aldeana ó burguesa sin dote, condenadas á esterilizarse en el celibato ó á perderse en una prostitución más ó menos brillante (1).

En la vida entera social, es, pues, incontestable la influencia de las actuales condiciones económicas, por las cuales el monopolio de la riqueza asegura á sus poseedores la victoria en la lucha por la existencia, de tal modo, que los ricos, aunque sean menos robustos, tienen más larga vida que los pobres; en tanto que el inhumano trabajo diurno y nocturno impuesto á los hombres adultos, y el aún más desastroso im-

Siena 1882.—VADALÁ, *Darvinismo naturale e darvinismo sociale*, Torino, 1883.—BORDIER, *La vie des societés*. París, 1887. SERGI, *Le degenerazioni umane*. Milano, 1889, pág. 158.—BEBEL, *La donna e il socialismo*, trad. Olivieri de la undécima edic. Milano, 1892, pág. 99 y siguientes.

(1) MAX NORDAU, *Le menzogne convenzionali della nostra civiltá*. Milano, 1886.



puesto á la mujer y al niño por el capitalismo moderno, degradan cada vez más las condiciones biológicas de la gran masa de los proletarios (1).

Unase á esto también la selección moral regresiva, por la cual al presente el capitalismo, en la lucha empeñada ahora con el proletariado, favorece la supervivencia de los serviles, mientras persigue é intenta aniquilar los individuos de carácter y menos dispuestos á soportar el yugo del actual orden económico (2).

La primera impresión, causada por la comprobación de estos hechos, conduce á negar que la ley darviniana tenga algún valor y alguna aplicación en el orden de la humanidad.

Pero yo he sostenido y sostengo, en cambio, no sólo que estas selecciones sociales inversas no contradicen la ley darviniana, sino que constituyen un argumento ulterior en favor del socialismo; el cual por esta parte reclama precisamente y determinará ciertamente un más benéfico fun-

---

(1) Son bien sabidas, á este propósito, aparte los datos estadísticos de la demografía, las investigaciones hechas en Turín en 1879 por PAGLIANI, actual Director general de Sanidad en el Ministerio del Interior, acerca del *diverso desarrollo del organismo humano*, notablemente más tardío y débil en los pobres que en los ricos, no tanto en la época del nacimiento, cuanto en los primeros y subsiguientes años de la vida, apenas la influencia de las condiciones económicas hace pesar toda su inexorable tiranía. Véase página 26.

(2) TURATI, *Selezione servile* (*Critica sociale*, 1.° Junio 1894). Véase también SERGI, *Degenerazioni umane*. Milano, 1889.

cionamiento de la misma inexorable ley de la selección natural.

De hecho, la ley darviniana no es «la supervivencia de los *mejores,*» sino únicamente «la de los más *adaptados.*»

Ahora bien; es evidente que áun los mismos efectos degenerativos producidos por las selecciones sociales, y especialmente, debido al más ancho campo de acción continuada por la organización económica actual, confirma todavía y siempre la supervivencia de los más adaptados á este mismo orden económico.

Si los vencedores en la lucha por la existencia son los peores ó los más débiles, esto no significa que la ley darviniana no encuentre aquí su *aplicación*, significa solamente que el ambiente *está* viciado, y por tanto, en él sobreviven los que mejor se adaptan á ese ambiente.

De igual modo que en mis estudios de psicología criminal, he tenido ocasión con frecuencia de mostrar que en las cárceles y en toda agrupación criminal, resultan vencedores los más feroces ó los más sagaces delincuentes, precisamente porque son los más adaptados á aquel viciado ambiente, así en el individualismo económico moderno vence quien menos escrúpulos tiene, y la lucha por la existencia favorece á quien mejor se adapta á una sociedad en que el hombre vale según lo que *tiene* y no según lo que *es.*

La ley darviniana de la selección ejerce, pues, su acción en el orden humano; y el error de quien

lo niega estriba en confundir el actual ambiente y momento histórico—que en la historia tomó el nombre de *burgués*, como el de la Edad Media se llama *feudal*—con toda la historia de la humanidad, y no ver, por tanto, que los innegables efectos desastrosos de la moderna selección social á la inversa no son otra cosa que la confirmación de la ley darviniana de la «supervivencia de los más *adaptados*.» La observación popular expresa este hecho con el proverbio: *la bota no da sino el vino que tiene*, y la observación científica lo explica por las necesarias relaciones biológicas entre un determinado ambiente y los individuos que en él nacen, luchan y sobreviven.

Pero esto constituye justamente un argumento clarísimo en favor del socialismo, según el cual, saneando el ambiente de los vicios que ahora le corroen por el desenfrenado individualismo económico, se corregirán necesariamente también los efectos de la selección natural y social. En un ambiente físico y moralmente sano, sanos serán igualmente los individuos más adaptados, y por lo tanto los supervivientes.

La victoria en la lucha por la existencia, corresponderá realmente entonces á quien tenga mayores y más fecundas energías físicas y morales; y de aquí que el orden económico colectivista, asegurando á todo hombre sus condiciones de existencia, necesariamente mejorará la raza humana en lo físico y en lo moral.

Pero, se replica, áun admitiendo que el socia-

lismo y la selección darviniana estén de acuerdo, ¿acaso no veis que la supervivencia de los más aptos constituye un proceso aristocrático individualista opuesto á la socialista nivelación?

Hállase la respuesta, por una parte, en las observaciones anteriormente hechas sobre la libertad asegurada con el socialismo á todos los individuos y no á unos pocos privilegiados como ahora, para manifestar y desenvolver la propia personalidad, cuanto más que entonces el verdadero resultado de la lucha por la vida será la supervivencia de los mejores, porque en un ambiente normal, á los individuos más normales está asegurada la victoria, y en ese caso el darvinismo social no hará otra cosa que continuar y hacer más fecundo en bienes el darvinismo natural.

Pero por otra parte, contra la afirmación de una indefinida selección aristocrática, es preciso recordar otra ley natural que viene á completar el ritmo de acción y reacción en que se determina precisamente el equilibrio de la vida.

A la ley darviniana de las desigualdades naturales es menester añadir la ley correlativa é inseparable de ella, que después de Morel, Lucas, Galton, De Candolle, Ribot, Spencer, Madame Royer, Lombroso, etc., fué puesta de relieve por Jacoby.

La misma naturaleza que hace de la «elección» y de la elevación aristocrática una condición de progreso vital, restablece después el

equilibrio con una ley niveladora y democrática.

«De la inmensidad humana surgen individuos, familias, razas que tienden á elevarse sobre el común nivel; trepan por las escarpadas alturas, tocan la cumbre del poder, de la riqueza, del talento, del genio, y una vez arriba, precipítanse al fondo y desaparecen en los abismos de la locura y de la degeneración. La muerte es el gran rasero, que exterminando todo lo que se eleva, democratiza la humanidad.» (1).

Todo lo que tiende á constituir un *monopolio* de las fuerzas naturales, va contra la ley *suprema* de la naturaleza, que á todos los vivientes ha dado el uso y la disposición de los agentes naturales: el aire y la luz, como el agua y la tierra.

Todo lo que se aleja demasiado ó muy por cima ó muy por bajo de la humanidad media—que varía elevándose de época en época, pero que tie-

---

(1) JACOBY, *Etudes sur la selection dans ses rapports avec l'herédité chez l'homme*, París, 1881, pág. 606.

Para una aplicación aún más completa y profunda de esta ley, véase LOMBROSO, *L'uomo di genio*, 6.ª edición, Torino 1894.

Olvídanse muy fácilmente de esta ley los que, como ahora Nietzsche, intentan modernizar el individualismo aristocrático, con ideas á veces ingeniosas y originales, pero á veces caprichosas y matoidescas.

Y no se acuerdan tampoco de esta ley ni RITCHIE (*Darwinism and Politics,* London 1891) cuando en el § 4.º examina «*does the doctrine of Heredity support aristocracy,*» ni BOUCHER, en su opúsculo *Darvinisme e socialisme*, París 1890.

ne un valor absoluto para cada momento histórico—no es vital y se aniquila.

El cretino como el genio, el hambriento como el millonario, el enano como el gigante, son mónstruos naturales ó sociales—y la naturaleza los hiere inexorablemente con la degeneración y la esterilidad, ya sean el producto de la vida orgánica ó el efecto del orden social.

He aquí por qué es inevitable destino de todas las familias que tienen un monopolio cualquiera, sea del poder, de la riqueza ó el genio, extinguirse en sus últimos degenerados brotes, heridos por la demencia, el suicidio ó la esterilidad. Estirpes aristocráticas, dinastías de soberanos, familias de genios artísticos ó científicos, descendencias de millonarios, todos siguen la ley común que viene una vez más á confirmar las inducciones, en este sentido igualitarias, de la ciencia y el socialismo unidos.

## V.

## El socialismo y las creencias religiosas.

Ninguna, pues, de las tres pretendidas contradicciones entre el darvinismo y el socialismo, afirmadas por Haeckel y repetidas por tantos

otros, resiste al examen sereno y sincero de las leyes naturales que llevan el nombre de Carlos Darwin.

Pero yo quiero probar además, que no sólo el darvinismo no contradice al socialismo, sino que constituye, por el contrario, una de sus fundamentales premisas científicas, puesto que, como con perspicacia veia Virchow, el socialismo no es, por una parte, más que la lógica y vital filiación del darvinismo, como por otra lo es del evolucionismo spenceriano.

La teoría de Darwin, quiérase ó no, al *demostrar la descendencia del hombre de los animales*, ha asestado un terrible golpe á la creencia en Dios, creador del universo y del hombre, por un milagroso *fiat*. Y por esto las más encarnizadas oposiciones y las únicas que han sobrevivido, contra su inducción fundamental, fueron y son las hechas en nombre de la religión.

Verdad es que Darwin no se llamaba ateo (1),

---

(1) Digo que Darwin *no se llamaba* ateo, pero en realidad lo fué.

En tanto que Haeckel, grandemente preocupado con eliminar las oposiciones al darwinismo, decía en el Congreso de Eisenach (1882) que Darwin no era ateo, Buchner, por el contrario, publicó poco después una carta á él dirigida por Darwin, en la que éste confesaba que «después de sus cuarenta años, los estudios científicos le habían llevado á ser ateo.» Análogamente, Stuart Mill no dijo nunca ser *socialista*, pero se vió después que lo era en su autobiografía y en sus *fragmentos póstumos sobre el socialismo,* publicados en la *Revue philosophique,* Enero, 1879.

y que no lo es Spencer; y en rigor, tanto la teoría de Darwin como la de Spencer, pueden aún conciliarse con la creencia en Dios, puesto que se puede admitir que Dios haya creado la materia y la fuerza, y que estos elementos después se hayan desenvuelto en formas sucesivas siguiendo el impulso creador inicial (1). Pero, con todo, es innegable que las teorías que han hecho cada vez más inflexible y universal la idea de causalidad natural conduce inevitablemente á la negación de Dios, porque contra esta idea cabe siempre la pregunta: «¿Y á Dios quién le ha creado?» Y á la capciosa respuesta de que Dios siempre ha existido se opone la misma respuesta, diciendo que el universo siempre ha existido. Según la observación de Ardigó, el pensamiento humano no puede concebir que la cadena que se manifiesta entre los efectos y las causas pueda interrumpirse en un punto dado convencional (2).

---

(1) Tal es la idea vuelta á tomar recientemente por FOGAZZARO (*Per la belleza di un'idea*, Padua 1892) que recuerda el recurso intentado por el abate STOPPANI y otros, de conciliar el relato bíblico de la creación del mundo en siete días con los datos de la ciencia, diciendo que cada día debe entenderse por una época de centenares de millares de años, como han demostrado la geología y la paleontología de un modo irrefutable, dando otro terrible golpe á las leyendas religiosas acerca de la creación del mundo.

(2) ARDIGÓ, *La formazione naturale* en su *Opere filosofique*, vol, II y en el reciente vol. VI en la *Ragione*, Padua 1894.



Dios, como decía Laplace, es una hipótesis innecesaria á la ciencia positiva, y á lo más, según Herzen, es una X que comprende en sí, no ya lo *incognoscible*, como dicen Spencer y Duboys-Reimond, sino todo *lo que aún no es conocido* por la humanidad; es pues, una X móvil, que tanto se aleja y empequeñece cuanto avanzan los descubrimientos de la ciencia (1).

Y he aquí por qué la ciencia y la religión proceden en razón inversa, debilitándose y atrofiándose tanto la una, cuanto la otra se extiende y fortifica en la lucha contra lo desconocido.

Ahora bien, si este es uno de los efectos del darvinismo, su repercusión en el desarrollo del socialismo es evidentísima.

Arrancada la fe en la ultratumba, en que los pobres serían los elegidos del Señor y las miserias de este «valle de lágrimas», encontrarían eterna recompensa en el paraiso, es natural se despierte el deseo de un poco de «paraíso terrestre» aun para los miserables y los menos afortunados que son los más en esta tierra.

Ya fuera del socialismo Hartmann y Guyau (2) notaban que la evolución de las creencias religiosas se verifica en este sentido: que mientras

(1) En las creencias religiosas, sin embargo, domina tanto la parte hereditaria ó tradicional del *sentimiento*, que por esto las hace respetables y con frecuencia áun simpáticas cuando son de buena fe, precisamente por el sentimentalismo ingenuo ó refinado de las personas que tienen más viva y sincera fe religiosa.

(2) GUYAU, *L'irreligion de l'avenir*, París, 1887,

todas las religiones tienen por contenido la promesa de la felicidad, las religiones primitivas no obstante admitían la realización de esta felicidad en la misma vida del individuo, de donde las religiones sucesivas la transportaron, por exceso de reacción, fuera del mundo humano, en ultratumba; al paso que en la fase definitiva esta realización de la felicidad se pone de nuevo en la vida humana, pero no ya en el fugaz momento de la existencia individual, sino más bien en la permanente evolución de la humanidad entera.

Así también, el socialismo en esta parte se une á la evolución religiosa y tiende á sustituirla, puesto que desea precisamente que la humanidad tenga en sí misma su propio «paraíso terrestre,» sin esperar en *un más allá* que por lo menos es muy problemático.

Y he aquí por qué todos han indicado cómo el movimiento socialista tiene muchos caracteres semejantes, por ejemplo, á los del primitivo cristianismo, áun por el ardor de la fe en el ideal, que al presente ha desaparecido del árido campo del escepticismo burgués; de tal modo, que muchos científicos, áun no socialistas, como Wallace, Laveleye, De Roberty, etc., admiten que el socialismo puede perfectamente sustituir con su fe humanitaria la fe ultramundana de las viejas religiones.

Pero las relaciones más directas y eficaces son las que hay entre el socialismo y la creencia en Dios.

Verdad es que el socialismo marxista, desde el Congreso socialista de Erfurt (1891) declara que las creencias religiosas son asunto de la conciencia privada (1), y por tanto el partido socialista combate toda forma de intolerancia religiosa, sea contra los católicos, sea contra los judíos, como yo decía en un artículo contra el *antisemitismo* (2). Pero esta elevación de miras, en suma, no es más que el efecto de la seguridad en la victoria final.

Precisamente porque el socialismo sabe y prevée que las creencias religiosas, si no como fenómenos patológicos de la psicología humana, como las calificó Sergi, (3) sí al menos como inútiles fenómenos de incrustación moral, están destinadas á atrofiarse ante la divulgación de la cultura naturalista, aunque sea únicamente elemental, por esto precisamente el socialismo no siente la necesidad de combatir de un modo especial las creencias religiosas que están destinadas indefectiblemente á perecer. Y esto, áun cuando sepa, pues, que uno de los resortes más potentes en su favor, es precisamente la eliminación ó disminución de la creencia en Dios, por la cual los sacerdotes de todas las religiones han sido, en todas las fases históricas, los aliados más podero-

---

(1) Véase NITTI, *Le socialisme catholique*, París, 1894, p. 27 y 393.

(2) En la *Nuova Rassegna* de Agosto 1894.

(3) SERGI, *L'origine dei fenomeni psichici e loro significazione biologica*, Milano, 1885, ps. 334 y siguientes.

sos de las clases dominantes para mantener por la fascinación religiosa las muchedumbres inclinadas bajo el yugo, como las fieras ante el látigo del domador.

Y he aquí porqué los conservadores más clarividentes, aunque en su fuero interno sean ateos; se lamentan de que el sentimiento religioso—este preciosísimo narcótico—vaya decayendo entre las masas; entendiéndolo, utilitaria y farisáicamente, si es que no lo dicen, como un instrumento de dominación política (1).

Desgraciadamente sin embargo ó afortunadamente, el sentimiento religioso no puede restablecerse por decreto del rey ó del presidente de la república, y va desapareciendo—no por culpa de éste ó aquél—sin necesidad de una propaganda especial, porque está en el aire que respiramos, preñado de inducciones científicas experimentales, y no encuentra ya las condiciones de la propia existencia, que por el contrario tan favorables encontraba en la mística ignorancia de los pasados siglos.

Y he aquí dem[illegible]trada la directa influencia de la ciencia positi[illegible] moderna—sustituyendo con

---

(1) Véase, entre [illegible] más recientes trabajos, el de DURKHEIM, *De la divi*[illegible] *du travail social,* París 1893.

En cuanto á la [illegible]endida influencia de la religión sobre la moralidad [illegible]onal, yo he documentado su inexactitud en mis estu[illegible] de psicología criminal y más especialmente en e[illegible] *micidio nell' antropologia criminale,* Torino 1894, p[illegible] II, cap. IV; *Il sentimento religioso negli omicidi.*

el concepto de causalidad natural, el del milagro y el de la divinidad—en el desarrollo rapidísimo y en el fundamento experimental del socialismo contemporáneo (1).

(1) Por esto el socialismo democrático no ve con mala cara ni teme al «socialismo católico,» del cual se adquirirá noticia completa en el citado libro de NITTI, (reciente traducción francesa. París, Guillaumin, 1894.)

El socialismo católico, de hecho mientras ayuda la propaganda de las ideas socialistas, especialmente en el campo donde la fe y las prácticas religiosas son más vivas, no podrá con todo alcanzar la palma de la victoria, *ad majorem Dei gloriam*, no sólo por el desarrollo antagónico ya notado entre la religión y la ciencia, que el barniz socialista no podrá ciertamente evitar al catolicismo; sino también porque el socialismo «terrestre» tiene una fuerza de atracción infinitamente mayor.

Habituados los campesinos á los ideales del socialismo católico ó cristiano, será muy fácil después al socialismo democrático convertirlos á su propia bandera... si es que antes no se convierten por sí solos.

Es esta una situación análoga á la del socialismo respecto al republicanismo. Como el ateismo es un asunto privado de la conciencia individual, la república es un asunto privado entre unas y otras fracciones de la burguesía. Cierto que cuando el socialismo esté maduro, el ateismo habrá progresado mucho y la república estará establecida en muchos países regidos hoy por monarquías. Pero ni el ateismo es un producto del socialismo ni la república se hará por el socialismo. El ateismo es un producto de la ciencia darviniana y spenceriana en la actual civilización burguesa, como la república fué y será en los varios países la obra de una parte de la burguesía capitalista, cuando, como ha podido recientemente leerse en los periódicos conservadores de Milán (*Corriere della Sera* é *Idea liberale*) «la monarquía no sirva ya á los intereses del país», esto es, de la clase que tiene el poder.

Es ley histórica evidente la evolución de monarquía absoluta á monarquía constitucional y á república, que



# VI.

## El individuo y la especie.

El segundo punto por el cual se demuestra la filiación directa del socialismo científico del darvinismo, es el diverso modo de concebir al individuo en relación á la especie.

*El* siglo XVIII se cerró con la glorificación exclusiva del individuo, del *hombre*—como entidad por sí existente—y no era, en las obras de Rousseau, sino un benéfico exceso de reacción contra *la tiranía política* y sacerdotal de la Edad Media.

Consecuencia directa de este individualismo

---

en la fase actual de la civilización presente difieren tan sólo por la elección ó herencia del Jefe del Estado. Pero el paso de monarquía á república en los diversos paises se hará por la misma burguesía para retardar un tanto el advenimiento del socialismo. De hecho con mucha frecuencia se ven en Italia como en Francia, en Inglaterra como en España, republicanos ó «radicales,» que en las cuestiones sociales son más burgueses y conservadores que los conservadores más modernos é inteligentes. En Montecitorio, por ejemplo, M. R. Imbriani en las cuestiones sociales y religiosas es más conservador que Rudini. Imbriani, que tantas cualidades personales simpáticas tiene, no ha atacado jamás á un sacerdote ó á un fraile—él, que ataca al universo entero, frecuentemente con razón, pero con poco fruto por su equivocado método—y fué el único que se opuso á la simple «toma en consideración» de un proyec-

es aquella artificiosidad política de que me ocuparé enseguida al examinar las relaciones de la teoría de la evolución con el socialismo; artificiosidad que es común, lo mismo á los gobernantes del régimen burgués, que á los anarquistas individualistas, pues que unos y otros creen que la organización social puede cambiarse de hoy á mañana por el toque mágico de un artículo de ley ó por el estallido más ó menos homicida de una bomba.

La biología moderna ha cambiado, por el contrario, este concepto del *individuo*, y ha demostrado, así en el campo de la biología como en el de la sociología, que el individuo, de un lado, no es otra cosa que el agregado de elementos vitales más simples, y de otro, que el individuo por sí mismo (*selbstwesen*, que dirían los alemanes) no existe, y sólo existe en cuanto forma parte de una sociedad (*gliedwesen*).

Todo lo que vive es una asociación, una colectividad. La misma *mónera*, la misma célula

---

to de ley del diputado L. Ferrari para aumentar el impuesto sucesivo en las herencias indirectas.....!

El socialismo, pues, como no tiene un especial interés en propagar el ateismo, no le tiene tampoco en predicar la república. A cada uno su cometido por ley de división del trabajo. Al ateismo provee la ciencia, á la república ha provisto ó proveerá la burguesía conservadora ó radical. Y todo ello no es más que la historia caminando hacia el advenimiento del socialismo, sin que sea dado á los individuos impedir ó retardar la sucesión de las fases de la evolución moral, política y social.

viviente, expresión irreductible de la individualidad biológica, es un agregado de partes distintas (núcleo, nucleólo, protoplasma), cada una de las cuales es á su vez el agregado de moléculas, que son agregados de átomos. Sólo el átomo existe como individuo, pero el átomo es invisible é impalpable, y el átomo no vive.

Todo lo que vive es una asociación, una colectividad. Y á medida que de los protistas se eleva la escala zoológica hasta el hombre, aumenta cada vez más la complejidad del agregado, *la federación* de las partes. Y así como á la metafísica del individualismo corresponde la artificiosidad jacobina, unificadora y uniformadora, así á la positividad del socialismo corresponde el concepto del *federalismo nacional é internacional*.

De igual modo que el organismo de un mamífero no es más que la federación de tejidos, de órganos, de aparatos, el organismo de una sociedad no puede ser más que una federación de municipios, de provincias, de regiones, como el organismo de la humanidad no puede ser otra cosa que una federación de naciones.

Y como sería absurdo concebir un mamífero que tuviese que mover, por ejemplo, la cabeza uniformemente con las extremidades, y las extremidades todas juntas, también es absurdo que una organización política y administrativa en que, por ejemplo, la extrema provincia del Norte ó de la montaña deba tener los mismos engrana-

jes burocráticos, la misma red legislativa, los mismos movimientos que la extrema provincia del Sur ó de la llanura, por el solo amor de una simétrica uniformidad, que es la expresión patológica de la unidad.

Mas dejando aparte estas consideraciones políticas, por las cuales, según dije otra vez (1), la única organización posible para Italia, como para cualquier otro país, es la de la unidad política con el federalismo administrativo, resulta evidente que á fines del siglo XIX la idea del individuo, como entidad por sí existente, se *encuentra* desechada, lo mismo en el campo *biológico* que en el de la sociología.

El individuo existe, mas sólo en cuanto forma parte de un agregado social. Robinsón Crusoe—expresión genuina del individualismo—no puede ser más que una leyenda ó un caso patológico. La especie, es decir, el agregado social, es la viva, grande y eterna realidad de la vida, según ha demostrado el darvinismo, y con él confirmado todas las ciencias positivas, desde la astronomía hasta la sociología.

Así pues, mientras que á fines del siglo XVIII decía Rousseau que sólo el individuo existe y que la sociedad es un producto artificial del «contrato social», y—atribuyendo (como ya hizo Aristóteles para la *esclavitud*) carácter humano perma-

---

(1) *Sociologia criminale*, 3.ª edición. Torino, 1892, página 334.

nente á las manifestaciones transitorias del momento histórico de putrefacción del antiguo régimen en que vivió—decía que la sociedad era la causa de todos los males, en tanto que los individuos nacen todos buenos é iguales; en cambio al finalizar el siglo XIX todas las ciencias positivas están de acuerdo al afirmar que en la sociedad el agregado es un hecho natural é insuperable de la vida, así en las especies vegetales como en las animales, desde las primeras «colonias animales» de los zoófitos hasta las sociedades de los mamíferos (hervíboros) y del hombre (1).

Y todo lo que el individuo lleva en sí de más elevado, lo debe precisamente á la vida social, áun cuando cada fase de evolución esté marcada por condiciones patológicas y finales de putrefacción social que, sin embargo, son esencial-

(1) No puedo ocuparme aquí de la reciente tentativa ecléctica, iniciada por Fouillée y seguida por otros, según la cual al concepto *naturalista* de la sociedad se quiere, si no contraponer, añadir el concepto consensual ó *contractual*. Evidentemente, puesto que ninguna teoría es completamente falsa, también en el contractualismo hay una parte de verdad, y la libertad de emigración, por ejemplo, puede ser un efecto..... en cuanto es compatible con los intereses económicos de las clases dominantes. Pero evidentemente, la parte consensual, que es nula en el nacimiento de cada individuo, en ésta ó aquélla sociedad, y que con todo es el hecho más decisivo y tiránico de la existencia, es también infinitesimal en su permanencia en el seno de la sociedad donde ha nacido, y en el desenvolvimiento de sus aptitudes y tendencias, dominadas por la férrea ley del régimen económico y político, del cual sólo es un átomo.



mente transitorias, y preludian indefectiblemente un nuevo ciclo de renovación social.

El individuo, como tal, si pudiese vivir, viviría obedeciendo á una sola de las dos necesidades é instintos fundamentales de la existencia, la alimentación, es decir, la conservación egoista del propio organismo, mediante aquella primordial y fundamental función que ya Aristóteles señalaba con el nombre de *ctési*, de conquista del alimento.

Mas todo individuo debe vivir en sociedad, precisamente porque se le impone la *segunda* necesidad é instinto fundamental de la vida, *la* reproducción de seres semejantes á sí para la perpetuación de la especie: y de esta vida de relación y de reproducción (sexual ó social) nace el sentido moral ó social, por el cual el individuo aprende no sólo á *existir*, sino á *coexistir* con sus semejantes.

Así puede decirse que estos dos instintos fundamentales de la vida, pan y amor, realizan una función de equilibrio social en la vida de los animales, y especialmente en la del hombre.

El amor es para el mayor número de los hombres la principal dispersión fisiológica y psíquica de las fuerzas acumuladas más ó menos abundantemente por la alimentación cotidiana y ahorradas del diario trabajo, ó que quedan intactas en el ocio parasitario.

Y no es esto sólo, sino que el amor es la única alegría que verdaderamente tiene carácter

universal é igualitario, de tal modo, que se llama aún por el pueblo «el paraíso de los pobres;» y á éstos se les impulsa por las religiones á gozarle sin límites—*crescite et multiplicamini*—porque el agotamiento exótico, máxime en los varones, al paso que alivia ó hace olvidar las torturas del hambre y del trabajo servil, enerva las energías de la constante organización y realiza una función útil á las clases dominantes.

Sin embargo, así como á este efecto del instinto sexual corresponde indisolublemente el del aumento de población, así también la inmovilización de un dado orden social se frustra por la presión de la población, que en nuestro siglo se hace más aguda por el característico fenómeno del *proletariado*, y la evolución social se sucede inexorable y fatalmente.

De todos modos, volviendo á mi argumento, resulta que es innegable; que mientras á fines del siglo XVIII se pensaba que la sociedad era obra del individuo, y de esto podía resultar como repercusión acaso imprevista, que millones de hombres pudiesen y debiesen vivir trabajando y sufriendo en beneficio de unos pocos individuos; por el contrario, al concluir nuestro siglo, las ciencias positivas han demostrado en cambio que el individuo es quien vive por la especie, y que esta sola es la realidad eterna de la vida; por donde se marca evidente toda la dirección del pensamiento científico moderno en sentido sociológico ó socialista, contra el individualismo exa-

gerado, dejado en herencia por el pasado siglo.

Cierto es que la biología demuestra que no debe caerse en el exceso opuesto, en que cae alguna escuela de socialismo utópico y de comunismo, de no ver más que la sociedad, olvidando por completo al individuo. De hecho hay también otra ley biológica que la existencia del agregado es la resultante de la vida de todos los individuos, como la existencia de un individuo es la resultante de la vida de las células de que se compone.

Pero de todos modos, queda demostrado *cómo* el socialismo científico, que señala el *fin de nuestro siglo* que irradiará en los albores del siglo XX, está en acuerdo perfecto con la dirección del pensamiento moderno, también en este punto fundamental del predominio dado á las exigencias vitales de la solidaridad colectiva ó social, frente á las exageraciones dogmáticas del individualismo, que marcó un poderoso y fecundo despertar á fines del siglo pasado; pero que á través de las manifestaciones patológicas de la desenfrenada concurrencia, llega fatalmente á las explosiones *libertistas* del anarquismo, que predica «la acción individual» con olvido completo de la solidaridad social y humana.

Y así es cómo se llega al último punto de contacto y de íntima conexión entre el darvinismo y el socialismo.

## VIII.

## La «lucha por la vida» y la «lucha de clases.»

El darvinismo ha demostrado que todo el mecanismo de la evolución animal consiste en la *lucha por la existencia* librada de una parte entre individuo é individuo de una misma especie, y de otra parte entre especie y especie en el orden entero de los seres vivos.

De igual modo, todo el mecanismo de la evolución social fué reducido por el socialismo marxista á la ley de *la lucha de clases*, concentrando en ella no sólo la atención como secreto móvil y única explicación posible de la historia humana, sino también el ideal y la rígida norma disciplinaria del socialismo político, sustrayéndole así á todas las incertidumbres elásticas, vaporosas, inconcluyentes del socialismo sentimental.

La historia de la vida animal no encontró su positiva explicación hasta la gran ley darviniana de la *lucha por la existencia*, únicamente por la cual, pueden determinarse las causas naturales del nacimiento, del desarrollo y de la extinción de las especies vegetales y animales, desde las épocas paleontológicas hasta nuestros días. Así

también la historia de la vida humana no halló su explicación sino en la gran ley marxista de la *lucha de clases*, por la cual sólo los anales de la humanidad primitiva bárbara ó civilizada dejan de ser un caprichoso y superficial caleidoscopio de episodios individuales, para convertirse en un drama grandioso y fatal determinado, consciente ó inconscientemente, en los menores detalles como en las catástrofes gigantescas, por el fatal impulso de las *condiciones económicas*, base física y por tanto imprescindible de la vida, y por la *lucha de clases* para la conquista y conservación de la fuerza económica, de la que todas las demás (fuerza política-jurídica-moral) dependen necesariamente.

De este grandioso concepto que constituye la gloria imperecedera de Carlos Marx, y que le asigna en la sociología el puesto que ocupan Darwin en la biología y Spencer en la filosofía natural, tendré ocasión de hablar más adelante, al delinear las relaciones entre la sociología y el socialismo (1).

Por ahora, únicamente es oportuno poner de relieve otra coincidencia entre el darvinismo y el socialismo, y es, que la expresión *lucha de clases*, si bien puede causar una primera impresión de antipatía (que yo confieso haber sentido, cuando aún no había comprendido el espíritu cientí-

(1) LAFARGUE, *Il materialismo economico di Marx*, en la *Critica Sociale*, 1894.

fico de la teoría marxista), en cambio encierra en su verdadero significado, la ley primera de la historia humana, y puede por tanto ser, por sí sola, la norma segura para el advenimiento de la nueva fase de evolución humana que el socialismo prevee y aviva.

Lucha de clases, quiere decir que la sociedad humana, como cualquier otro organismo que vive no es un todo homogéneo, no es la suma indistinta de un número más ó menos grande de individuos, sino que es, por el contrario, un organismo viviente resultante del agregado de partes diversas y cada vez más diversas cuanto más elevado es el grado de evolución social.

Como un protozoo está compuesto casi exclusivamente de gelatina albuminosa, mientras un mamífero está compuesto de tejidos muy diversos entre sí, así una tribu acéfala de salvajes primitivos se compone sólo de pocas familias que viven más bien en relaciones de sola vecindad material, en tanto que una sociedad civilizada del mundo histórico ó contemporáneo, se compone de clases sociales diversas entre sí, ya por la constitución fisio-psíquica de los mismos componentes, ya por lo complejo de las costumbres, de las tendencias, de su existencia personal, familiar, social.

Estas varias clases pueden estar rígidamente catalogadas como en la antigua India desde el *brahman* al *sudra*, ó como también en la Europa medioeval, desde el emperador y el pontífice al

feudatorio, al vasallo, al artesano; de modo que entre una y otra clase no esté admitido el cambio de los individuos, que sólo por el azar del nacimiento á ellas pertenecen; ó bien pueden haber perdido el rótulo legal, como sucede en Europa y América después de la revolución francesa, y admitir como rara excepción, por tanto, el traslado y el pase de los individuos, de una á otra clase, como las moléculas químicas en los fenómenos de exósmosis y endósmosis, ó según la expresión de Dumont, por un fenómeno de «capilaridad social» (1). Pero siempre y de todos modos, *estas diversas clases existen como realidad innegable* y rebelde á toda nivelación de superficie jurídica, por cuanto permanece la razón fundamental de su variedad.

Y esta razón es precisamente la que Carlos Marx, más lucidamente que ningún otro, ha indicado, comprobado y confirmado con el crisol de la observación sociológica, en la diversidad de las condiciones económicas.

Variarán los nombres, los lugares, los fenómenos de repercusión para cada fase de evolución social, mas siempre el fondo trágico de la vida humana está en el contraste entre quienes tienen el monopolio de los medios de producción, que son los menos, y los que en cambio se encuentran desposeídos, que son los más.

*Guerreros* y *pastores* en las sociedades primi-

(1) DUMONT, *Depopulation et civilization*, París 1890.

tivas apenas ha lugar la apropiación familiar primero é individual después de la tierra, sobre el colectivismo inicial; *patricios y plebeyos*, *feudatarios y vasallos*, *nobles y villanos*, *burgueses y proletarios;* todas son manifestaciones diversas de un hecho idéntico: el monopolio de la riqueza de un lado, el trabajo productor de otro.

Ahora bien; la gran importancia de la ley marxista de la lucha de clases, está precisamente en indicar, con evidente precisión, *en qué cosa* verdaderamente consiste el punto vital de la cuestión social y *por qué método* se puede llegar á su solución.

Hasta que la base económica de la vida política, jurídica y moral no estaba afirmada con evidencia positiva, las aspiraciones de los más á un mejoramiento social vagáron inciertas en la solicitud y en la conquista parcial de cualquier *instrumento accesorio*, como la libertad de culto, el sufragio político, la instrucción pública, etc., etcétera. Y no por eso se niega que tales conquistas hayan sido de gran utilidad. Pero el *sancta sanctorum* permanecía impenetrable siempre á los ojos de la multitud y persistiendo el poder económico como privilegio de unos pocos, toda otra conquista ó concesión quedaba viviendo en el aire, sin raíces, despojada del fundamento sólido y fecundo que sólo podría darles vida y fuerza perenne.

Desde el momento en que el socialismo, áun

ántes que Marx, pero *nunca* con tanta precisión científica, ha señalado en la apropiación individual, en la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, el punto vital de la cuestión, el problema está puesto preciso, claro é inexorable en la conciencia de la humanidad contemporánea.

¿Y cuál es el método para abolir este monopolio del poder económico y la consiguiente serie de dolores, de males, de odios y de iniquidad?

He ahí el método de la *lucha de clases,* que partiendo del dato positivo de que toda *clase* tiende á conservar y acrecer las ventajas y los privilegios conquistados, enseña á las clases privadas del poder económico, que para llegar á conquistarlo, la lucha (y de sus formas nos ocuparemos después) debe ser de clase á clase, no de persona á persona.

Odiar, ultrajar, suprimir éste ó aquel individuo perteneciente á la clase dominante, no hace progresar en una milésima la solución del problema, sino antes bien la retarda por la reacción del sentimiento común contra la violencia personal, al paso que ofende el principio del *respeto á la persona humana* que tan alto proclama el socialismo para todos y contra todos. Y no favorece á la solución del problema, porque las actuales condiciones anormales—siendo cada vez más agudas—miseria de muchos y goce de pocos, no son efecto de la mala voluntad de éste ó aquel individuo.

También en esta parte se encuentra de hecho el socialismo en elocuente y perfecto acuerdo con la ciencia positiva, que niega el libre albedrío del hombre y estudia la actividad humana individual y colectiva como el efecto necesariamente determinado por las condiciones de raza y de ambiente al mismo tiempo (1).

Delito, suicidio, locura, miseria, no son fruto del libre albedrío, de la culpa individual, como sostiene el espiritualismo metafísico; ni es fruto del libre albedrío, ni es culpa individual del capitalista si el trabajador es mal retribuído, miserable, ó falto de trabajo.

Todo fenómeno social es la resultante necesaria de las condiciones históricas y del ambiente; y en el mundo moderno, la facilidad y frecuencia de las relaciones entre todas las partes de la tierra, ha hecho aún más estrecha la dependencia de cada hecho, económico, político, jurídico, moral

---

(1) A este propósito, entre las dos tesis unilaterales y monosilábicas de que la civilización es el efecto *únicamente ó* del ambiente ó de la raza; yo he sostenido siempre—con la teoría de los factores naturales de la criminalidad—que es la *resultante* de la acción combinada así de la raza como del ambiente.

Recientemente la tesis de la influencia exclusiva ó demasiado predominante de la raza, ha sido sostenida, pero un poco superficialmente por LE BON *Les lois psychologiques de l'evolution des peuples*, París, 1894.

Véase acerca de este problema el cap. IV. *Temperamento e razza nel omicidio* de mi libro sobre el *Omicidio nell'antropología criminal*, Torino 1894.



artístico ó científico, de las condiciones más lejanas ó más indirectas de la vida universal.

Dada la organización actual de la propiedad privada, sin límites para la herencia familiar y para la acumulación personal; dada la continua y cada vez más completa aplicación de los descubrimientos científicos al trabajo humano de transformación de la materia; dado el telégrafo y el vapor; dado el torrente cada vez más avasallador de las migraciones humanas, es innevitable que la existencia de campesinos, de obreros ó de pequeños comerciantes esté unida *por hilos* invisibles, pero por modo inexorable *á la vida* universal, en virtud de lo cual, la recolección del algodón, del café ó del trigo en los países más lejanos repercute en todas las partes del mundo civilizado, así como el aumento ó disminución de las manchas solares, es un coeficiente de las periódicas crisis agrícolas é influye directamente en el destino de millones de hombres.

En este grandioso concepto científico de la «unidad de las fuerzas físicas,» según la expresión del padre Secchi, ó de la solidaridad universal ¿cómo admitir ya el mezquino concepto infantil del libre albedrío y del individuo como causas de los fenómenos humanos?

Si á un socialista se le metiese en la cabeza, aunque fuera con fines benéficos, instituir un taller industrial para dar trabajo á los desocupados, y produjese una manufactura desechada por la moda ó por la necesidad del consumo general,

evidentemente se vería obligado á quebrar, á pesar de sus filantrópicas intenciones, por la sanción muda pero inevitable de las leyes económicas.

Del mismo modo, si un socialista quisiese dar á los obreros de su establecimiento un salario doble ó triple del salario corriente, evidentemente obtendría igual resultado por la misma inexorable sanción de las leyes económicas, porque ó tendría que vender la mercancía con pérdida, ó se vería obligado á tenerla sin vender en los almacenes, cuando su precio, en igualdad de condiciones, fuese superior al del mercado: quebraría necesariamente y el mundo no le daría otro consuelo que llamarle *un buen hombre*, calificativo que en la actual fase de «moralidad *mercantil,*» tiene también un doble sentido (1).

Fuera, pues, de las relaciones personalmente cordiales entre capitalista y trabajador, su respectiva condición económica está determinada necesariamente por la organización actual, según la ley de la supervalía con que Marx explicaba irrefutablemente cómo el capitalista puede acumular riquezas sin trabajar, sólo porque el tra-

---

(1) Digo «moralidad mercantil,» porque LETOURNEAU entre otros, estudiando positivamente la *Evolution de la morale* (París 1887), describe las cuatro fases de la moralidad *bestial*, de la moral *salvaje*, de la moral *bárbara* y de la moral *mercantil* (ó burguesa) á que deberá suceder propiamente una fase de moral más adelantada que MALÓN llamaba la *moral social.*

bajador produce en cada jornada de trabajo un equivalente de riqueza superior al salario recibido, exceso del producto que resulta, por tanto, en beneficio gratuito del capitalista, áun cuando de él se quisiera restar el salario de su trabajo intelectual de dirección técnica y administrativa.

La tierra, abandonada al sol y á la lluvia, por sí sola no produce grano ni vino; los minerales no salen por sí solos de las entrañas de los montes. Un saco de centenes dejado en una caja de caudales no produce centenes, como una vaca pare terneros. La producción de la riqueza no se efectúa sino por una transformación de la materia hecha por el trabajo humano. Unicamente porque el campesino cultiva los campos, el minero extrae el mineral, el obrero mueve las máquinas, el químico experimenta en su laboratorio, el ingeniero inventa una máquina, y así por el estilo es por lo que el propietario ó el capitalista, sin haber hecho nada para heredar de su padre un patrimonio y sin fatiga alguna, si es que está *ausente* de su propiedad, puede ver cada año asegurado un producto, que otros producen para él en cambio de una vivienda miserable ó de un pan escaso, envenenado las más de las veces por los miasmas de los arrozales ó de las lagunas, ó por los gases de las minas y talleres, siempre insuficientes para una existencia digna de criaturas humanas.

Y áun en el régimen de la perfecta aparcería

—que se dice es una forma de socialismo práctico—cabe siempre preguntar, por qué milagro el propietario que no trabaja ve llegar á su casa el grano, el vino ó el aceite en cantidad suficiente para que viva cómodamente, mientras el aparcero todos los días da su trabajo para arrancar á la gran madre tierra el alimento para sí y para los demás.

En la aparcería, hay de menos doloroso la seguridad tranquila de llegar al cabo del año sin la zozobra de la falta de trabajo á que están condenados los trabajadores temporeros del campo y de la ciudad. Pero en lo fundamental, el problema permanece inalterable, y siempre consiste en que uno vive bien sin trabajar, porque diez viven mal trabajando (1).

---

(1) Muchos, imbuídos aún por el artificialismo político, dicen que para resolver la cuestión social sería menester generalizar el sistema de la aparcería; y sin decirlo se piensa, en un decreto real ó presidencial que diga: Artículo 1.° todos los hombres sean aparceros... Y no se piensa, en cambio, que si la aparcería, de regla que era, ha llegado á ser cada vez la más rara excepción, esto debe ser el efecto necesario de causas naturales.

Y la razón estriba en que la aparcería representa la pequeña industria agrícola, y no puede resistir á las aplicaciones mecánicas de la gran industria agrícola, como el telar de mano no puede resistir á las aplicaciones de la gran industria manufacturera. Es verdad también que ahora los telares de mano los hay en cualquier pueblo, pero son órganos rudimentarios que sólo vienen á representar una fase precedente, y no tienen ya ninguna función decisiva en el mundo económico, como los órganos rudimentarios en los animales superiores, representan

Vana, por tanto, y estéril es toda tentativa contra éste ó aquél individuo: la orientación de la sociedad es la que es menester cambiar; la propiedad individual es la que es preciso abolir, no con la *repartición* como vulgarmente se dice, y que sería una forma más aguda y mezquina de propiedad privada, que después de pasar un año persistiendo en la misma orientación individualista nos volvería al *statu quo* con el único beneficio de los más astutos y de los menos escrupulosos.

La abolición de la propiedad privada *é individual* sustituyéndose por la propiedad *colectiva* y social de la tierra y de los medios de producción—sustitución además que, mientras no puede hacerse por decreto de hoy á mañana, propósito que muchos nos atribuyen—es la que por el contrario va realizándose de día en día, de hora en hora, de un modo directo ó de un modo indirecto.

De un modo directo, porque la civilización marca precisamente una continua sustitución de la propiedad y funciones sociales á aquellas que antes eran propiedad ó funciones iudividuales. Los caminos, los correos, los ferrocarriles, los museos, el alumbrado urbano, el agua potable,

---

precisamente, según el darvinismo, testimonios residuales de épocas pasadas para siempre.

La misma ley darviniana y económica vale para la aparcería, destinada evidentemente al mismo fin que el telar de mano.

Véase para esto el magnífico opúsculo de propaganda *Ai contadini toscani* del ingeniero Biel. Colle l'Elsa, 1894.

la instrucción, etc., etc., que hasta hace pocas decenas de años eran propiedad y funciones privadas, han llegado á ser propiedad y funciones sociales. Sería absurdo pensar que este proceso directo de socialización debiera detenerse propiamente ahora en vez de acelerarse progresivamente, como todo se va acelerando en la vida moderna.

De un modo indirecto, como efecto último del individualismo económico, que toma el nombre de burgués de los bravos burgueses que en la *Edad Media* vivieron en los burgos sometidos al castillo feudal y á la iglesia parroquial—símbolos de la clase entonces dominante—y preparados por un trabajo fecundo y consciente y por condiciones históricas que cambiaron la *orientación económica* del mundo (como el descubrimiento de América) hicieron la revolución á fines del siglo XVIII, por la cual conquistaron el poder escribiendo páginas de oro en la historia del mundo civilizado con las hazañas nacionales, con los milagros de la ciencia aplicada á la industria... pero que señalan ahora la parábola descendente y ofrecen síntomas evidentes de una disolución sin la cual además no sería posible la renovación de una nueva fase social.

El individualismo económico llevado á sus últimas consecuencias determina necesariamente la concentración progresiva de la propiedad en un número cada vez más limitado de personas. El «archimillonario» es palabra nueva, propia



sólo del siglo XIX, y expresa en proporciones más evidentes este fenómeno que George refería á la ley histórica del individualismo económico, según la cual, los ricos son cada vez más ricos y los pobres siempre más pobres (1).

Ahora bien; es evidente que cuanto más limitado es el número de los detentadores de la tierra y de los medios de producción, tanto más fácil es conseguir su sustitución—con ó sin indemnización personal—por un propietario el cual es y no puede ser más que la sociedad.

La tierra es la base física del organismo social, y es absurdo, por tanto, que pertenezca á pocos individuos y no á toda la colectividad social; como sería absurdo que perteneciese á pocos propietarios el monopolio del aire que tenemos que respirar.

Y este es el objetivo supremo del socialismo; mas á él no se puede llegar tomando por mira éste ó aquél propietario, éste ó aquél capitalista.

Tal es también un método individualista de lucha que está destinado á ser estéril ó por lo menos exige una pérdida inmensa de fuerzas para obtener escasos, parciales ó provisionales resultados.

He aquí por qué cuando yo veo á los hombres políticos afanarse en una protesta diaria y anecdótica, en una lucha personal—á que además

(1) George, *Progreso e poverta*, traducción italiana, Torino, 1888.



las asambleas y el público se acostumbran y se acomodan por su misma monótona continuidad —me parece ver un higienista fantástico que quisiera hacer habitable un pantano matando mosquitos, uno por uno, á tiros de revólver, en lugar de proponerse como método y aspiración el saneamiento completo de la plaga entera miasmática.

No ya pues, luchas y violencias personales, sino lucha de clases; en el sentido de dar á la clase inmensa de trabajadores, de todo arte y profesión, la conciencia de estas verdades fundamentales, y por tanto, de sus intereses de clase opuestos á los intereses de la clase detentadora del poder económico, para conseguir con la organización consciente la conquista de este poder económico por medio de los otros poderes públicos que la civilización contemporánea ha asegurado á los pueblos libres, si bien sea de prever que en todo país la clase dominante, antes de ceder, limitará y renegará áun de las públicas libertades que eran inofensivas cuando, adoptadas por los trabajadores, no constituídos como partido de clase, sino hipnotizados y distraídos por seguir otros partidos puramente políticos, tan radicales en las cuestiones accesorias, cuanto profundamente conservadores en la cuestión fundamental de la organización económica y de la propiedad.

Lucha de clases, pues, lucha de clase á clase, y lucha, se entiende, con los métodos que diré

más adelante á propósito de las cuatro formas de transformación social, evolución, revolución, revuelta y violencia personal. Pero entretanto, lucha de clases en el sentido darviniano, repitiendo en la historia humana el grandioso drama de la lucha por la vida entre especie y especie, antes que rebajarse hasta el pugilato salvaje é insignificante entre individuo é individuo.

Detengámonos en este punto, porque el mismo asunto de las relaciones entre darvinismo y socialismo nos llevaría aún más lejos, siempre en el sentido de eliminar toda pretendida contradición entre una y otra corriente del pensamiento científico moderno, y de confirmar en su lugar el más íntimo, natural é indisoluble acuerdo.

He aquí por qué á la perspicaz previsión de Virchow responde exactamente el paralelo histórico de Leopoldo Iacoby: «En el mismo año en que aparece el libro de Darwin (1859), según una dirección completamente diferente, se daba hacia el mismo fin impulso é importantísimo desenvolvimiento en la ciencia social, por un trabajo que pasó por mucho tiempo inadvertido, trabajo que tiene por título: *Crítica de la economía política*, de Carlos Marx, y que fué el precursor de la obra *El Capital*.»

«Lo que el libro de Darwin acerca del *Origen de las especies* es para la génesis y evolución de la naturaleza inconsciente hasta llegar al hombre, es la obra de Marx para la génesis y evolución de la comunidad de los individuos humanos,

de los Estados y de las formas sociales de la humanidad» (1).

Y he aquí por qué la Alemania contemporánea, como ha sido el campo más fecundo para el desarrollo de la teoría darviniana, así lo es también para la propaganda, consciente, disciplinada, inconmovible de las ideas socialistas. Y he aquí por qué, justamente en Berlín, en los escaparates de las librerías de propaganda socialista, las obras de Carlos Darwin ocupan un puesto de honor al lado de las obras de Carlos Marx (2).

---

(1) L. Iacoby, *L'idea dell'evoluzione*, trad. en la *Biblioteca dell'Economista*, serie tercera, vol. IX, parte segunda, pág. 62.

(2) A la muerte de Darwin, el *Socialdemokrat* del 27 de Abril de 1882, escribía: «El proletariado, que lucha por su emancipación, honrará siempre la memoria de Carlos Darwin.»

Véase también Lafargue, *La teoría darviniana*, traducción Martinety. Alejandría, 1890.

Sé que en estos últimos años, acaso también por las relaciones que existen entre el Darvinismo y el socialismo, se han reimpreso las objeciones á la teoría de Darwin hechas por Naegeli, y más recientemente por Weismann, acerca de la transmisibilidad hereditaria de los caracteres adquiridos, contra lo cual puede verse á Spencer, *Le insuffisance de la selection naturelle* en los *Problemes de morale et de sociologie*. París, 1894, pág. 287.—Véase también Virchow, *Trasformismo e discendenza*, en la *Berliner Klinische. Wochenschrift*, 1893.

Pero todo esto refierése tan sólo á éste ó aquel detalle del darvinismo, y la teoría fundamental del transformismo orgánico permanece inconcusa.



# SEGUNDA PARTE.

# EVOLUCIÓN Y SOCIALISMO.

---

También frente á la teoría de la evolución universal que—fuera de este ó aquel detalle más ó menos discutible—representa verdaderamente la orientación vital del pensamiento científico moderno, se ha creído poder afirmar, contradice fundamentalmente las teorías é ideales prácticos del socialismo.

Pero evidentemente hay en ello un equívoco. Si por socialismo se entiende aquel conjunto flotante de aspiraciones sentimentales, que muchas veces ha cristalizado en las utópicas creaciones artificiales de un nuevo mundo humano, que por un golpe mágico debería sustituirse de hoy á mañana al viejo mundo en que vivimos, entonces es perfectamente cierto que la teoría científica de la evolución condena los prejuicios y las ilusiones del artificialismo político reaccionario ó revolucionario siempre romántico (1).

---

(1) Para noticias históricas antiguas, véase MALON, *Histoire du socialisme*, 5 vol. París, 1880, y COGNETTI DE MARTIIS, *Socialismo antico*. Torino, 1891.

Mas la desgracia, para nuestros adversarios está, en que el socialismo contemporáneo es muy otra cosa que el socialismo que precede á la obra de Marx; y fuera del sentimiento animador de protesta contra la iniquidad presente y las aspiraciones á un porvenir mejor, nada tiene con *él* de común en la estructura lógica ni en sus mismas inducciones, sino la visión clara, matemáticamente exacta, (en fuerza precisamente de la teoría de la evolución) de la final organización social, basada en la propiedad colectiva de la tierra y de los medios de producción.

Esto se evidenciará en el examen de *las tres* pretendidas contradicciones principales, que se afirma existen entre el socialismo y el evolucionismo científico.

Empero entretanto no es posible dejar de ver desde luego, la filiación directa del socialismo marxista del evolucionismo científico, cuando se piensa que aquél no es precisamente sino la aplicación lógica y consecuente de la teoría evolucionista en el campo económico.

## IX.

## La tesis ortodoxa y la tesis socialista comparada con la teoría de la evolución.

En suma, ¿qué dice el socialismo? que el mundo económico presente no puede ser inmutable y

eterno, sino que representa, por el contrario, solamente una fase transitoria de la evolución social á que debe suceder una fase ulterior y un mundo diversamente ordenado.

Como conclusión última y positiva del estudio hecho de las relaciones que median entre el darvinismo y el socialismo, resulta que esta diversa organización venidera se ha de verificar en sentido colectivista ó socialista y no en el individualista.

Entretanto, menester es sentar que la afirmación fundamental del socialismo—aparte los detalles de la futura organización social de que hablaré más adelante—es coherente, por tanto, con la teoría experimental del evolucionismo.

De hecho, ¿cuál es la distinción sustancial entre la economía política ortodoxa y el socialismo? La siguiente: que la economía política ha sostenido y sostiene que las leyes económicas por ella analizadas y esclarecidas acerca de la producción y la distribución de las riquezas son *leyes naturales*... no empero en el sentido de leyes determinadas naturalmente por las condiciones del organismo social (lo cual sería exacto) sino en el sentido de ser leyes *absolutas*, propias de toda la humanidad, en todo tiempo y lugar, y por tanto inmutables en su fundamento, aunque susceptibles de parciales y accesorias modificaciones en sus particulares manifestaciones (1).

---

(1) A este propósito, véase U. RABBENO, *Le leggi eco-*



El socialismo científico, por el contrario, sostiene que las leyes establecidas por la economía política clásica, desde Adam Smith en adelante, son leyes propias del actual momento histórico de la humanidad civilizada, y por tanto son leyes esencialmente *relativas* al momento en que fueron analizadas; y como ya no responden á la realidad de las cosas, si se las quiere hacer extensivas por ejemplo á la remota antigüedad histórica y más aún á los tiempos prehistóricos y exohistóricos, no pueden representar sino una inmutable petrificación del porvenir social.

Ahora bien; de estas dos tesis fundamentales, la tésis ortodoxa y la tesis socialista, ¿cuál está más en harmonía con la teoría científica de la evolución universal?

La respuesta no puede ser dudosa (1).

La teoría de la evolución cuyo genial creador fué verdaderamente Heriberto Spencer, desarrollando y fecundando en el campo sociológico la dirección relativista, ya señalada por la escuela histórica, así del derecho como de la economía política (que parcialmente era heterodoxa) ha dado precisamente al pensamiento moderno esta brújula imprescindible; que todo cambia, que el presente—así en el orden astronómico como en el

---

*nomiche e il socialismo* en la *Rivista di filos. scientif.* 1884, vol. III, fasc 5.

(1) Esta es la tesis sostenida por COLAJANNI *Il socialismo,* Catania, 1884, pág. 277, aunque interpreta mal el que yo la hubiese combatido en *Socialismo e criminalitá.*

sociológico—no es sino la resultante de precedentes naturales, necesarias, incesantes transformaciones mil veces milenarias, y que por tanto, como el presente es diferente del pasado, así el porvenir será indudablemente diverso del presente.

El spencerianismo no ha hecho sino dar un contingente verdaderamente maravilloso de pruebas científicas en todos los ramos del saber humano á los dos pensamientos abstractos de Leibnitz y de Hegel, que «el presente es hijo del pasado, padre del porvenir», y que «nada es, mas *todo deviene*»; lo cual, sobre todo la geología, después de Lyell, había demostrado maravillosamente, sustituyendo al tradicional concepto de los improvisados cataclismos, el concepto científico de la gradual y diaria transformación de la *tierra* (1).

Cierto es que el saber enciclopédico de Heriberto Spencer es deficiente en economía política, ó al menos en este campo no ha dado de ello pruebas tan completas como en las ciencias naturales; mas esto no quita para que el socialismo no sea, ante todo, en el concepto que lo anima, sino la aplicación lógica de la teoría científica de la evolución natural, al orden de los fenómenos económicos.

---

(1) Para un resumen genial y completo de estas inducciones más generales del pensamiento científico moderno, desde la geología á la antropología, véase MORSELLI, *Antropología general. Lezioni sull'nomo secondo la teoria dell'evoluzione*. Torino, 1890-94.



Por esto precisamente, Carlos Marx antes, en 1859, con la *Crítica de la economía política* (y también con el famoso *manifiesto* de 1847 escrito por él y por Engels, casi diez años antes que los *Primeros principios* de Spencer y maravilloso por el poder y lucidez de síntesis) y después con *El capital* (1867) ha venido á completar, en el campo social, la revolución científica efectuada por Darwin y por Spencer.

Mientras el antiguo pensamiento metafísico concebía la moral, el derecho, la economía, como el conjunto de leyes absolutas y eternas, según el modo platónico de pensar, y limitando su mirada al sólo mundo histórico y no usando otro instrumento de indagación que la fantasía lógica del filósofo, ha inoculado en el cerebro de tantas generaciones este concepto del absolutismo en las leyes naturales que se debatía en el dualismo de la materia y del espíritu; la ciencia positiva por lo contrario, elevándose á la síntesis grandiosa del monismo, esto es, de la única realidad fenoménica—materia y fuerza inseparables é indestructibles—desenvolviéndose en continuo movimiento de forma en forma, según normas relativas al tiempo y al lugar, ha cambiado radicalmente la orientación del pensamiento moderno, precisamente en el sentido de la evolución universal (1).

---

(1) Véase la prolusión de BONARDI. *Evoluzionismo e socialismo.* Florencia, 1894.

Moral, derecho, política, no son sino superestructuras, sino repercusiones de la estructura económica y con ella varían, de un paralelo á otro, de un siglo á otro.

Tal es la grande, genial intuición de Carlos Marx en la *Crítica de la Economía Política*, de la cual examinaré más adelante la parte relativa al único origen de las condiciones económicas, pero de las que ahora importa considerar la otra parte, de la continua irreflenable variabilidad desde el mundo prehistórico y exohistórico al mundo histórico en sus varias épocas.

Normas de la moral, creencias religiosas, sanciones jurídicas de las leyes civiles ó penales, constitución política; todo cambia y todo es relativo al ambiente histórico y telúrico, en que se observa.

Matar los padres es el mayor de los delitos en Europa ó en América; por lo contrario, es una acción obligatoria y santificada por la religión en la isla de Sumatra; como el canibalismo lo fué en Europa y en la América prehistórica.

La familia que apenas se afirma transitoriamente (como entre los animales) en el comunismo sexual primitivo, se constituye en forma de poliandria y matriarcado donde las subsistencias escasas exigen un escaso aumento de población, mientras se transforma en poligamia y patriarcado cuando y donde esta razón económica y fundamental no domina tiránicamente, para alcanzar por último en el mundo histórico, la for-

ma monogámica que ciertamente es la mejor y más adelantada, áun cuando haya necesidad de purificarla del convencionalismo absolutista del vínculo indisoluble y de la prostitución larvada y legalizada (por razones económicas) que la mancha en el mundo presente.

¿Y sólo la constitución de la propiedad podría permanecer eterna, inmutable, en esta corriente oceánica de instituciones sociales y de normas morales, sujetas á continuas, profundas evoluciones y transformaciones? ¡Sólo la propiedad debería permanecer inalterada é inalterable en su forma de monopolio privado de la tierra y de los medios de producción! (1)

He aquí la absurda pretensión de la ortodoxia económica y jurídica, con la sola concesión á los irresistibles testimonios de la teoría evolucionista (hecha por progresistas ó radicales así en la ciencia como en la política) de que pueden variar las disposiciones accesorias, templarse los abusos—pero siempre permaneciendo intangible el principio de que pocos individuos puedan apropiarse la tierra y los medios de producción, necesarios á la vida del organismo entero social, que debería de este modo *in eternum* quedar bajo el dominio, más ó menos directo, de estos detentadores de la base física de la vida (2).

---

(1) ARCANGELI, *La evoluzioni della proprietá* en la *Critica Sociale*, 1 Julio 1894.

(2) Tal es la misma precisa posición de los que luchan en pro y en contra del libre albedrío.

Basta exponer así, en su límpida precisión las dos tesis fundamentales—la ortodoxa del derecho y de la economía clásica y la heterodoxa del socialismo económico y jurídico—para decidir sin más este primer punto de la controversia; es decir, que en todo caso, la teoría de la evolución está en perfecto acuerdo, incontestable, con las inducciones del socialismo, y en cambio contradice las afirmaciones que se le oponen, el sustancial inmovilismo económico y jurídico.

---

La antigua metafísica admitía en el hombre (como única milagrosa excepción en todo el universo) un libre albedrío *absoluto*. La fisio-psicología moderna niega, por lo contrario, todo y cualquier pretendido libre albedrío en el hombre, en nombre de las leyes de causalidad natural. Entre unos y otros están aquellos que conceden, sí, que *el libre albedrío* en el hombre no es absoluto, pero sostienen no obstante, que al menos una migaja de libre albedrío es menester admitir, templando el absolutismo, porque de otro modo no hay ya mérito y demérito, vicio y virtud, etc.

Me he ocupado de esta cuestión en mi primer trabajo acerca de la *Teoría dell' imputabilitá e negazione del libero arbitrio.* (Florencia, 1878, agotado) y después en el capítulo III de mi *Sociologia criminale.* (Turín, 1892, 3.ª edición.)

Unicamente lo recuerdo aquí para demostrar cómo también en la cuestión económico-social los combatientes reproducen las mismas condiciones y aparentan por tanto prever una misma solución final.

El verdadero conservador, inspirándose en la tradición metafísica, continúa afirmando las antiguas ideas morales ó económicas en todo su absolutismo y al menos es lógico. El positivista afirma justamente las opuestas ideas que el experimentalismo científico contrapone así en el orden psicológico como en el económico ó jurídico.

## X.

## La ley de regresión aparente y la propiedad colectiva.

Mas se dice por los adversarios; áun admitiendo que el socialismo, invocando en general una transformación social esté en aparente acuerdo con la teoría evolucionista, de esto no *resulta* que sus conclusiones precisas—y entre *las fundamentales*, la sustitución de la propiedad social á la propiedad individual—estén apoyadas por la misma teoría. Antes, se dice, sostenemos que precisamente contra esta teoría científica chocan diametralmente aquellas conclusiones, y por tanto, son por lo menos utópicas y absurdas.

Y la primera contradicción que entre socialismo y evolucionismo se afirmaría, consistiría

---

El ecléctico en política como en psicología, en economía política como en derecho, fundamentalmente es un conservador, pero cree únicamente eludir la dificultad, porque hace alguna parcial concesión y salva las apariencias. Mas el eclecticismo, si puede ser cómodo personalmente, es, sin embargo, como el hibridismo, estéril en la vida y en la ciencia.

Y he ahí por qué, lógicamente, los socialistas sostienen que los partidos políticos no son fundamentalmente sino dos: individualistas (conservadores, progresistas, radicales) y socialistas.

en que la vuelta á la propiedad colectiva de la tierra, sería al mismo tiempo un regreso á la primitiva y salvaje edad de la humanidad, y por tanto el socialismo sería, sí, una transformación, pero á la inversa, es decir, contra la corriente de la evolución social, que justamente del primitivo colectivismo territorial ha conducido á la presente propiedad individual, indicio de la civilización adelantada. El socialismo, por tanto, representaría, en caso, la vuelta á la barbarie.

También esta objeción tiene una parte de verdad que es innegable; es decir, la observación de que la propiedad colectiva será un regreso (al menos en la apariencia externa) hacia la organización social primitiva. Pero la conclusión que deriva es absolutamente errónea y anticientífica, porque olvida una ley, observada menos comunmente, pero no por esto menos verdadera y positiva de la evolución social.

Es una ley sociológica, que un médico francés de mucho ingenio—desgraciadamente muerto—únicamente ha notado, á propósito de algunas relaciones entre transformismo y socialismo (1), y de la cual me he ocupado, revelando toda su verdad é importancia, áun antes de inscribirme en el socialismo militante, en la tercera edición de mi *Sociología criminal* (1892), páginas 420-424, y en ello nuevamente he insistido en

(1) L. Dramard. *Transformisme et socialisme,* en la *Revue socialiste.* Enero y Febrero, 1885.



mi polémica con Morselli á propósito del divorcio (1).

Esta ley de regresión aparente demuestra ser un hecho constante el regreso de las instituciones sociales á las formas y caracteres primitivos.

Antes de indicar algunos ejemplos evidentes. recordaré que Cognetti de Martiis, á fines de 1881, mostraba haber percibido vagamente esta ley sociológica, porque su libro acerca de las *Formas primitivas en la evolución económica* (Turín, 1881), tan notable por la abundancia, precisión y seguridad de datos positivos—áun cuando no llegando á ninguna conclusión después de la riqueza del análisis sociológico—se cerraba, empero, en las últimas líneas con una vaga indicación á la posible reaparición en la futura evolución económica de las formas primitivas que señalan el punto de partida.

Y yo recuerdo también, que cuando en la Universidad de Bolonia frecuentaba las lecciones de Carducci, varias veces le he oído indicar que en las formas y en el contenido de la literatura muchas veces el progreso último no es sino la reproducción de las formas y el contenido de la literatura primitiva greco-oriental; así también como la teoría científica moderna del monismo—que es el alma misma de la evolución universal y representa la última y definitiva dis-

(1) *Divorzio e sociologia*, en mi *Scuola Positiva nella giurisprudenza penale.* Roma, 1893, núm. 16.

ciplina positiva del pensamiento humano frente á la realidad del mundo, después del brillante vagar de la metafísica—no hace sino volver á los conceptos de los filósofos griegos y de Lucrecio, el gran poeta naturalista.

Mas también en el orden de las instituciones sociales los ejemplos de este regreso á las formas primitivas no son sino muy evidentes y numerosos.

Ya dijo Hartmann de la evolución religiosa, por qué en las épocas infantiles de la humanidad *la felicidad* se considera asequible en la existencia individual, después en la vida de ultratumba, y ahora se tiende á ponerla de nuevo en la humanidad misma, pero en la serie de generaciones venideras.

Así, en la política Spencer hacía notar (*Sociología* III, cap. 5) que la voluntad de todos—elemento soberano en la humanidad primitiva—cede poco á poco el puesto á la voluntad de uno solo, y después de pocos en las diversas aristocracias, militares, de nacimiento, profesión ó censo), y tiende por último á volver á ser soberana con el procedimiento de la democracia (sufragio universal, referendum, legislación directa popular, etc.).

El derecho de punir, simple institución de defensa en la primitiva humanidad, tiende á volver á ser tal, libre de toda pretensión teológica de justicia retributiva antepuesta por la ilusión del libre albedrío al fondo natural de la defensa,

pero despojada al presente por las investigaciones científicas relativas al delito, como fenómeno natural y social, que demuestra es absurda la omnisciente pretensión del legislador y del juez de pesar y medir «la culpa» del delincuente y graduar su castigo, en vez de limitarse al aislamiento temporal ó perpetuo de la convivencia social de los individuos inadaptados, como se hace con los locos y con los enfermos de enfermedades infecciosas.

Así en el matrimonio, la fácil disolubilidad en la humanidad primitiva cedió poco *á poco á* las imposiciones absolutistas de la teología y del espiritualismo, que creen que el «libre albedrío» pueda ligar eternamente el destino de una persona, con un monosílabo pronunciado en momentos de tan instable equilibrio psíquico como es el período de las relaciones amorosas y de las nupcias. Pero después, la vuelta á la forma espontánea y primitiva del consentimiento mutuo se impone, y la unión matrimonial con el uso siempre creciente y más fácil del divorcio vuelve á sus orígenes, restableciendo la familia, que es la célula social.

Así sucede en la organización de la propiedad, en la que el mismo Spencer ha tenido que reconocer la tendencia fatal de una vuelta al primitivo colectivismo, después que la apropiación primero familiar, después individual de la tierra —como él mismo ha demostrado—ha llegado al extremo de que en algunos países (ley Torrens)

la tierra ha venido á ser una especie de propiedad mueble, transmisible como una acción cualquiera de cualquier sociedad anónima.

He aquí de hecho, á título de documento, lo que escribe el *individualista* Heriberto Spencer:

«A primera vista, parece pueda concluirse que la propiedad de la tierra, á título absoluto, por parte de personas privadas, debe ser el estado *definitivo* que el industrialismo está destinado á realizar. Sin embargo, si bien el industrialismo haya tenido hasta ahora por efecto individualizar cualquier posesión, *se puede dudar de que el estado definitivo sea desde ahora alcanzado.*

»En otro tiempo se reconocía el derecho de propiedad sobre seres humanos, y hoy ya no se reconoce. Hace algunos siglos se hubiese podido creer que el principio de la propiedad del hombre por el hombre estaba en camino de instituirse de un modo *definitivo* (1). No obstante, en una época más avanzada de su curso, la civilización, perturbando este proceder, ha destruído la propiedad del hombre sobre el hombre. Análogamente, en una época todavía más adelantada, podrá suceder que la *propiedad privada de la tierra tenga que desaparecer*» (2).

(1) Así sabemos cómo Aristóteles, tomando por ley sociológica absoluta la ley relativa á sus tiempos, declaró que la esclavitud era una institución natural, y que los hombres se distinguían *por naturaleza* en libres y esclavos.

(2) SPENCER. *Principes de sociologie.* París, 1883, volumen III, págs. 737-738.



Y además, este proceso de socialización de la propiedad, áun cuando parcial y accesorio al presente, sin embargo, es tan evidente y continuo, que sería negar la evidencia querer sostener que la dirección económica, y por tanto, jurídica en la organización de la propiedad, no se verifique en el sentido de una preponderancia cada vez mayor de los intereses y de los derechos de la colectividad frente á los del individuo; preponderancia, que evidentemente llegará á ser, por evolución necesaria, una completa sustitución

---

Esta idea, que Spencer había expresado ya en 1850 en su *Estática social*, es mantenida por él también en su reciente libro *Justicia*, trad. ital. Santarelli-Citta di Castello, 1893, cap. XI: si bien ahora ha dado un paso hacia atrás, diciendo que el valor de la indemnización que habría que dar á los propietarios actuales de la tierra sería tan grande que sería casi impracticable la «nacionalización de la tierra», que Enrique George indicaba en 1881 como el único remedio, y que Gladstone tuvo el valor de proponer para resolver la cuestión de Irlanda. Por lo cual Spencer concluye: «Yo mantengo la conclusión á que he llegado, es decir, que el *agregado humano colectivo sí es el propietario supremo de la tierra*; pero un examen más profundo me ha llevado á la conclusión de que es menester mantener también el derecho individual de la propiedad de la tierra, pero subordinado á la soberanía del Estado.»

El estudio «más profundo» que Spencer ha hecho en su libro de la *Justicia* (el cual, dicho sea entre paréntesis, como el de la *Beneficencia positiva y negativa*, es un doloroso documento de la involución senil á que también el gran cerebro de Heriberto Spencer no ha podido escapar, y en su aridez subjetiva forma extraño contraste con la maravillosa riqueza de datos positivos de sus primeras obras) se funda en estos dos argumentos: 1.º que los ac-

respecto á la propiedad de la tierra y de los medios de producción.

Por tanto, la tesis fundamental del socialismo, una vez más, está en perfecto acuerdo con esta ley sociológica de regresión aparente, cuya razón natural notaba muy bien Loria al decir que la humanidad primitiva de las primeras impresiones de la naturaleza circundante saca las líneas fundamentales y más sencillas de su pensamiento y de su vida; después con el progreso de la inteligencia y la complicación creciente por

---

tuales propietarios de la tierra no son los directos descendientes de los primeros conquistadores y monopolizadores de ella, sino que en su mayor parte la han adquirido por libre contrato; 2.° que la sociedad tendría derecho á la propiedad de la tierra virgen, como estaba antes de la roturación, de las mejoras y de las construcciones hechas por los propietarios particulares, y que la indemnización de estas mejoras se elevaría á una cifra enorme.

Fácil es responder que el primer argumento sería válido si el socialismo propusiese *penar* á los actuales propietarios; la cuestión es que si la sociedad reconoce de «utilidad pública» la expropiación de los detentadores de la tierra, el derecho individual debe subordinarse al derecho social, como además sucede también ahora, salvo la cuestión de indemnización. Y ahora, en cuanto al segundo argumento, ante todo es menester recordar que las mejoras de la tierra no son obra y mérito exclusivo de la actividad personal de los propietarios, ya que, aparte el cúmulo enorme de fatigas y de sangre que tantas generaciones de trabajadores han dejado en la gleba, precisamente para ponerla en el estado actual de cultivo..... y en beneficio de otros, sin embargo, es el hecho que la sociedad misma, la vida social ha sido un gran coeficiente de las mismas mejoras, cuando la viabilidad pública, los ferrocarriles, las aplicaciones de la mecánica á la agricultu-

ley de evolución, se tiene un desenvolvimiento analítico de los principales elementos contenidos en los primeros gérmenes de toda institución; y una vez cumplido este desenvolvimiento analítico y con frecuencia antagónico, de un exceso al otro, de los particulares elementos, la humanidad misma, llegada á un alto grado de evolución. reintegra en una síntesis final estos varios elementos y vuelve así al primitivo punto de partida (1).

Sin embargo, á esto añado yo, que tal regreso á la forma primitiva, no es una pura y senci-

---

ra, y cosas por el estilo, proporcionaron á los propietarios inmensa y gratuita alza de valor en sus tierras.

Por último, pues, en cuanto á la cifra y forma de la indemnización, ¿por qué habría que dar una indemnización total y absoluta? Aun ahora, en las expropiaciones por causa de utilidad pública, si un propietario tiene un *precio de afección*, por recuerdos queridos, impagables, anejos á su posesión, ¿acaso no está obligado á cederlo sin pretender el pago de este precio de afección? Igualmente en la expropiación colectiva, facilitada, pues, por la concentración progresiva de la tierra en manos de pocos latifundistas, bastará que á éstos *vita natural durante* les sea asegurada una vida cómoda y tranquila, para que la indemnización tenga todos los requisitos de la más rigurosa equidad.

(1) Loria. *La teoría económica della costituzione politica.* Torino 1886, pág. 141, ampliada y traducida al francés en su segunda edición, *Les bases economiques de la constitution social.* París 1893.

Esta ley de regresión aparente basta para combatir la mayor parte de las críticas demasiado superficiales lanzadas al socialismo por Guyot.—*La tyrannie socialiste.* París 1893 y *Les principes de 89 et le socialisme.* París 1894.

lla repetición. Y he aquí por qué se dice ley de regresión *aparente*, y he aquí por qué la objeción de «un regreso á la *barbarie* primitiva,» es infundada. No es una repetición pura y sencilla, sino el complemento de un ciclo, de un gran ritmo, como recientemente decía también Asturaro (1) que no puede llevar consigo los efectos y las conquistas, irrevocables en lo que tienen de vital y fecundo, de la larga precedente evolución; y por tanto, es muy superior en la realidad objetiva y en la conciencia humana á aquel primitivo embrión.

El curso de la evolución social no está representado por un círculo cerrado, que, como la culebra que muerde su cola del símbolo antiguo, cierre los términos de un mejor porvenir, mas, por lo contrario, según la imagen de Goethe, está representado por una espiral, que parece volver sobre sí misma y en cambio avanza siempre y se eleva.

## XI

## La evolución social y la libertad individual.

Esta última observación nos sirve para examinar también la segunda contradicción, que se

(1) ASTURARO. *I ritmi sociali* en el *Pensiero italiano*. Milan, Junio 1894, pág. 138.



afirma existe entre el socialismo y la teoría de la evolución, diciendo y repitiendo en todos tonos que el socialismo será una nueva forma de tiranía, que suprimirá todos los beneficios de la libertad á tan caro precio de martirios y de sacrificios fatigosamente conquistada por nuestro siglo.

Ya he dicho, hablando de las desigualdades antropológicas, cómo el socialismo asegurará por el contrario á cada hombre con las condiciones de existencia humana, la afirmación más libre y completa de la propia personalidad.

Básteme aquí recordar otra ley, fundada por la teoría científica de la evolución para demostrar en líneas generales (porque no es tarea de esta monografía entrar en particulares detalles), como se teme erróneamente esta pretendida supresión de la parte viva y fecunda de la libertad personal y política al advenimiento del socialismo.

Es una ley de evolución natural, explicada, mejor que por otro alguno, por Ardigó (1), la de que toda fase subsiguiente de evolución natural y social, no destruye, no suprime las manifestaciones vitales y fecundas de las fases precedentes, sino que antes bien, las continúa en lo que tienen de vivo, mientras elimina de ellas sólo las manifestaciones anormales y patológicas.

---

(1) ARDIGÓ. *La formacione naturale*, vol. III de sus *Opere filosofiche*. Padua 1887.

En la evolución biológica, las manifestaciones de la vida vegetal, no anulan los primeros albores de la vida que se encuentran en la cristalización de los minerales, como las manifestaciones de la vida animal, no anulan las de la vida mineral y vegetal; y la forma humana de la vida no suprime las formas y los anillos precedentes en la gran serie de los seres vivos, mas por lo contrario, las últimas formas viven en cuanto son el resultado de las formas primitivas y con ellas coexiste.

Así sucede en la evolución social y esta es la interpretación que el evolucionismo científico da precisamente de los siglos medios, que no borran las conquistas de las precedentes civilizaciones, sino que las conserva en cambio en su parte vital y la fecundan, en un período de reposo por el renacimiento de nuevas civilizaciones. Y esta ley que domina el entero y grandioso desenvolvimiento de la vida social, rige por igual el destino y la parábola de las particulares instituciones sociales.

La sucesión de una fase de evolución social á otra, ciertamente elimina las partes no vitales, los productos patológicos de las precedentes instituciones; mas conserva, vigoriza y desarrolla las partes sanas y fecundas, elevando cada vez más el diapasón físico y moral de la humanidad.

Así, por este proceso natural, la gran corriente de la humanidad que sale de los bosques vírgenes de la vida salvaje, se desenvuelve majes-

tuosa en los períodos de la barbarie, y de la civilización presente, en verdad superior por muchos aspectos á las fases precedentes de la vida social, pero que en otro sentido está infecta por los productos virulentos de la propia degeneración, como ya he recordado á propósito de las selecciones sociales retrógradas. Así, por ejemplo, algunos trabajadores del período contemporáneo de la civilización burguesa, en conjunto, tienen una existencia física y moral superior á la de los pasados siglos, mas sin embargo, es innegable que su condición económica de *asalariados* libres, es peor, bajo muchos aspectos, que la precedente condición de *esclavos* en la antigüedad, de *siervos* en la Edad Media.

De hecho, el *esclavo* antiguo era propiedad absoluta del amo, del hombre *libre*, y estaba condenado á una vida casi bestial; pero no obstante, el amo tenía interés en asegurarle al menos el pan de todos los días, puesto que el esclavo formaba parte de su patrimonio, como el buey ó los caballos. Y en la Edad Media, el siervo de la gleba tenía en compensación ciertos derechos consuetudinarios que lo ligaban precisamente á la tierra y le aseguraban al menos, fuera de los casos de carestía, el pan cotidiano.

El asalariado libre del mundo moderno, en cambio, está siempre condenado á un trabajo inhumano por su duración y calidad (á que se refiere precisamente la parcial reivindicación socialista de las *ocho horas*, que cuenta ya mu-

chas victorias y está destinada á un triunfo seguro); pero no teniendo ya recíprocamente ninguna relación jurídica permanente ni con el propietario capitalista, ni con la tierra, carece en absoluto de toda seguridad del pan diario, porque el propietario no tiene ya interés en alimentar y mantener los trabajadores de su fábrica ó de su campo, no sufriendo por ello disminución alguna en su patrimonio por su enfermedad ó muerte, por la inagotable oleada de proletarios que la falta de trabajo le ofrece en el mercado.

Y he aquí cómo, no porque los propietarios de hoy sean peores que los antiguos, sino sólo porque también los sentimientos morales son un producto de la condición económica, si en el establo enferma un buey, el latifundista ó su administrador está solícito para llamar al veterinario, para evitar la pérdida de un capital, mientras que si enferma el hijo del boyero, no se da tanta prisa por llamar al médico.

Ciertamente puede haber, como excepción más ó menos frecuente, un propietario de buen corazón que desmienta la regla, máxime cuando vive en contacto diario con los trabajadores; como no se niega que el espíritu de beneficencia tenga frecuentes manifestaciones y más ó menos ruidosas—áun fuera de la *charity Sport*—por parte de las clases ricas, que así atenúan también la íntima voz de la intranquilidad moral que la corroe; mas, sin embargo, la regla inexorable es esa. En la forma del industrialismo moderno el

trabajador ha conquistado la libertad política, de voto, de asociación, etc., (que se le deja disfrutar hasta que no muestra hacer uso de ella para formar un partido de clase que se dirija al punto fundamental de la cuestión social); pero ha perdido la seguridad del pan y del domicilio cotidiano.

El socialismo desea llegar á conseguir esta seguridad para todos los hombres, y demuestra su positividad matemática con la sustitución de la propiedad social á la propiedad individual de los medios de producción; mas no por esto el socialismo suprimirá todas las conquistas útiles y verdaderamente fecundas de la fase presente de civilización, ni de las fases precedentes.

Véase un ejemplo característico. La invención de tantas máquinas industriales y agrícolas, mientras es una aplicación genial de la ciencia á la transformación de las fuerzas naturales, y no debería ser sino fecunda en bienes, (elevando el trabajo humano de la abyección y postración de trabajo bestial á la dignidad humana) no obstante, innegablemente ha originado y origina la miseria y ruina de millares de trabajadores, que por la reducción de personal sustituído por el trabajo de las máquinas, inevitablemente se condenan á los tormentos de la falta de trabajo ó á la férrea ley del salario mínimo, en tanto basta para no morir de hambre aguda. Y la primera instintiva reacción de estos desventurados, ha sido y es, con exceso, en muchos casos destruir

las máquinas, maldiciéndolas como instrumentos de perdición inmerecida y sangrienta. Pero destruir las máquinas sería verdaderamente un regreso puro y sencillo á la barbarie, y esto el socialismo, que representa una fase más elevada de civilización humana, el socialismo no lo desea.

Y he aquí entonces cómo el socialismo únicamente da la solución de esta dolorosa dificultad, que el individualismo económico no puede dar, pues *continúa, al contrario*, aplicando siempre *nuevas máquinas*, porque tal es el interés irresis*tible* del capitalista. Y la solución está en que las máquinas lleguen á ser propiedad colectiva ó social. Evidentemente entonces su único efecto será disminuir la suma total de trabajo y de esfuerzo muscular para producir una dada cantidad de subsistencias, y por tanto, para cada trabajador se disminuirá la parte diaria de trabajo y su existencia se elevará cada vez más á la dignidad de criatura humana.

Parcialmente este efecto se verifica ya en aquellos lugares, por ejemplo, en que diversos pequeños propietarios se reunen en una sociedad cooperativa para la adquisición, supongamos, de trilladoras de vapor, y se la prestan por turno. Si á los pequeños propietarios estuviesen unidos, en gran fraternal cooperación también los obreros y campesinos, (y esto sucederá sólo cuando la tierra sea propiedad social) y las máquinas, por ejemplo, fuesen propiedad municipal, como

lo son las bombas para incendios, y por el Común se cediesen en uso sucesivo á los trabajadores del campo, evidentemente las máquinas no ocasionarían ninguna repercusión dolorosa y de miseria, sino que serían por todos los hombres bendecidas, por el sólo hecho de ser propiedad colectiva.

He aquí, pues, cómo el socialismo precisamente porque representa una fase más elevada de la evolución humana, no eliminaría de la fase presente, sino los productos infecciosos del moderno excesivo individualismo económico, que de una parte crea los archimillonarios y los arrendadores que hacen millones en pocos años robando (en una forma más ó menos prevista por el Código penal) el dinero público, y de otra parte acumula una concreción gangrenosa de míseras criaturas en los suburbios de las grandes ciudades ó en las cabañas de barro y paja, que reproducen las cabañas australianas en la Basilicata, en el Agro Romano ó en el valle del Po (1).

Ningún socialista consciente ha pensado jamás en negar los grandes merecimientos de la burguesía para con la civilización humana y oscurecer las páginas de oro que ella ha escrito en la historia del mundo civilizado con las hazañas nacionales, las maravillosas aplicaciones de la

(1) Una elocuente y detallada descripción de esta patología social y política, por lo que se refiere á Italia, se encuentra, entre otros, en el volumen de mi maestro, Pietro Ellero, *La tirannide borghese*. Bolonia, 1879.

ciencia á la industria y á los comercios ideales y mercantiles entre los pueblos.

Estas son irrevocables conquistas del progreso humano, y el socialismo no piensa en modo alguno renegar de ellas y suprimirlas; y presta la justa admiración de reconocimiento á los generosos campeones que las han iniciado y realizado, del mismo modo, por ejemplo, que un ateo no pensaría tampoco en destruir ó negar su admiración á un cuadro de Rafael ó á una estatua de Miguel Angel, sólo porque éstos representaron y eternizaron con el arte leyendas religiosas.

Mas, no obstante, el socialismo ve en la presente civilización burguesa, llegada á su declive final, los dolorosos síntomas de una disolución irremediable, y afirma que es preciso librar el organismo social del *virus* infeccioso, no ateniéndose al cuidado sintomático é individualista de éste ó aquél banquero que quiebra, de éste ó aquél funcionario corrompido, de éste ó aquél empresario ladrón... sino llegando á la raíz del mal, al foco innegable de infección purulenta, cambiando radicalmente el régimen—con la sustitución de la propiedad social á la propiedad individual.—Es menester renovar las fuerzas sanas y vitales de la sociedad humana, para que pueda elevarse á una fase más alta de la civilización, en que, de cierto, ya no podrán pocos privilegiados vivir la vida de ocio, de lujo, de orgía que hoy viven y tendrán que reducirse á una existencia laboriosa y menos fastuosa, pero en que la inmensa mayo-

ría de los hombres elevará la propia existenci
la serena dignidad, á la tranquila seguridad, á
simpática y alegre fraternidad en cambio de l
dolores, de las ansias y de los rencores presente

Así, de la banal objeción de que el socialism
suprimirá toda libertad—demasiado repetida p
aquellos que so color de liberalismo político v
lan las tendencias más ó menos conscientes d
conservantismo económico—hay que decir q
esta repugnancia que en nombre de la liberta
sienten muchos áun de buena fe, contra el socia
lismo, no es en sí misma sino efecto de *otra le*
de evolución humana que Heriberto Spencer formulaba diciendo: «Todo progreso realizado es u
obstáculo á los progresos futuros.»

Es una tendencia psicológica natural que s
podría llamar *fetisista*, la que se rebela á consi
derar el propio ideal alcanzado, el progreso rea
lizado como un simple instrumento antes que
como un ídolo; un punto de partida para otros
ideales y para otros progresos, antes que detenerse en la adoración fetisista de un punto de llegada, que agote todo otro ideal, toda otra aspiración.

Como el salvaje beneficiado por el árbol fructífero adora el árbol por sí, no por los frutos que
pueda dar, y acaba por convertirlo en un fetiso,
en un ídolo intangible y que por esto sólo viene
á ser estéril; como el avaro que en el mundo individualista sabe el valor del dinero, acaba por
adorar el dinero en sí y por sí, como fetiso y como

ídolo, y lo deja encerrado en el arca inutilizándolo, en vez de adoptarlo como instrumento de nuevas ventajas; así el liberal sincero, hijo de la Revolución Francesa, se forja de la libertad un ídolo, fin en sí mismo, estéril fetiso antes que adoptarla como instrumento de nuevas conquistas, como realización de nuevos ideales.

Se comprende que bajo la tiranía política el ideal primero y más urgente y espasmódico fuese la conquista de la libertad y de la soberanía *política; y de esta conquista*, nosotros que hemos venido *los últimos*, estamos agradecidos á los mártires y héroes que la han alcanzado á precio de su sangre..... Pero la libertad no es ni puede ser un fin en sí misma. ¿Para qué sirve la libertad de reunión y de pensamiento si el estómago no tiene el pan diario y millones de individuos tienen por la anemia del cerebro y del cuerpo paralizada toda fuerza moral? ¿Para qué sirve al pueblo tener una parte platónica de la soberanía política, con el derecho de voto, si continúa bajo la esclavitud material de la miseria, de la falta de trabajo, del hambre aguda ó crónica? La libertad por la libertad indica un progreso efectuado que se opone á progresos venideros, es una especie de onanismo político, estéril por sí frente á las nuevas necesidades de la vida.

El socialismo, por tanto, responde que así como la fase subsiguiente no anula las conquistas de las fases precedentes en la evolución social, así no quiere suprimir la libertad gloriosamente

conquistada por el mundo burgués con la revolución del 89, sino que sólo desea que de esta libertad se sirvan los trabajadores—adquirida la conciencia de los intereses y necesidades de su clase, frente á la clase de los capitalistas y propietarios—para progresar hacia una organización social más equitativa y más humana.

Sin embargo, es también innegable, no *sólo* que dada la propiedad individual y por tanto el monopolio del poder económico, la libertad que se concede á quien no es detentador de este monopolio es un juego impotente y platónico; pero que cuando los trabajadores muestran querer valerse de esta libertad con precisa conciencia de sus intereses de clase, entonces los detentadores del poder económico, y por tanto político, están prontos á renegar de los grandes principios liberales, de «los principios del 89», y suprimen toda libertad pública creyendo poder detener así la marcha fatal de la evolución humana.

Lo mismo puede decirse de otra acusación semejante repetida contra los socialistas; la de que reniegan de la patria en nombre del internacionalismo. También esto es erróneo.

Las hazañas nacionales, por las cuales Italia ó Alemania en nuestro siglo reconquistaron la unidad é independencia fueron realmente un gran progreso, y una vez más estamos agradecidos á quien nos ha dado una patria libre. Mas la patria no puede ser por esto un obstáculo á los progresos ulteriores, que indudablemente radican

en la fraternidad de todos los pueblos, sin los odios de nacionalidad que, ó son verdaderamente un resto de barbarie ó son un barniz para disimular los intereses del capitalismo, que en cambio por su cuenta ha sabido practicar el más estrecho internacionalismo mundial.

Así como el superar la fase de las guerras comunales en Italia, para sentirse hermanos de una misma nación, ha sido un verdadero progreso moral y social, así lo será el superar la fase de las rivalidades «patrióticas» para sentirse todos hermanos de una misma humanidad.

Que á las clases que están en el poder, mientras ellas están unidas en una liga internacional (el banquero de Londres con el telégrafo domina el mercado de Pekin, de Nueva-York ó de Petersburgo) favorezca el mantener dividida la gran familia de los trabajadores de todo el mundo ó áun sólo de la vieja Europa, porque la división de los trabajadores hace posible el poder de los capitalistas; y que esta división se disimule y mantenga viva abusando del fondo primitivo y salvaje del odio contra «el extranjero;» todo esto se comprende y se explica claramente con la clave histórica de los intereses de clase; mas esto no quita para que el socialismo internacionalista no constituya, áun en este sentido, un innegable progreso moral y una fase inevitable de evolución humana.

Del mismo modo, por la misma ley sociológica, no sería exacto decir que el socialismo con la

propiedad colectiva vaya á suprimir toda y cualquier propiedad individual. Tengamos siempre presente que una fase subsiguiente de evolución no puede anular todo lo que fué realizado en las fases precedentes; pero en cambio, suprime sólo aquellas manifestaciones que no son vitales por estar en contradicción con las nuevas condiciones de existencia de la nueva fase.

Sustituída á la propiedad individual la propiedad social de la tierra y de los medios de producción, es evidente, por ejemplo, que la propiedad de los alimentos necesarios á cada individuo no podrá suprimirse, ni la del vestido y objetos de uso personal, que serán, pues, consumidos en ventaja exclusiva individual y familiar. Esta forma, pues, de propiedad individual subsistirá siempre, áun en el régimen colectivista, porque es inevitable y perfectamente compatible con la propiedad social de la tierra, de las minas, de las fábricas, de las casas, máquinas, instrumentos de trabajo y medios de transporte. Como la propiedad colectiva, por ejemplo, de las bibliotecas—que existe y funciona ante nuestra vista—no impide á los individuos el uso personal de libros raros ó costosos que de otro modo no podrían tener y en cambio aumenta inmensamente su utilidad, en comparación al mismo libro cerrado y sepultado en la biblioteca particular de un bibliófilo estéril; así la propiedad colectiva de la tierra y de los medios de producción al dar á todo individuo—que deberá vivir trabajando—el uso de

una máquina, un instrumento ó unas tierras, no hará sino centuplicar su utilidad.

Y no se diga, que cuando los hombres no tengan ya la *propiedad* exclusiva y acumulable y trasmisible de las riquezas, no serán movidos á trabajar por la falta del estímulo egoísta del interés personal ó familiar (1). Nosotros vemos, por ejemplo, que áun en el mundo individualista presente, aquellos restos de propiedad colectiva de la tierra—que tan estudiados fueron desde que Laveleye llamó sobre ellos tan brillantemente la atención de los sociólogos—se cultivan y dan un rédito no inferior á los campos de propiedad privada, aunque los comunistas de tales «participaciones» ó colectivistas agrarios no tengan más que el derecho de uso y de disfrute (2).

---

(1) RICHTER. *Dopo la vittoria del Socialismo.* Milán, 1892, pág. 177, en la linfática superficialidad de su crítica llega hasta suponer que el socialismo restaurará la pena del palo para quien trabaja sin gana.

(2) Una demostración, pues, de cómo en la sociedad basada en la propiedad colectiva, el egoísmo bien entendido sea aún el resorte principal de las acciones humanas, pero conduzca á una armonía social, cuyo peor enemigo en cambio es el régimen individualista, se encuentra, entre otros en LORIA, *Les bases economiques de la constitucion social.* París, 1894, parte I.

Puede darse un pequeño ejemplo pero instructivo. Los medios de transporte en las grandes ciudades han sufrido el corriente proceso de progresiva socialización. Al principio todos andaban á pie, excepto sólo los ricos, que podían pagarse carruaje y caballo; después se pusieron los carruajes á disposición del público mediante tarifa (los fiacres instituídos hace poco más de un siglo en París y

Y si algunos de estos restos de propiedad colectiva, menos lejanos de la corriente del individualismo mercantil, van desapareciendo y son mal administrados, esto no puede ser un argumento en contra del socialismo, porque se comprende que en la actual organización económica, que toda se basa en el individualismo absoluto, estos

---

que tomaron el nombre de *Saint Fiacre*, bajo cuya imagen paraba el primer carruaje), pero la tarifa todavía alta llevó á una socialización ulterior con los ómnibus y con los tranvías. Un paso más, es decir, que el servicio de carruajes, ómnibus, tranvías, etc., llegue á ser municipal, y que el que quiera pueda gratuitamente aprovecharse de él, como gratuitamente se aprovecha de la luz eléctrica y la socialización es completa. Y lo mismo el servicio ferroviario por parte de la nación entera.

¡Pero—he aquí la objeción individualista—entonces todos querrán ir en carruaje ó en tranvía, y queriendo que el servicio baste á todos, no servirá para ninguno!.....

No es cierto. Si esto sucediese de hoy á mañana, de improviso, se tendría este efecto y con todo siempre sería transitorio; pero ya la gratuidad ó casi del transporte existe parcialmente también ahora, por ejemplo para las comitivas en los ferrocarriles, para los carteros y ordenanzas de telégrafos en los tranvías, etc.

Además ahora parece que todos querrán andar en tranvía, porque ahora no pudiendo hacerse es el deseo del fruto prohibido, pero cuando tuviésemos libertad para ello (y siempre podía haber alguna indagación acerca de la necesidad del transporte) entraría en juego otro estímulo egoísta, es decir, la necesidad fisiológica de mover los pies, máxime para los bien alimentados y después de un trabajo sedentario.

Y he aquí cómo el egoísmo individual, en este pequeño ejemplo de propiedad colectiva, obraría en armonía con la coexistencia social.

organismos no encuentren en nuestro ambiente las condiciones posibles de existencia (1); sería como pretender que un pez viva fuera del agua ó un mamífero en una atmósfera falta de oxígeno.

Entre paréntesis, he aquí por qué son sencillamente fantásticas todas las famosas experiencias de colonias socialistas, comunistas ó anarquistas, que algunos intentaron implantar aquí ó allá, «como experimento preventivo del socialismo,» sin advertir que tales experimentos no pueden sino abortar necesariamente, teniendo que desarrollarse en un medio ambiente económico y moral individualista, que no puede consentir las condiciones de un desenvolvimiento fisiológico como tendrán, en cambio, cuando toda la organización social se oriente colectivamente, es decir, cuando la sociedad toda esté *socializada* (2).

Entonces también las tendencias y aptitudes psicológicas individuales se adaptarán al medio y lo perfeccionarán, ya que es natural que en un ambiente individualista, de libre concurrencia,

---

(1) He tratado de este problema, desde el punto de vista socialista, en mi discurso parlamentario de 13 de Marzo de 1894.—*Proprietá collectiva e lotta di classe* (*polémica con M. R. Imbriani*). Milán, 1894.

(2) Por esto no es válido el argumento repetido entre otros, por MASÈ DARI *Il Socialismo.* Turín 1890, de que los fallidos experimentos de colonias comunistas ó socialistas prueban en el hecho «la instabilidad de una constitución socialista.»



en que cada hombre ve en su hermano si no un adversario, en verdad, un concurrente, el egoismo antisocial debe ser la tendencia que necesariamente más se desarrolla, por necesidad del instinto de conservación personal, máxime en estas últimas fases de una civilización lanzada á todo vapor, en comparación del pacífico y lento individualismo de los pasados siglos.

Pero, en un ambiente, en que ante todo cada hombre, en cambio del trabajo manual ó intelectual dado á la sociedad, tenga seguro el pan cotidiano, del cuerpo y de la mente, y por tanto, se vea libre del ansia diaria de la propia existencia; es evidente, que el egoismo tendrá un número infinitamente menor de estímulos, de ocasiones y de manifestaciones en comparación al sentido de solidaridad, de simpatía, de altruismo y no será ya cierta la despiadada máxima, *homo homini lupus*, que confesada ó no, envenena tanta parte de nuestra vida presente.

No pudiendo detenerme más en este particular, concluyo el examen de esta segunda pretendida oposición entre socialismo y evolución, recordando cómo la ley sociológica—según la cual la fase subsiguiente no anula las manifestaciones vitales y fecundas de las fases precedentes de evolución—da una idea de la organización social, ya en vías de formación (como estaba previsto por el socialismo científico, mucho más positiva de lo que piensan nuestros adversarios, los cuales creen siempre tenérselas que haber con el

socialismo romántico y sentimental de la primera mitad de este siglo (1).

Por último, he aquí por qué no tiene ninguna consistencia la objeción fundamental que Vanni recientemente oponía al socialismo en nombre de un eclecticismo sociológico, erudito, pero inconcluyente, á pesar del ingenio y los estudios del eximio filósofo del derecho. «El socialismo

(1) Así en sustancia hace GUYOT, *Les principes de 89 et le socialisme*, París 1894, sosteniendo en nombre de una *psicología individualista*, la tesis de que «el socialismo es depresivo y el individualismo es espansivo,» tesis que es verdadera... cuando se invierte.

Un ejemplo entre tantos se da en la cuestión de las ocho horas, acerca de la cual es verdaderamente notable la monografía de ALBERTINI. *La questione delle otto ore di lavoro*. Turín 1894.

La psicología vulgar, repetida por GUYOT, (*La tirannie socialiste*, lib. 3.°, cap. I), se atiene á la primera apariencia y dice: Si un obrero trabaja doce horas producirá de cierto un tercio más que si trabaja ocho horas, y por esto el industrialismo capitalista ha resistido y resiste, en su interés supuesto, al programa de los tres ochos—ocho horas de trabajo, ocho de sueño y ocho para comer y recreo.

Una observación fisio-psicológica mas científica, demuestra, en cambio, como dije en otra ocasión, que «el hombre es una máquina pero no está hecho como máquina;» en el sentido de que el hombre es una máquina viviente y no una máquina inorgánica. Se comprende que una locomotora ó una máquina de coser, en doce horas haga un trabajo un tercio mayor del que hará en ocho horas. Mas, cada hombre es una máquina *viviente*, sometida á las leyes no sólo de la mecánica física, sino de la mecánica biológica, y por tanto, el trabajo intelectual como el trabajo muscular, no tienen una continuidad uniforme, y dentro de los límites individuales de *la fatiga* y

contemporáneo no se identifica con el individualismo, puesto que pone como base de la organización social un principio que no es de autonomía del individuo, sino su negación. Esto no obstante, si mantiene ideas individualistas, las cuales pugnan con ese principio, esto no implica que cambie de naturaleza ó deje de ser socialismo: *significa sólo que vive de contradicciones»* (1). Ahora

---

el agotamiento, sigue la ley que Quetelet expresaba con la sabida curva binomial que se asemeja, curiosa coincidencia, con la forma del sombrero del guardia civil, y que yo creo es una de las leyes fundamentales de la naturaleza viviente y no viviente: se comienza por poco y lentamente, se alcanza un máximo de fuerza y de velocidad, y se acaba también por poco y lentamente.

Ahora bien, en eltrabajo manual como en el intelectual, se da un máximo, después del cual las fuerzas musculares y cerebrales decaen y la acción se arrastra lenta y débil hasta el fin del forzado trabajo diario. Añádase á esto la benéfica influencia *sugestiva* de la disminución del horario, y se tendrá lo bastante para comprender cómo son irrefutables las recientes investigaciones de los industriales ingleses acerca de los inmejorables resultados, áun en beneficio del capitalista, que la reforma de las ocho horas ha producido en todas partes: los obreros se han fatigado menos, y el trabajo no ha sido menor. Es evidente, pues, que cuando esta reforma económica y otras que están de acuerdo con la fisio-psicología positiva se lleven á efecto en el régimen socialista, es decir sin el *desgaste* y pérdida de fuerzas producido por el individualismo capitalista, producirán inmensos beneficios materiales y morales, á pesar y contra las objeciones *à priori* del moderno individualismo, que no sabe ver ú olvida la profunda repercusión de un ambiente social diverso en la psicología de los hombres.

(1) Icilio Vanni, *La funzione pratica della filosofia*

bien; no es que el socialismo, admitiendo y áun ampliando y asegurando, con las condiciones de existencia cotidiana, la afirmación y el desenvolvimiento de cada individualidad humana caiga en una contradicción de principio; es por el contrario, que el socialismo, fase ulterior de la civilización humana, no puede suprimir ni anular lo que hay de vital, es decir, de compatible con la nueva forma social en las fases precedentes, así como tampoco el internacionalismo socialista está en contradicción con la existencia de la patria, porque admita el concepto en lo que tiene de verdadero, áun cuando eliminando la parte patológica del *chauvinisme*. Así el socialismo no vive de contradicciones, sino que sigue, por el contrario, las leyes fundamentales de la evolución natural, si conserva y desarrolla la parte vital del individualismo, suprimiendo las manifestaciones patológicas, por las cuales en el mundo moderno, como decía Prampolini, se da un organismo social en que el 90 por 100 de las células están condenadas á la anemia, sólo porque el 10 por 100 están enfermas de hiperemia y de la consiguiente hipertrofia.

---

*del diritto considerata in sè e in rapporto al socialismo contemporáneo*. Bolonia, 1894, prolusion, pág. 50.

## XII

## Evolución.—Revolución.—Revuelta.—Violencia personal. Socialismo y anarquia

La última y más grave contradicción que muchos creen hallar entre el socialismo y la teoría científica de la evolución, está en cómo el socialismo podrá prácticamente realizarse.

Por una parte se pretende por algunos que el socialismo deba explicar desde ahora, en todos sus más pequeños detalles, el cuadro preciso y simétrico de la positiva constitución social: «Dadme una descripción práctica de la nueva sociedad, y entonces me decidiré á preferirla á la presente.»

De otra parte, como consecuencia de este primer erróneo concepto artificialista, se cree que el socialismo pretende cambiar la faz del mundo de hoy á mañana, de modo que, por ejemplo, esta noche tuviéramos que irnos á dormir en pleno mundo burgués, para despertarnos al día siguiente en pleno mundo socialista.

Y entonces se dice, cómo no ver que todo esto choca irremediablemente con la ley de evolución, cuyas dos ideas fundamentales (que caracterizan precisamente la nueva orientación del pensa-

miento positivo moderno frente á la antigua metafísica) son la *naturalidad* y la *gradualidad* de todos los fenómenos, en cualquier orden de la vida universal, desde la astronomía á la sociología.

Es innegable que estas dos objeciones tenían mucha razón de ser contra lo que Engels llama el «socialismo utópico,» en comparación al «socialismo científico» (1).

Cuando el socialismo, antes de Carlos Marx, no era sino la expresión sentimental de un humanitarismo tan generoso cuan desprovisto de los más elementales principios del positivismo científico, se comprende perfectamente cómo sus partidarios y defensores cediesen fácilmente al ímpetu del corazón, ya en las protestas ribombantes contra las iniquidades sociales evidentes, ya en la contemplación sonambúlica de un mundo mejor á que la fantasía sobreexcitada trataba de dar lineamientos precisos, desde la *República* de Platón al *Looking-Backward* (El año 2000) de Bellamy.

Y se concibe aún mejor cómo estas construcciones apriorísticas tenían que prestar el flanco á críticas, en parte equivocadas—porque dependen siempre de hábitos mentales propios del ambiente moderno que se olvida, será dife-

(1) ENGELS, *Socialismo utopístico y socialismo scientifico*, trad. Martignetti. Milán, 1892, y PLECHANOW, *Socialismo e anarchismo* en la *Critica sociale*, 1.° Julio 1894.



rente en un ambiente diverso—pero en gran parte fundadas, porque la complejidad enorme de los fenómenos sociales hace imposible cualquier profecía de los particulares detalles de una vida social, que será profundamente mucho más distinta de la nuestra, que la vida presente lo es de la Edad Media ó antigua, por la razón de que *el mundo burgués que ha sucedido á los precedentes ha dejado la sociedad sobre los mismos ejes del individualismo; mientras en el mundo socialista se tendrá una polarización fundamentalmente distinta.*

Las construcciones anticipadas y proféticas de un nuevo orden social son, además, el resultado genuino del artificialismo político y social, de que están imbuídos también los individualistas más ortodoxos y jacobinos, los cuales creen siempre, como observa el mismo Spencer, que la sociedad humana es como una pasta á que el artículo *tot* de una ley cualquiera pueda dar una forma más bien que otra, prescindiendo de la calidad, tendencias y aptitudes orgánicas y psíquicas, étnicas é históricas de los diferentes pueblos.

De utópicas construcciones el socialismo sentimental ha dado muchos proyectos; pero más ha dado y da el mundo político moderno con el fárrago absurdo y caótico de sus leyes y de sus códigos, que (¡á propósito de la libertad!...) envuelven á todo hombre desde el nacimiento hasta la muerte, así antes de que nazca y áun después que ha muerto, en una red inextricable de códi-

gos, leyes, decretos y reglamentos, sofocándolo como el gusano de seda en su capullo.

Y cada día la experiencia demuestra que nuestros legisladores, imbuídos por este artificialismo político y social, no hacen sino copiar alternativamente las leyes de los pueblos más diversos, según que la moda viene de París, ó de Berlín, y agradan á su país; en vez de inducir de un modo positivo de las condiciones particulares y vivas de estos mismos países el criterio positivo para adaptar á ellos las leyes, las cuales por esto, como acontece cada día, son letra muerta, puesto que la realidad de las cosas no permite á éstas profundizar las raíces y regular y fecundar los puntos vitales (1).

En materia de construcciones sociales artificialistas podrían los socialistas repetir á los individualistas: «Quien esté libre de pecado arroje la primera piedra.»

Mas la respuesta cierta, irrefutable, es otra,

---

(1) Como ejemplo típico, puedo citar el nuevo Código penal italiano, en el cual, como dije antes que se aplicara, si se analiza no se encuentra disposición alguna que demuestre se ha hecho realmente para adaptarse á las condiciones de Italia, sino que podría ser un Código lo mismo para Grecia que para Noruega, con la misma aberración del sistema celular copiado de los países del Norte, cuando ya éstos han experimentado todo el costoso absurdo de una máquina hecha para poner estúpida la gente. Y la experiencia nos ha dado razón de sobra, como tuvo que reconocer también la Comisión de Estadística judicial en Junio del corriente. V. FERRI. *La bancarrotta del nuevo codice penale*, en la *Scuola positiva*, 1894, núm. 9.

y es, que el socialismo científico representa una fase mucho más adelantada de las ideas socialistas, precisamente de acuerdo con la ciencia positiva moderna, y ha abandonado por completo la idea fantástica de profetizar hoy lo que será la sociedad humana en el nuevo orden colectivista.

Lo que el socialismo científico puede afirmar y afirma, con seguridad matemática, es *que la* dirección, la trayectoria de la evolución humana está en el sentido general indicado y previsto por el socialismo, es decir, en el sentido de una continua progresiva preponderancia de los intereses y de la utilidad de la especie sobre los intereses y utilidad del individuo, y por tanto en sentido de una continua *socialización* de la vida económica, y por ésta de la vida jurídica, moral y política que de ella dependen.

En cuanto á las pequeñas particularidades del nuevo edificio, no podemos preverlas, precisamente porque este nuevo edificio social será y es un producto *natural* y *espontáneo* de la evolución humana, ya en vías de formación, cuyas líneas generales están embrionalmente esbozadas, pero no es la construcción inmediata y artificial elegida según teoría por un utopista ó por un metafísico. Así sucede, además de en las ciencias sociales, también en las ciencias naturales.

Si dais á un biólogo para que observe un embrión humano que tenga sólo pocos días ó pocas semanas de desarrollo, él no sabrá decir—por la sabida ley Haeckeliana de que el desarrollo de

todo embrión *individual* reproduce abreviadamente las distintas formas de desarrollo de las *especies* animales que la han precedido en la serie zoológica—no sabrá decir si será macho ó hembra, ni mucho menos podrá prever si será un individuo robusto ó débil, sanguíneo ó nervioso, inteligente ó no; sólo sabrá decir en líneas generales la evolución futura de este individuo, dejando al tiempo precisar, natural y espontáneamente, según las condiciones orgánicas hereditarias y las condiciones del ambiente en que viva, las variadísimas particularidades de su personalidad.

Así puede y debe responder el socialista, como dijo precisamente Bebel en el *Reichstag* alemán (1), contestando en un elocuente discurso á los que querían saber desde ahora de los socialistas cuál sería en sus detalles el Estado futuro, y que, aprovechándose hábilmente de la ingenuidad de los noveladores socialistas, critican sus anticipadas fantasías artificiosas, verdaderas en las líneas generales, pero muy arbitrarias en los detalles.

Lo mismo hubiera sucedido si antes de la Revolución Francesa—que determinó el florecimiento del mundo burgués, preparado y madurado en

(1) BEBEL. *Zukunftstaat und Socialdemocratie*, en la sesión de 3 de Febrero de 1893, publicado en italiano por la Liga socialista milanesa en Milán, 1893, con el título *Alla conquista del potere*.



la evolución precedente—las clases aristocrática y clerical, entonces en el poder, hubiesen dicho á los representantes del Tercer Estado—burgueses de nacimiento, aristócratas ó sacerdotes que abrazaron la causa de la burguesía contra los privilegios de su clase, como el Marqués de Mirabeau y el abate Sieyés, hubiese dicho: «Pero ¿cuál será vuestro nuevo mundo? Presentadnos antes vuestro plan preciso y después decidiremos.» Entonces el Tercer Estado, la burguesía, no habría sabido responder, porque no habría podido prever las condiciones de la sociedad humana en el siglo XIX; y sin embargo, esto no ha impedido para que la revolución burguesa se efectuara, porque representaba la fase ulterior, natural é inevitable de una evolución eterna, como ahora el socialismo representa en relación al mundo burgués. Y si este mundo burgués, nacido ha poco más de un siglo, tendrá un ciclo histórico mucho más breve que el mundo feudal (aristocrático-clerical), será sólo porque los maravillosos progresos científicos del siglo XIX, habiendo centuplicado la velocidad de la vida en el tiempo y en el espacio, hacen que ahora la humanidad civilizada recorra en diez años el mismo camino que lentamente recorría en uno ó dos siglos de la Edad Media.

La velocidad continuamente acelerada de la evolución humana, precisamente es otra ley fundada y confirmada por la ciencia social positiva.

De las construcciones artificiosas del socia-

lismo sentimental, se ha derivado y se ha arraigado la impresión—exacta con relación á éstas—de que el *socialismo* sea sinónimo de *tiranía*. Naturalmente; si se concibe el nuevo orden social, no como la forma espontánea de la ingénita evolución humana, sino antes bien como la construcción artificial que surge toda de un golpe del cerebro de un arquitecto social, es imposible que éste se sustraiga á la necesidad de regular el nuevo engranaje con una infinidad de reglamentaciones y con el poder supremo de una inteligencia directora individual ó colèctiva. Y se comprende entonces como tal organización socialista deje en los adversarios—que en el mundo individualista ven de la libertad sólo las ventajas y olvidan las llagas que libremente gangrena—la impresión de un convento, de un regimiento y cosas semejantes (1).

También el *socialismo de Estado*, otro producto artificial contemporáneo ha venido á reforzar esta impresión que fundamentalmente es la misma del socialismo sentimental y utópico, y que, como decía Liebknecht en el Congreso socialista de Berlín, sólo sería «un capitalismo de Estado que añadiría á la explotación económica la escla-

---

(1) También este socialismo artificioso es el que HERIBERTO SPENCER tiene presente en su opúsculo, por lo demás falto de toda genial novedad, *Dalla libertad alla schiavitú* incluído también en su reciente obra *Problemes de moral et sociologie*, París 1894.



vitud política.» El llamado Socialismo de Estado puede documentar el poder irresistible de sugestión que tiene el socialismo científico y democrático, como demuestran los famosos *rescriptos* del Emperador Guillermo, convocando á una conferencia internacional para resolver—propio de la idea infantil del Decreto—los problemas del trabajo, ó también la famosa encíclica *De conditione opificum* del habilísimo papa León XIII, que da un golpe en el clavo y ciento en la herradura. Pero rescriptos imperiales y encíclicas papales—puesto que las fases de la evolución social ni se suprimen ni se saltan—no pueden menos de abortar en pleno mundo burgués, individualista y liberal, al cual no desagradaría ahogar el vigorosísimo socialismo contemporáneo en el abrazo amoroso del artificialismo oficial y del Socialismo del Estado, desde que se ha advertido en Alemania y en otras partes que no bastan para esto ni leyes, ni represiones excepcionales (1).

Todo este arsenal de reglamentos y superintendencias no tiene en cambio nada que ver con el socialismo científico, el cual prevee claramen-

---

(1) Contra el *socialismo de Estado* sustancialmente se dirigen la mayor parte de las objeciones individualistas y anárquicas de Spencer *L'individu et l'Etat,* París 1885.

A este propósito es de notar la polémica entre Spencer y Laveleye *L'etat et l'individu ou Darwinisme social et Cristianisme* trad. de la *Contemporany Review* en la *Revue Internationale,* Florencia 1885.

te que la dirección del nuevo orden social, necesaria para la administración de la propiedad colectiva, no será nada más embrollada de lo que ahora es necesaria para la administración del Estado, de las provincias y de los Municipios, y en cambio corresponderá mucho mejor á la utilidad social é individual por ser un producto natural—no parasitario—del nuevo organismo social; así como el sistema nervioso de un mamífero, aparato regulador de su organismo, es más complicado que en el organismo de un pez ó de un molusco, pero sin ninguna tiránica sofocación de la autonomía de los otros órganos y aparatos, incluso las células, en su confederación viviente.

Queda, pues, entendido, que si se quiere refutar seriamente el socialismo, es preciso no repetir las habituales objeciones que se refieren al socialismo artificioso y sentimental, el cual no niego pueda aún continuar en la masa nebulosa de las ideas populares; pero que cada día va perdiendo terreno entre los partidarios conscientes del socialismo científico—de origen popular, burgués ó aristocrático—que armado por el impulso genial de Carlos Marx de todas las inducciones más positivas de la ciencia moderna supera triunfante las viejas objeciones, repetidas todavía sólo por el hábito mental de nuestros adversarios, pero que desaparece al presente de la conciencia contemporánea juntamente con el mismo socialismo utópico que las había determinado.

La misma respuesta vale para la segunda par-

te de la objeción relativa al modo como se realizará el advenimiento del socialismo.

Consecuencia lógica é inevitable del socialismo utópico y artificioso es el pensar que la construcción arquitectónica propuesta por éste ó aquél reformador, deba y pueda implantarse de un día á otro, por decreto del rey ó del pueblo. Y en este sentido, la ilusión utópica del socialismo empírico está verdaderamente en contradicción con la ley positiva de la evolución y es errónea; y como tal precisamente yo la combatí en mi libro *Socialismo y criminalidad*, porque entonces (1883) en Italia aún no se habían divulgado las ideas del socialismo científico ó marxista.

También un partido político ó una teoría científica son productos naturales que tienen que pasar por las fases vitales de la infancia y de la juventud antes de llegar al completo desarrollo. Era por tanto inevitable que antes de ser científico y positivo, también el socialismo en Italia como en otros países, pasase por la fase infantil ya del esclusivismo corporativo (de sólo trabajadores manuales) ya del romanticismo nebuloso, el cual dando á la palabra revolución un significado estrecho é incompleto, siempre se ha mecido en la ilusión de que un organismo social pueda cambiarse radicalmente de hoy á mañana con cuatro fusilamientos, así como un régimen monárquico puede cambiarse en régimen republicano.

Pero cambiar la costra política de un orden social es inmensamente más fácil—por ser menos

concluyente é influir menos en el fondo económico de la vida social—que cambiar la distinta orientación de esta vida social en su constitución económica.

Los procesos de transformación social, como además con distintas palabras los de toda transformación en los seres vivos, son: la evolución, la revolución, la revuelta y la violencia personal.

Una especie mineral, vegetal ó animal puede sufrir en el ciclo de su existencia los mismos cuatro procesos de transformación. Hasta que el núcleo primero de cristalización, el germen ó el embrión aumenta gradualmente de estructura y de volumen, tenemos un proceso gradual y continuo de *evolución*, á que debe en uno y otro caso suceder un proceso de *revolución*, más ó menos prolongado, representado, por ejemplo, por la separación del cristal entero de la masa mineral circundante ó por ciertas fases revolucionarias de la vida vegetal ó animal, como por ejemplo, el momento de la reproducción sexual, etc.; y puede darse algún momento de *revuelta*, es decir, de violencia individual asociada, como con bastante frecuencia se verifica entre las especies animales que viven en sociedad; y puede darse también la *violencia personal* aislada, como en las luchas por la conquista del alimento y de la hembra entre animales de la misma especie.

En el mundo humano se repiten los mismos procesos, entendiendo por *evolución* la transfor-

mación diaria, casi inadvertida pero continua é inevitable; por *revolución* el período crítico resolutivo más ó menos prolongado de una evolución llegada al extremo; por *revuelta* la violencia parcialmente colectiva que estalla por la provocación de ésta ó aquella circunstancia particular, en un dado lugar y en un dado momento; y por *violencia personal* el atentado de un individuo contra un individuo ú otros individuos, y que puede ser el efecto de un ímpetu de pasión fanática ó la explosión de instintos criminosos ó la manifestación de desequilibrio mental disfrazado con las ideas más en boga en un dado momento político ó religioso.

Ahora bien; la primer observación que hay que hacer es, que mientras la evolución y la revolución pertenecen á la fisiología social, la revuelta y la violencia personal en cambio son síntomas de patología social.

Cierto, todos son procesos naturales y espontáneos, puesto que, según el concepto de Virchow, renovador en gran parte de la biología moderna, la patología no es sino la continuación de la fisiología—pero también los síntomas patológicos tienen y deben tener un gran valor diagnóstico para las clases que ocupan el poder, las cuales, no obstante, en toda época histórica, así en los momentos de crisis política como en los de crisis social, no saben, en cambio, escoger otro remedio que la represión personal, guillotinando ó encarcelando, é imaginándose con esto haber

curado la enfermedad orgánica y constitucional que agita el cuerpo social (1).

Mas de todos modos, es incontestable que los procesos normales, y por esto los más fecundos y más seguros, áun cuando en apariencia más lentos y menos eficaces, de transformación social, son la evolución y la revolución, entendida ésta en el sentido exacto y positivo, de última fase de una evolución precedente, y no haciéndola sinónimo de revuelta tumultuosa y violenta como común y erróneamente se piensa (2). De *hecho*, es evidente que la Europa y la América al fin del siglo XIX están ya en un período de revolución, preparada por la precedente evolución fecundada por el mismo orden burgués y proseguida por el socialismo primero utópico y después científico, por lo cual no sólo estamos ahora en aquel período crítico de la vida social que Bagehot llama «la edad de la discusión» (3)

---

(1) Mientras corrijo estas pruebas, Crispi propone «leyes excepcionales de seguridad pública» que á pretexto de los atentados anárquicos tratan de herir y sofocar, en su lugar, el socialismo. Las leyes represivas, no obstante, pueden suprimir los hombres, pero no la idea; ejemplo elocuente, la impotencia de las leyes excepcionales contra el socialismo en Alemania. Fácil es aumentar las penas y suprimir las libertades públicas... pero el remedio no está ahí. Por esto precisamente, el socialismo hará su camino.

(2) Véase para la distinción científica entre revolución y revuelta el *Delitto politico* de LOMBROSO E LASCHI. Turín, 1890; y la monografía de ELISEO RECLUS, *Evoluzione e Rivoluzione*, traducción. Livorno, 1893.

(3) BAGEHOT. *Lois scientifiques du developpement des nations*, trad. franc. París, 1884, libro IV.

sino que se advierte ya lo que Zola en su maravilloso *Germinal*, llamó el chasquido del ensamblaje político-social, por todos aquellos síntomas que casi con las mismas palabras Taine describe en el *Antiguo Régimen*, narrando el veintenio precedente á 1789; sintomas, por los cuales, verificándose aquí y allá, por las quebrajas del terreno social, fugas parciales de vapores y gases volcánicos, se tiene noticia de que toda la costra terrestre está sometida á la presión de una interna revolución, contra la cual nada valdrán los temperamentos represivos hechos en esta ó aquella hendidura, mientras podían ser eficacísimas y fecundas en bien sólo aquellas sabias leyes de reforma y prevención social, que áun ayudando al presente, hiciesen menos doloroso, como decía Marx «el parto de la nueva sociedad.»

He aquí por qué evolución y revolución, entendidas en este sentido positivo, se muestran como los procesos más fecundos y más seguros de metamorfosis social. Precisamente porque la sociedad humana es un organismo natural y vivo, como cualquier otro, precisamente por esto no puede sufrir transformaciones inmediatas é improvisadas, como se imaginan aquellos que sostienen se debe recurrir sólo, ó de preferencia, á la revuelta y á la violencia personal para la instauración del nuevo orden social. Sería como pretender que un niño ó un joven pudiesen en un día efectuar una tal evolución biológica, aun pues en el período revolucionario de la pubertad, y

que inmediatamente se transformase en un adulto (1).

Se comprende muy bien que el falto de tra-

---

(1) Sin embargo, la carencia de nociones aún elementales acerca de las ciencias naturales de la geología y de la biología individual ó colectiva, hace que muchos ciudadanos, movidos por un ingenio natural, pero no disciplinado positivamente, sigan de más buena gana lo vago de los ideales anárquicos, aunque rechazando los medios violentos de propaganda.

Siempre recordaré como típico ejemplo un inteligente y afable tipógrafo de Florencia, que después de oir una conferencia mía acerca del socialismo marxista, me confesó que no se orientaba ya bien con sus ideas anárquicas, mientras que antes se había detenido confiado en este programa, que «de la monarquía se pasa á la anarquía.»

No podía ser cosa más sencilla ni más precisa. Y desgraciadamente esta es la consistencia intelectual de muchos que se llaman anarquistas, sólo porque las primeras ideas de crítica social las recibieron de algún ungidillo que cree predicar la anarquía sólo porque quiere suprimir «la medalla del diputado,» y gargariza con el fácil doble sentido de la palabra «revolución.»

He aquí por qué, en mi opinión, un estudio más abundante de las ciencias naturales en las escuelas elementales y áun secundarias, en vez del clasicismo inoculado con el latín y el griego, que no da ni templa en los jóvenes el sentido de la vida, y en cambio lo esteriliza en la contemplación arqueológica de las togas y las haces de los lítores, podría ser el antídoto más eficaz, bastante más que la póstuma represión contra el romanticismo político individualista del «puñal de Bruto» ó de la «sabiduría de Tito.»

Pero igualmente también en la instrucción pública del mundo burgués reina completa anarquía de criterios, y da nueva confirmación á mi observación, de que cuando la anarquía desciende de lo alto, el sentimiento anárquico surge de abajo.

bajo, bajo los espasmos del hambre, ó en el agotamiento cerebral de la denutrición, ó en los ensueños de la ignorancia, pueda imaginarse que dando un puñetazo á un guardia de seguridad pública, ó arrojando una bomba, ó haciendo una barricada, ó una sublevación, pueda acercarse á la realización de un ideal de menor iniquidad social. Y áun fuera de este caso, se concibe que la fuerza impulsiva del sentimiento, prevaleciendo en ciertos hombres, pueda impulsarlos por generosa impaciencia á *cualquier atentado*, áun real y no imaginario, como los que siempre la policía de todos los tiempos y de todos los *países* han presentado á la represión de los tribunales, para secundar la exaltación ó el terror blanco de quien siente huir el poder político ó económico de las manos.

Pero la táctica del socialismo científico, especialmente en Alemania, por influencia más directa del marxismo, ha abandonado por completo estos antiguos métodos del romanticismo revolucionario, que repetidos tantas veces siempre han abortado, y por esto, en sustancia se temen menos por las clases dominantes, porque son leves sacudidas localizadas contra una fortaleza que aún tiene consistencia más que suficiente para salir de nuevo victoriosa y asegurar con la victoria del momento el retraso en la evolución, mediante la selección eliminativa de los adversarios más audaces y más fuertes.

El socialismo marxista es revolucionario en

el sentido científico de esta palabra, y se desenvuelve ahora en plena revolución social, pues nadie negará que el fin del siglo XIX no marca la fase crítica de la evolución burguesa lanzada á todo vapor, más en otras partes que en Italia, por la vía del capitalismo individualista.

Y el socialismo marxista tiene la franqueza de decir, por boca de sus representantes más cultos á la gran falanje dolorosa del proletariado moderno, que él no tiene la vara mágica para cambiar *de hoy á mañana* el mundo, como se *cambian las* escenas en el teatro al alzarse el *telón;* mas antes dice con el fatídico grito de llamada que Marx lanzaba al mundo de los trabajadores: ¡Proletarios de todos los países, uníos! Dice que la revolución social no puede alcanzar su término si antes no se madura en la conciencia de los mismos trabajadores con la clara visión de sus intereses de clase y de su fuerza cruel cuando estén unidos, más bien que creer poder despertarse de un día á otro en pleno régimen socialista, sólo porque permaneciendo inertes y divididos los 364 días del año, se les metiese en la cabeza el día 365 abandonarse á cualquier revuelta ó violencia personal.

Esta es la psicología que yo llamo «del premio de lotería,» según la cual, precisamente los trabajadores y todos los afectados por la miseria sueñan poder—sin hacer nada para constituirse en partido de clase—un buen día ganar el premio de lotería de la revolución social, así como se

dice que á los hebreos cayó el maná del cielo (1).

El socialismo científico, revela pues, cómo el poder de transformación va disminuyéndose de uno á otro procedimiento á medida que de la evolución se pasa á la revolución, de ésta á la revuelta, y de ésta á la violencia personal. Precisamente porque se trata de una transformación de la sociedad entera en su base económica y de aquí en sus órdenes jurídico, político y moral, por esto justamente el proceso de transformación es tanto más eficaz y adaptado, cuanto es más *social* y menos *individual*.

Los partidos individualistas son personales áun en la lucha diaria, el socialismo en cambio es colectivista áun en ésta, porque sabe que la organización actual no depende de éste ó aquél individuo, sino de la sociedad entera. Y he aquí, porqué, en el extremo opuesto, áun cuando generosa, necesariamente personal ó parcial, la beneficencia no puede ser un remedio de la cuestión social, y por tanto, colectiva, de la distribución de la riqueza. Se concibe cómo en la cuestión política, que deja intacta la base económica social, el destierro de Napoleón III ó del empe-

(1) Así, por ejemplo, el episodio inicial de las protestas tumultuosas de los poseedores de libretas de la Caja de Ahorros, incluso la figura de Inés Economiquita tan humorísticamente ridiculizada por los socialistas alemanes; conque RICHTER, comienza su cuento antisocialista, es absolutamente infundado, porque supone que el régimen socialista se ha sustituído al actual, de un golpe, como por un juego de cubiletes.

rador don Pedro, pueda instaurar una república; pero esta transformación superficial no tocará al fondo de la vida social y el Imperio alemán ó la Monarquía italiana, socialmente son burgueses como la República Francesa ó la de Norte-América, porque á pesar de las diferencias de barniz político, pertenecen á la misma fase económico-social.

He aquí por qué los procesos de evolución y revolución, los únicos completamente sociales y colectivos, son los más eficaces; mientras la *revuelta parcial* y tanto más la violencia *individual*, no tienen en sí mismas sino una remotísima energía de transformación social, y en cambio implican tanta parte antisocial y antihumana, despertando los primitivos instintos de sangre y fratricidio y juntamente con la persona del herido ofenden el principio mismo por el cual se creen animados; el principio del respeto á la vida y solidaridad humana.

Poco importa hipnotizarse con las frases de la «propaganda por el hecho,» y de la «acción inmediata;» como se sabe, los anarquistas, que son individualistas ó «amorfistas» ó «libertadores» admiten, como medio ordinario de transformación social la ***violencia personal***, que va del homicidio al hurto ó *estampage* áun entre compañeros; y entonces no es evidentemente sino un barniz político dado á instintos criminales, de no confundirse enteramente con el fanatismo político, que es un fenómeno muy diferente y común



á los partidos extremos y románticos de todos los tiempos. Y sólo el examen positivo de cada caso personal puede propiamente, con el auxilio de la antropología y psicología, decidir si el autor de ésta ó aquella violencia personal, es un delincuente nato, un delincuente loco ó un delincuente por pasión ó fanatismo político.

De hecho, yo siempre he sostenido y sostengo que «el delincuente político,» del cual algunos quisieran hacer una clase especial, no constituye por sí una variedad antropológica, mas puede en cambio pertenecer á cada una de las categorías antropológicas de delincuentes comunes y especialmente á una de estas tres: delincuente nato por tendencia congénita, delincuente loco, ó delincuente por ímpetu de pasión fanática.

La historia del pasado y de estos mismos días ofrece de ello evidentes ejemplos. Como en la Edad Media, las creencias religiosas preocupaban la conciencia universal, y por esto coloreaban los excesos criminosos y locos de muchos desequilibrados, ó también determinaban realmente casos de «santidad» más ó menos histérica; así, á fines de nuestro siglo, preocupando las cuestiones político-sociales, y con tanta mayor vehemencia la conciencia universal, cuanto que se exalta por el mayor contagio universal producido por el periodismo, con su gran reclamo, son ellas las que colorean los excesos criminosos y locos de muchos desequilibrados ó determinan también casos de fanatismo en hom-

bres verdaderamente honrados, pero hiperestésicos.

Y las cuestiones político-sociales en la forma extrema que revisten en cada momento histórico, son las que naturalmente tienen más interna energía sugestiva. En Italia hace sesenta años era el *mazzinismo* ó el *carbonarismo*, hace veinte lo era el *socialismo* y ahora lo es el *anarquismo*.

Y se concibe por esto, cómo en todo tiempo haya habido *violencias personales*, según el color del tiempo..... Felix Orsini, por ejemplo, entre los mártires de la revolución italiana.

Ahora, prescindiendo de los juicios inevitablemente erróneos dictados por la emoción momentánea, en todo caso de violencia personal la decisión no puede ser sino el fruto de un examen fisio-psíquico de su autor, como en cualquier otro delito.

Felix Orsini fué un delincuente político por ímpetu de *pasión*. Entre los anarquistas dinamiteros ó asesinos de nuestros días, puede haber, tanto el delincuente nato, que colorea sólo su ingénita carencia de sentido moral ó social con el barniz político, cuanto el delincuente loco ó matoide, que encubre su desequilibrio mental con las ideas políticas del momento; y puede haber también el delincuente por pasión política, verdaderamente convencido y bastante normal, en que el acto violento se determina sólo por el falso concepto (que el socialismo combate) de una po-



sible transformación social mediante una violencia *individual* (1).

De cualquier modo que sea, trátese del delincuente nato ó loco, ó también del delincuente político por ímpetu de pasión, no es menos cierto que la violencia personal, adoptada por los anarquistas, al mismo tiempo que es el producto *lógico* del individualismo llevado al extremo, y por tanto el producto natural de la actual organización económica llegada al extremo—con el relativo «delirio del hambre» aguda ó crónica—es en cambio el medio menos eficaz y más antihumano de transformación social (2).

---

(1) Véase á este propósito HAMON. *Les hommes et les theories de l'anarchie*. París, 1893.- LOMBROSO. *Ultime scoperte ed applicazioni dell'antropologia criminale*. Turín, 1893.

(2) Mientras corrijo las pruebas de este libro apenas se ha desvanecido la emoción producida por el atentado inofensivo contra Crispi, acaecido en Roma el 16 de Junio, y la mucho más grave producida por el asesinato del Presidente de la República francesa Sadi Carnot el 24 de Junio.

Como documento, reproduzco aquí la declaración publicada por una sección del partido socialista de los trabajadores italianos en el *Secolo* del 27-28 de Junio, y repartida en Milán por miles de hojas, acerca de la cual, sin embargo, los periódicos conservadores ó progresistas han guardado un silencio poco leal, esperando que de este modo continúe la confusión entre el socialismo y la anarquía.

He aquí la declaración:

«Partido Socialista Trabajadores Italianos.—¡Abajo los asesinos!

»La humanidad de nuestro tiempo siente que la vida

Pero además de los anarquistas individualistas, amorfistas ó autonomistas, hay los anarquistas comunistas, los cuales rechazan la violencia personal como medio ordinario de transformación social, y Merlino, entre otros, lo declaró recientemente en su opúsculo *Necesidad y base de un acuerdo,* Prato 1892; mas sin embargo, también estos anarquistas communistas disienten del socialismo marxista, no sólo por *el ideal* último,

---

es *sagrada, y no tolera* las brutales violaciones de este gran principio que moralmente es el alma del socialismo.»

C. PRAMPOLINI.

«Quien lucha por el derecho á la vida mediante el trabajo, reprueba todo atentado á la vida humana, desde la explotación burguesa en los talleres á las bombas y puñales de revolucionarios inconscientes.»

«El *Partido Socialista de los Trabajadores,* que tiene este principio por bandera, que todo espera de la organización consciente de las fuerzas trabajadoras, execra el delito, ahora consumado en la persona del Presidente de la República Francesa, como un acto brutal; como la negación de todo principio de lógica revolucionaria.»

«Es menester infundir en el proletariado la conciencia de los propios derechos, darle el esqueleto de la *organización* y ejercitarlo para *funcionar* como organismo nuevo; es preciso conquistar con los medios de la moderna civilización los poderes públicos.

»Rebelarse inconsideradamente; herir al acaso con una bomba los espectadores de un teatro; matar una persona es de bárbaros y de inconscientes. *El Partido Socialista* ve en estos actos la manifestación violenta de sentimientos burgueses.

»Nosotros somos contrarios á todas las violencias: la explotación burguesa, la guillotina, el fusilamiento y los atentados anarquistas.—*¡Viva el Socialismo!*»

sino también y sobre todo por el *método* de transformación social desde el momento en que combatiendo como «legalitarios» y «parlamentaristas» á los socialistas marxistas, sostienen que la forma más eficaz y más segura de transformación social es la *revuelta*.

Podrán con estas afirmaciones, que responden en todo mejor á la nebulosidad de los sentimientos y de las ideas de mucha gran parte de los tra-

---

El socialismo, pues, está de acuerdo en rechazar estas formas estériles y repugnantes de violencia personal.

Muerto Carnot—calmada la primera emoción, que aún puede repetirse en represalias violentas contra italianos inocentes, precisamente por la reaparición de estos instintos atávicos que hace fermentar estos atentados—la República francesa ya ha reelegido otro Presidente, y continuará por el mismo camino, como Rusia después de la muerte de Alejandro II.

Pero á más de este aspecto de la cuestión, hay otro que conservadores, progresistas y radicales olvidan ciertamente por completo.

En los mismos días de los atentados ya recordados, acaecieron dos explosiones de gas en las minas de Karwin (Austria) y de Cardiff (Inglaterra): en la primera *murieron 257 mineros*, en la segunda *murieron 210!!*

Sin embargo, áun cuando la muerte de un hombre honrado como Carnot pueda ser muy desagradable, ni siquiera es comparable la suma de dolores humanos y de miseria y de males con que fueron azotadas aquellas 467 familias de obreros, igualmente inocentes.—No obstante, el interés de clase, áun inconscientemente, llena de lamentos, de protestas, de demostraciones los periódicos burgueses (conservadores, progresistas, radicales,) de todo el mundo, y los telegramas corteses del rey de Italia se confunden con los vuelos oratorios de mi personal amigo Cavallotti; mas ese mismo interés de clase, áun cuan-

bajadores y á la impaciencia de su miserable condición, recabar un inconsciente momentáneo asentimiento, pero su acción no puede ser sino transitoria como espuma en el agua, así como el estallido de una bomba puede producir alguna emoción momentánea, pero no hace adelantar ni un milímetro la evolución de la conciencia hacia el socialismo, mientras, por lo contrario, deter-

---

do sea *inconscientemente*, cubre con el olvido más completo *los mártires del* trabajo en las minas de Karwinn, de *Cardiff* y de otras cien.

Se dirá, es verdad, que la muerte de Carnot fué obra *voluntaria* de un fanático, mientras que de la muerte de los 467 mineros nadie tiene la culpa. Y la diferencia realmente es esa; pero con esto sin embargo, que la muerte de los 467 mineros *directamente* no es la obra voluntaria de ninguno, pero *indirectamente* es el efecto del capitalismo individual que, por aumentar la renta, economiza los gastos del instrumental técnico en las minas, no disminuye las horas de trabajo, no toma todas las precauciones *preventivas* indicadas por la ciencia, y áun impuestas por ciertas leyes, que no obstante quedan sin aplicación, porque la justicia de todo país es tan reacia para los intereses de la clase dominante, cuan severa contra los de la clase trabajadora.

Si por el contrario las minas fuesen propiedad colectiva, es verdad que la propiedad sería menos egoistamente avara en tomar todas las precauciones técnicas y preventivas (por ejemplo, el alumbrado eléctrico) que disminuiría inmensamente esas catástrofes horrendas; las cuales mientras aumenta la turba anónima de los mártires del trabajo, no perturban la digestión de los *accionistas* de la sociedad propietaria de la mina.

Así marcha el mundo en el régimen individualista; pero así no marchará, ni contra Carnot, ni contra los mineros de Karwin en el régimen socialista.

mina una reacción del sentimiento, en gran parte sincera, mas también hábilmente fomentada y explotada como pretexto de represión.

Decir á los trabajadores que sin preparación no sólo de los medios materiales y sobre todo de solidaridad y de conciencia moral deben sublevarse contra las clases que están en el poder, es hacer más bien el juego de estas clases dominantes, porque ellas tienen la seguridad de la victoria material cuando aún la evolución no está en sazón y la revolución no está pronta (1).

He aquí por qué, á pesar de todas las mentiras interesadas, se ha visto en los disturbios recientes de Sicilia que donde el socialismo estaba más adelantado y consciente no ha habido violencias personales ni revueltas, como entre los campesinos de *Piana dei Greci*, educados en el socialismo consciente por Nicolás Barbato; mientras que tales movimientos convulsivos han tenido lugar fuera de la propaganda socialista como revuelta contra los vejámenes y chanchullos municipales ó donde la propaganda socialista menos consciente fué dominada por los impulsos del hambre y de la miseria (2).

La historia demuestra que los países en que las revueltas fueron más frecuentes, el progreso social está menos adelantado; precisamen-

(1) Véase en este sentido *L'anarchisme* por RIENZI, Bruselas, 1893 y DEVILLE *L'anarchismo*, trad. Milán 1894.

(2) A. ROSSI. *L'agitazione in Sicilia*. Milán 1894. COLAJANI. *In Sicilia*, Roma 1894.

te porque las energías populares se agotaron y destruyeron en estos excesos febriles y convulsivos y alternándose con los períodos de desaliento y desconfianza—á que responde la teoría budista de la *abstensión del voto*... tan cómoda á todos los partidos conservadores—no representan ninguna continuidad de acción consciente, en apariencia más lenta y menos eficaz, pero en realidad la única que sabe efectuar lo que parecen los milagros de la historia.

Y he aquí por qué el socialismo marxista, en *todos los* países al presente, ha proclamado que el principal medio de transformación social debe ser *la conquista de los poderes públicos* (en la administración local y en los Parlamentos) como uno de los efectos de la organización consciente de los trabajadores en un sólo partido de clase; mientras que á medida que esta organización se haga más intensa y más extensa, muy otros serán los efectos verdaderamente revolucionarios en el sentido positivo ahora indicado. Tanto progresará en los países civilizados la organización política de los trabajadores, otro tanto se verán realizarse por evolución fatal, la organización socialista de la sociedad, primero con las concesiones parciales, pero siempre más extensas de la clase capitalista á la clase trabajadora (ejemplo elocuente la ley de las 8 horas), después la transformación integral de la propiedad individual en propiedad social.

Que esta transformación integral, mientras

se prepara ahora por evolución gradual, se aproxime al momento crítico y resolutivo de la revolución social pueda verificarse con ó sin el concurso de los demás medios de transformación—revuelta y violencia personal—es lo que nadie puede profetizar.

Nuestra sincera esperanza es, que la revolución social se verifique, cuando la evolución se haya madurado pacíficamente, como tantas otras revoluciones pacíficamente se efectuaron sin derramar una gota de sangre, como la revolución inglesa que precedió un siglo con el *Bill of Rights* á la revolución francesa, como la revolución italiana llevada á cabo en Toscana en 1859, como la revolución brasileña con el destierro del emperador D. Pedro se ejecutó en 1892.

Y en verdad, que la cultura más difundida entre el pueblo y su organización consciente en partido de clase, bajo la bandera del socialismo, no hacen más que aumentar la probabilidad de este vaticinio nuestro, y por tanto vienen á atenuar también las antiguas previsiones de un período de *reacción* después del advenimiento del socialismo que sólo tendría razón de ser cuando el socialismo fuese aún utópico en los medios de su ejecución, y no ser, como es, la fase natural y espontánea, y por lo mismo, inevitable é irrevocable de la evolución humana.

¿Y dónde comenzará esta revolución social? Yo estoy firmemente convencido, que al paso que los pueblos latinos por ser meridionales tienen

mayor facilidad para las revueltas alarmantes que pueden tener éxito en las transformaciones puramente *políticas*, en cambio, los pueblos septentrionales, alemanes y anglo-sajones, son más dispuestos á la disciplina tranquila pero inexorable de la verdadera revolución, como fase crítica de una precedente evolución orgánica y gradual, que es el único proceso eficaz para una transformación verdaderamente *social*.

Y en Alemania ó en Inglaterra es donde el mayor desarrollo del industrialismo burgués acelera fatalmente sus inconvenientes, y por tanto, la necesidad del socialismo, y allí se realizará, acaso, la gran transformación social, que además al presente en todas partes está iniciada, y de allí se propagará por la vieja Europa, como á fines del siglo pasado partió de Francia la señal de la revolución política y burguesa.

De cualquier modo que sea, queda una vez más demostrada la diferencia profunda que existe entre el socialismo y el anarquismo,—que nuestros adversarios y la prensa servil, por lo contrario, tratan de presentar confundidos á los ojos velados por la emoción ó la ignorancia—(1), y

(1) Reconozco de buen grado que uno de los más recientes historiadores del socialismo contemporáneo, el abate Winterer, mostrándose más leal que ciertos jesuitas de levita, distingue siempre, en cada país, el movimiento socialista del movimiento anárquico. Véase WINTERER, *Le socialisme contemporain*. París, 1894, segunda edición passim.



queda de todos modos demostrado cómo el socialismo marxista representa un acuerdo vital y una continuación fecunda de la ciencia positiva, precisamente porque ha hecho de la teoría de la evolución jugo y sangre de las propias inducciones, y por tanto, señala una fase verdaderamente vital y definitiva, y por esto la única al presente que sobrevive en la conciencia de la democracia colectivista de aquel socialismo que hasta ahora había permanecido fluctuando en la nebulosidad del sentimentalismo, sin la brújula infalible del pensamiento científico, renovado por las obras de Darwin y de Spencer.

# TERCERA PARTE.

# SOCIOLOGÍA Y SOCIALISMO.

## XIII.

### El límite estéril de la sociología

Fué un fenómeno verdaderamente extraño en la historia del pensamiento después de la mitad del siglo XIX, que la profunda revolución científica determinada por el darvinismo y el spencerianismo que había desintegrado renovando con nueva juventud, las ciencias físicas, biológicas y psicológicas, llegada al campo de las ciencias sociales, no había hecho sino encrespar superficialmente las olas del tranquilo lago ortodoxo de la ciencia social por excelencia, la economía política.

Se había creado, es cierto, por iniciativa de Augusto Comte,—que en parte ha sido oscurecido por los nombres de Darwin y de Spencer, pero que indudablemente fué una de las inteligencias

más grandiosas y fecundas de nuestra época,—se había creado una ciencia nueva, la Sociología, que debería haber sido, con la historia natural de la sociedad humana, el glorioso coronamiento del nuevo edificio científico, elevado por el método experimental. Y no niego que la sociología, en la parte de pura anatomía descriptiva del organismo social, haya aportado grandes y fecundas novedades en la ciencia contemporánea, ramificándose también en algunas sociologías especiales, de las cuales la *sociología criminal*, por obra de la escuela positiva *italiana*, verdaderamente es uno de los resultados más vivos y fecundos; mas cuando se abordaba la cuestión político-social, la nueva ciencia de la sociología era presa como de una especie de sueño hipnótico, y quedando suspensa en un limbo incoloro é inodoro, permitía á los sociólogos ser caprichosamente en economía pública, como en política, conservadores ó radicales, según las personales tendencias de cada uno de ellos.

Y mientras la biología darvinista con el estudio de las relaciones entre el individuo y la especie, y la misma sociología evolucionista revelando en la sociedad humana los órganos y funciones de un verdadero y propio organismo vivo, reducía el individuo en el organismo social á la proporción relativa de una célula en el organismo animal, Heriberto Spencer se llamaba á la inglesa individualista, llegando hasta el anarquismo teórico más absoluto.

Era por tanto inevitable una paralización en la producción científica de la sociología, después de las primeras observaciones más originales de anatomía social descriptiva y de la historia natural de la sociedad humana. De este modo, la sociología representaba una parálisis de desarrollo en el pensamiento científico experimental, porque sus cultivadores, á sabiendas ó no, se retraían de las conclusiones lógicas y radicales que la revolución científica moderna inevitablemente debía llevar al campo social—que es el que más interesa—si el positivismo quiere hacer ciencia para la vida, antes que detenerse en la fórmula onanista de la ciencia por la ciencia.

El fácil secreto de este extraño fenómeno estriba, no sólo como observa Malagodi (1), en encontrarse aún la sociología en el período del *análisis* científico, antes de llegar á la *síntesis*, sino sobre todo en que las consecuencias lógicas del darvinismo y del evolucionismo científico aplicadas al estudio de la sociedad humana, conducen inexorablemente al socialismo, como he demostrado en las páginas precedentes.

---

(1) MALAGODI. *Il socialismo e la scienza* en la *Critica Sociale*. 1.° Agosto, 1892.

## XIV.

## Marx completa á Darwin y Spencer.—Conservadores y socialistas.

El mérito no obstante de haber dado una expresión científica á estas *explicaciones lógicas* del experimentalismo científico en el campo de la economía social—áun cuando involucrada en un fárrago de detalles técnicos y de fórmulas en apariencia dogmáticas—como también en los *Primeros principios* de Spencer, donde los luminosos párrafos acerca de la *evolución*, están envueltos por la niebla de las abstracciones del tiempo, el espacio, lo incognoscible, etc.—corresponde á Carlos Marx. Y su obra científica, si bien sofocada hasta hace pocos años por una especie de conspiración del silencio por parte de la ciencia ortodoxa, fulgura al presente con luz inextinguible y lo pone incontestablemente al lado de Carlos Darwin y Heriberto Spencer para completar la triada de la revolución científica, que agita con las inquietudes de una nueva primavera intelectual, el pensamiento civilizado de la segunda mitad del siglo XIX (1).

(1) Un extracto de *El Capital* de MARX, fué traducido

Tres son especialmente las ideas geniales con que Carlos Marx completa en el campo de la economía social la revolución verificada en la ciencia positiva.

El descubrimiento de la ley de la *super-valia* que tiene un carácter preponderantemente técnico, como explicación positiva de la acumulación de la propiedad privada separada del trabajo, y de la cual habiendo dado ya una idea elemental en las anteriores páginas, no es aquí el caso de insistir.

Las otras dos teorías marxistas, interesan mucho más á estas nuestras observaciones generales relativas al socialismo científico, porque verdaderamente dan la clave segura é infalible de todo secreto de la vida social.

Aludo á la idea expresada, á fines de 1859, en la *Crítica de la economía política* de que el fenómeno económico es la base y la condición de toda otra manifestación humana y social; y que por tanto la moral, el derecho, la política, no son sino fenómenos derivados del factor económico, según las condiciones de cada pueblo en cada fase de la historia y en cada zona de la tierra.

Y esta idea, que responde á la gran ley biológica, según la cual la función es determinada por el órgano; y por la cual todo hombre es cual resulta de las condiciones innatas y adqui-

---

al italiano (Cremona, 1893), con un notable prefacio de DEVILLE acerca del socialismo científico.



ridas de su organismo fisiológico, viviendo en un dado ambiente, así como puede darse una extensión verdaderamente biológica al famoso dicho «dime cómo comes y te diré quién eres,» esta idea genial, que realmente nos ofrece ante nuestra vista el drama grandioso de la vida humana, no ya como la sucesión caprichosa de los grandes hombres en la escena del teatro social, sino antes bien, como la resultante de las condiciones económicas de cada pueblo, ha sido, después de alguna parcial aplicación de Thorold Rogers (1), tan poderosamente ilustrada por Aquiles Loria, que estimo inútil añadir á ello nada mío (2).

Una sola idea creo necesaria para completar esta teoría marxista, como ya sostuve en mi primera edición de *Socialismo y criminalidad*, y

---

(1) Th. Rogers. *L'interpretacion economique de l'histoire*, trad. fran. París, 1893 (para la historia inglesa exclusivamente.)

(2) Loria. *Les bases economiques de la constitution sociale*, segunda edición. París, 1894. Loria, además de la idea general de Carlos Marx, añade una teoría acerca de «la ocupación de la tierra libre,» causa fundamental y explicación técnica de las variadas organizaciones económico-sociales, que ha demostrado ampliamente en su *Análisi della proprietá capitalista*. Torino, 1892, en que, con todo, es extraño notar que Loria en el volumen I expone *las leyes* de la economía social, según su teoría, y en el volumen II informa, con *los hechos* que las comprueban, siguiendo así, en la apariencia más que en el fondo, un método opuesto al de la ciencia experimental, que antes nota los hechos y después induce sus leyes.

es que es preciso despojar esta teoría inexpugnable de aquella especie de dogmatismo unilateral que en Marx, y más aún en Loria, ha venido revistiendo.

Muy cierto es que todo fenómeno é institución social—moral, jurídica ó política—no es sino la repercusión del fenómeno y de las condiciones económicas en cada momento del ambiente físico é histórico. Mas, por la ley de causalidad natural, según la cual todo efecto siempre es la resultante de muchas causas interferidas y no de una sola, y todo efecto viene á ser á su vez causa de otros fenómenos, menester es completar esa forma demasiado esquemática de una idea verdadera.

Como todas las manifestaciones psíquicas del individuo son la resultante de sus condiciones orgánicas (temperamento) y del ambiente en que vive, así todas las manifestaciones sociales, morales, jurídicas y políticas de un pueblo son la resultante de sus condiciones orgánicas (raza) y del ambiente, en cuanto éstas determinan una dada organización económica, que es la base física de la vida.

Mas como á su vez, las resultantes condiciones psíquicas del individuo influyen, si bien con mucha menor eficacia—de efecto trocándose en causa—sobre sus condiciones orgánicas y sobre el éxito de su lucha por la vida; así las instituciones morales, jurídicas, políticas á su vez de efecto, llegando á ser causa, (no existiendo para

la ciencia positiva ninguna diferencia *sustancial* entre causa y efecto, sino en que el efecto es el subsiguiente de un dado fenómeno y la causa es el precedente constante), reobran por tanto, si bien con mucha menor eficacia sobre las condiciones económicas.

Un individuo que sepa de higiene puede influir, por ejemplo, sobre la imperfección de su aparato digestivo; mas siempre dentro de los muy estrechos límites de su potencialidad orgánica, como un descubrimiento científico ó una ley electoral puede influir en la industria ó en las condiciones del trabajo, mas siempre dentro de lo cardinal de la organización económica fundamental. Así también las instituciones morales, jurídicas y políticas determinan bastante mayor efecto en las relaciones entre las varias categorías de la clase detentadora del poder económico (capitalistas, industriales y propietarios de tierras) que no en las relaciones entre capitalistas-propietarios de una parte y trabajadores de otra.

De todos modos, remitiendo al sujestivo libro de Loria al lector que desee ver cómo con esta ley marxista se explican positivamente todos los fenómenos, desde los más pequeños hasta los más grandiosos de la vida social, bástame por ahora haberla recordado, porque verdaderamente es la teoría sociológica más positiva, más fecunda, más genial que jamás se haya formulado, y por la cual repito, la historia social en sus días más grandiosos, como la historia personal en sus epi-

sodios más pequeños, reciben una explicación positiva fisiológica, experimental, en pleno acuerdo con toda la orientación, que fué llamada materialista, del pensamiento científico moderno (1).

La historia humana tuvo dos explicaciones unilaterales, y por esto incompletas, áun cuando positivas y científicas—fuera de las anticientíficas del libre albedrío y de la providencia divina—y son el *determinismo telúrico* sostenido desde Montesquieu hasta Buckle y Metschnikoff, y el *determinismo antropológico* mantenido por todos los etnólogos, que limitan á los caracteres orgánicos y psíquicos de raza la razón histórica de los sucesos.

Carlos Marx con el *determinismo económico* reasume y completa las dos teorías, haciéndola verdaderamente psicológica.

Las condiciones económicas, que son la resultante de las energías y aptitudes *étnicas* que obran en un dado medio *telúrico*, son la base determinante de toda otra manifestación moral, ju-

---

(1) Por esto es inconcluyente la tesis sostenida por Ziegler, que *la cuestión social es una cuestión moral* (traduc. francesa. París, 1894), porque como la psicología es el efecto de la fisiología y no viceversa, así el fenómeno moral lo es del hecho económico.

Todas estas son divagaciones, más ó menos sabiamente dirigidas para desviar la atención del punto vital de la cuestión que es el puesto por Carlos Marx.

Véase en el mismo sentido sostenido por nosotros De Greef: *L'empirisme, l'utopie et le socialisme scientifique* en la *Revue socialiste*. Agosto, 1886, pág. 688.

rídica y política en la existencia humana, individual y social.

Tal es la genial teoría marxista, positiva y científica más que otra alguna, que no teme objeciones, apoyada como está por las más seguras indagaciones de la geología como de la biología, de la psicología como de la sociología.

Por ella sola pueden los filósofos del derecho y los sociólogos determinar la verdadera naturaleza y las funciones del *Estado*, el cual no siendo más que «la *Sociedad* jurídica y políticamente organizada,» evidentemente no es sino el brazo secular de que dispone la clase detentadora del poder económico, y por tanto, del poder político, judicial y administrativo, para conservar y ceder lo menos y más tarde posible los propios privilegios (1).

La otra teoría sociológica con la cual Carlos Marx verdaderamente ha desvanecido las nieblas que hasta ahora oscurecían el cielo de las aspiraciones socialistas—que, sin embargo, por el solo hecho de su persistencia milenaria, tiene la confirmación de responder instintivamente á la verdad de las cosas—y ha suministrado al socialismo científico la brújula política para orien-

---

(1) Véase para el desarrollo, si bien incompleto de la teoría marxista, VACCARO. *Le basi del diritto e dello Stato.* Torino, 1893.

Para las aplicaciones especiales al derecho civil véase el importantísimo libro de MENGER, *Il diritto civile e il proletariato*, trad. italiana. Torino, Bocca, 1894.

tarse con plena seguridad en las contiendas de la vida diaria: es la gran ley histórica de la *lucha de clases* (1).

Dado que las condiciones económicas de los grupos sociales como de los individuos son el determinante fundamental de toda otra manifestación moral, jurídica y política, es evidente que toda agrupación social como todo individuo, será impulsado á obrar según su utilidad económica, porque ésta es la base física de la vida y la condición de toda otra existencia, y por tanto es evidente que en el orden político toda clase social será movida á legislar, á fundar instituciones, á consagrar costumbres y creencias que respondan á su directa ó indirecta utilidad.

Leyes, instituciones, creencias, que después por transmisión hereditaria y por tradición velan y ocultan su origen económico, y por tanto con mucha frecuencia son mantenidas y defendidas

---

(1) Para documentar la conspiración del silencio contra las teorías de Carlos Marx, bástame recordar que sólo de la teoría técnica de la *super-valia* hablan en general los historiadores del socialismo á propósito de Carlos Marx: muchos callan en absoluto las otras dos leyes, la determinación de todo fenómeno é institución social por las condiciones económicas y la lucha de clase, y á lo sumo, alargan el discurso ocupándose de cosas que no hacen al caso, narrando sólo los episodios biográficos de Marx al fundar la Internacional.

Véase para ejemplo LAVELEYE. *Le socialisme contemporain*, tercera edición. París, 1885, cap. IV.—RAE. *Il socialismo contemporaneo,* trad. italiana de A. Bertolini-Firenze, 1889, cap. III.



por juristas y filósofos, y áun por profanos, como verdades, por sí mismas, sin advertir su origen real: mas por esto no subsiste menos la explicación, única positiva, de aquellas leyes, instituciones y creencias. Y en eso justamente reside el poder genial de la idea de Carlos Marx (1).

Y puesto que en el mundo moderno las clases son clara y fundamentalmente sólo dos á—*pesar* de sus accesorias variedades—de una parte *trabajadores*, cualquier sea la categoría á que pertenezcan, y de otra los propietarios *no trabajadores*, así también en las conclusiones prácticas y en la disciplina política la teoría socialista de Carlos Marx lleva á este resultado evidente: que así como los partidos políticos no son sino el eco y los

(1) Un ejemplo elocuente ha habido en estos días (Junio del 94) en la Cámara de Diputados de Italia. Entre *las* diversas proposiciones *financieras* presentadas por el Gobierno para subvenir, aunque sea transitoriamente (dada la intangibilidad de los gastos militares), al grave gasto financiero, han sido aprobados por la Cámara: el aumento, si bien pequeño, del impuesto sobre la sal; el aumento de 20 liras por tonelada en los derechos de aduana del trigo; y se ha desechado la relativa al aumento de dos décimas sobre el impuesto por territorial.

En este caso, la *directa* influencia de los intereses de clases es evidente. Se grava á los contribuyentes pobres con el impuesto sobre la sal y el trigo, mientras que no auxiliando á los pequeños propietarios se da á los grandes propietarios de la tierra el premio *gratuito* del aumento de derechos aduaneros sobre el trigo—que ciertamente no estimula las energías progresivas de la industria agrícola cayendo como maná del cielo—y se ahorra su aumento en dos décimas sobre el impuesto por territorial.

Es, pues, el triunfo del grupo *agrario*—reclutado en la

que llevan la voz de los intereses de clase, así por variedades superficiales ó metódicas que pueda haber, fundamentalmente los partidos políticos no pueden ser más que dos: el *partido socialista* de los trabajadores y el *partido individualista* de la clase detentadora de la tierra y de los demás medios de producción.

La diferencia del monopolio económico puede determinar una cierta diversidad de *color* político; y yo siempre he dicho que, por ejemplo, los grandes propietarios de la tierra representan las tendencias conservadoras de la inmovilidad política, mientras los detentadores del capital mueble é industrial representan con frecuencia el

---

izquierda y en la derecha—contra el capital mueble, que en cambio se grava con el aumento hasta del 20 por 100 de la exacción sobre la *riqueza mueble*: aumento que se votó por los agrarios, mientras fué elocuentemente combatido por el partido progresista y rechazado también por los votos de la extrema izquierda, los cuales votaron en *contra* por la razón *política* de no votar una proposición presentada por el Gobierno; pero la realidad de por bajo—consciente ó no—es la razón económica de la contienda entre propietarios y capitalistas en una cuestión de redistribución de la riqueza.

Los diputados socialistas, mientras que atendiendo á las apariencias habrían debido aprobar el aumento del impuesto sobre la renta, sabiendo sin embargo que tal cuestión no interesa á la clase trabajadora, sobre la cual recaerán los efectos indirectos—por la notada ley de repercusión de los impuestos—por dicha razón económica se abstuvieron en la votación.

He aquí por tanto un ejemplo evidente de los efectos directos é indirectos, conscientes ó inconscientes del motor infalible que es la lucha de clase.



partido progresista por su naturaleza llevado á las pequeñas innovacciones de forma y de superficie, mientras, por ejemplo, los detentadores de sólo caudal intelectual, profesiones libres y otras semejantes pueden también llegar hasta el radicalismo político (1).

Pero en el fundamento vital de las cosas, *es* decir, en la cuestión económica de la propiedad, conservadores, progresistas y radicales son todos individualistas, carne y médula de la misma clase social, y por tanto sustancialmente divididos—á pesar de las simpatías sentimentales, pero poco concluyentes—de la clase de los trabajadores y de aquellos que, aunque perteneciendo por nacimiento *á la otra ribera*, abrazan y defienden explícitamente el programa político que responde necesariamente á su primordial imprescindible necesidad económica, es decir, la socialización de la tierra y de los medios de producción, con todas las innumerables y radicales transformaciones morales, jurídicas y políticas que naturalmente determinará en el mundo social.

Y he aquí por tanto cómo la vida política contemporánea no puede sino degenerar en el bizantinismo más estéril ó en los negocios más corrompidos cuando se limita á las luchas superfi-

(1) ZANI, en el opúsculo *La questione sociale*. Mantua, 1893, pág. 23, distingue en cambio los partidos en *conservadores*, *evolucionistas* y *revolucionarios*, pero me parece que la distinción es formal, tomando como criterio la táctica más bien que el contenido de los partidos políticos.

ciales de los partidos individualistas, diferentes solamente al presente por el color y el rótulo formal, pero confundidos talmente en las ideas, que con frecuencia se ven radicales y progresistas menos modernos en ideas sociales que muchos conservadores.

Solamente con presentarse y vigorizarse el partido socialista, la vida política será reanimada y curada, porque—desaparecen de la escena política las figuras históricas de los patriotas y las razones personales de los disidentes de las varias gradaciones políticas—será inevitable la formación de una concentración de los partidos individualistas, que yo anuncié en el Parlamento italiano en la sesión del 20 de Diciembre de 1893 y cuyos síntomas de formación aumentan de día en día.

Y la contienda histórica entonces será empeñada y la lucha de clase desplegará entonces en el terreno político toda su benéfica influencia, no en el sentido mezquino de los pugilatos y de los ultrajes, de los rencores y las violencias personales, sino en el grandioso significado de un drama social que nos auguramos con toda el alma, puede resolverse, por la adelantada civilización y cultura, sin convulsiones sangrientas, pero que de todos modos está puesto por la fatalidad histórica y no es dado á nosotros ni á los demás el impedirlo ni retardarlo.

Como se ve, estas ideas del socialismo político, por ser científico, conduce á aquella misma

*tolerancia personal* unida á la *intransigencia en las ideas*, que es, pues, el efecto de la psicología positiva en el terreno filosófico, y por las cuales, mientras podemos tener la mayor simpatía personal por éste ó por aquél representante de la fracción radical del partido individualista (como además para todo representante honrado y sincero de cualquier opinión científica, religiosa ó política), debemos, sin embargo, en absoluto, reconocer que respecto al socialismo no existen los llamados «partidos afines.» De aquí, ó de allá, individualistas ó socialistas, no hay término medio. Yo me convenzo cada vez más de que la única táctica útil para la formación de un partido socialista vital es precisamente esta intransigencia en las ideas y esta renuncia de cualquier llamada «alianza» con los partidos afines, los cuales para el socialismo no pueden representar sino una «falsa placenta» para un feto no vital.

Conservadores y socialistas son productos naturales del carácter individual y del medio social, porque se nace conservador ó innovador, como se nace pintor ó cirujano. Y los socialistas, por tanto, no tienen ningún desprecio ni rencor para con los representantes sinceros de cualquier fracción del partido conservador, aunque combatan á todo trance las ideas. Si algún socialista cae en la intolerancia y en el ultraje *personal*, no es sino víctima de la emoción momentánea ó de un temperamento menos equilibrado y sereno, y por tanto, es muy excusable.

Lo que mueve á una sonrisa de compasión es en cambio, ver ciertos conservadores «jóvenes de años, pero viejos de pensamiento,»—porque el conservatorismo en los jóvenes, si no es cálculo interesado, es indicio de anemia psíquica—adoptar un aire de *suficiencia* y cuasi de compasión para con los socialistas, considerándolos á lo sumo como «extraviados,» sin reflexionar que si es normal que los viejos sean conservadores, por lo contrario, los conservadores jóvenes, salvo pocas excepciones, no son más que *egoistas*, temerosos de perder ó la comodidad ociosa en que han nacido, ó la comodidad de la grey ortodoxa. Estos, si no son microcéfalos, de cierto son microcardiacos. El socialista en su lugar, que tiene todo que perder y nada que ganar al sostener abiertamente sus ideas, puede contraponer toda la superioridad de un altruismo desinteresado, máxime cuando nacido de clase aristocrática ó burguesa, no se cuida de las lisonjas de la vida brillante y ociosa, para defender la causa de los míseros y de los oprimidos (1).

Pero, se dice, estos «socialistas burgueses» ¡lo hacen por amor de popularidad! Extraño egoismo este, de todos modos, que al «individualismo burgués» de los sueldos y de las súbitas ganancias prefiere «el idealismo socialista» de la simpa-

(1) Véase la conferencia de De Amicis. *Osservazioni sulla question sociale.* Lece, 189 .—Labriola. *Il Socialismo,* Roma, 1890.—G. Occgero, *Il Socialismo,* segunda edición. Milán, 1894.

tía popular áun cuando ésta no le faltaría, pues, por otros caminos y con otros medios menos comprometedores para con la clase que está en el poder.

Deseamos de todos modos que la burguesía, cuando deba ceder el poder económico, y por tanto político, para que en la nueva organización social sea en beneficio de todos—vencedores y vencidos, como decía muy bien Berenini, lleguen á ser verdaderamente hermanos sin distinción de clase, en la común seguridad de una vida digna de criaturas humanas—abrigamos la esperanza, decía, que la burguesía, cediendo el poder de ejemplo de aquella dignidad y respetabilidad de que la aristocracia ha dado y da prueba en su desposesión súbita como clase, por obra de la misma burguesía triunfante con la Revolución francesa.

Sea lo que fuere, esta verdad fundamental del socialismo marxista y su perfecta é íntima correspondencia con las inducciones más seguras de la ciencia positiva, explican sobradamente los inmensos progresos no sólo de proselitismo—que podría ser también efecto puramente negativo de una necesidad material y moral que se hace aguda en un período de crisis social—mas sobre todo en la acorde unidad de disciplina y en la solidaridad consciente, que en su manifestación universal y periódica del 1.° de Mayo, presenta una grandiosidad de fenómeno moral, á que la historia humana no ofrece ningún hecho compa-

rable, si se exceptúa el movimiento del primitivo cristianismo, que no obstante tuvo un campo de acción bastante más estrecho que el socialismo contemporáneo.

Y de aquí en adelante, fuera de los conatos histéricos ó inconscientes de un regreso de la escéptica burguesía al misticismo, como salvación de la crisis moral y material del momento, característico de la mujer licenciosa que se hace beata al envejecer (1); de aquí en adelante adversarios y partidarios están obligados á reconocer que, como el cristianismo al derrumbamiento del mundo romano, así ahora el socialismo representa verdaderamente la única fuerza que á la vieja civilización humana devuelva la esperanza de un mejor porvenir, en nombre de una fe, no ya sacada de los transportes inconcios del sentimiento, sino determinada por la consciente seguridad de la ciencia positiva.

---

(1) Hay, todavía, algunas manifestaciones muy simpáticas de esto, que llamaría *misticismo social*, y entre ellas las obras de Tolstoi, que matiza su socialismo con la doctrina de la «no resistencia al mal con la violencia» sacada del Sermón de la Montaña de Jesucristo.

Tolstoi (*La salut est en vous*, París, 1894), también, por esto, es un antimilitarista elocuente, y yo me complazco en ver recordado por él un fragmento de una conferencia mía contra la *guerra*.

Mas con todo, se queda fuera del movimiento de la ciencia positiva moderna, y resulta, por tanto, bastante menos radicalmente eficaz.

# ÍNDICE

Págs.



## PRIMERA PARTE

### EL DARVINISMO Y EL SOCIALISMO



## SEGUNDA PARTE

### LA EVOLUCIÓN Y EL SOCIALISMO



## TERCERA PARTE

### LA SOCIOLOGÍA Y EL SOCIALISMO

## Obras traducidas al español, citadas por el autor ó recomendadas por el traductor.

Pesetas

### C. DARWIN

El origen de las especies.
La descendencia del hombre y la selección sexual.

### C. MARX

| | |
|---|---|
| *El Capital*, traducción de Correa y Zafrilla (agotado)........................................ | |
| *Miseria de la Filosofía*.......................... | 1 |
| *El capital de Marx*, por Deville.................. | 2 |

### H. SPENCER

| | |
|---|---|
| Los primeros principios............................ | 6 |
| Fundamentos de la Sociología....................... | 2 |
| Fundamento de la Moral............................. | 3 |

## «LA ESPAÑA MODERNA» HA PUBLICADO:

| | |
|---|---|
| La moral en los diversos pueblos................... | 7 |
| La Justicia........................................ | 7 |
| La Beneficencia positiva y negativa ............... | 6 |
| El organismo social................................ | 7 |
| El Progreso, su ley y su causa..................... | 7 |
| Los principios de Sociología que comprenden: | |
| Las Instituciones sociales, un volumen ............ | 7 |
| Las Instituciones políticas, dos volúmenes......... | 12 |
| Las Instituciones eclesiásticas, un volumen........ | 6 |

Pesetas

**F. ENGELS**

| | |
|---|---|
| Origen de la familia, de la propiedad y del Estado. | 6 |
| Socialismo utópico y socialismo científico (agotado) | |

**TH. ROGERS**

| | |
|---|---|
| Sentido económico de la Historia... .............. | 10 |

**J. D'AGUANNO**

| | |
|---|---|
| La Génesis y evolución del Derecho civil........ | 15 |
| La Reforma integral de la legislación civil. ...... | 4 |

**E. FERRI**

| | |
|---|---|
| Nuevos horizontes del Derecho penal............. | 8 |

**A. BEBEL**

| | |
|---|---|
| La mujer ante el socialismo............ ....... | 3 |

**JH. STUAR-MILL**

| | |
|---|---|
| La esclavitud femenina........................ | 3 |

**F. NITTI**

| | |
|---|---|
| El socialismo católico......................... | |

**E. GEORGE**

| | |
|---|---|
| Progreso y Miseria............. .............. | 3 |

**MAX NORDAU**

| | |
|---|---|
| Las mentiras convencionales................... | 5 |

**OBRA ORIGINAL DE LOS SRES. ARANZADI Y HOYOS-SAINZ**

| | |
|---|---|
| Antropología general.......................... | 6 |

Esta obra se halla de venta en las principales librerías y en la Administración, MONTELEÓN 5, PRINCIPAL, MADRID.

Se remite á provincias, siempre que al pedido acompañe su importe.

Los pedidos se dirigirán á nombre de D. *José* Verdes.

